
HARLEQUIN
Jazmín
VOLVER
A VIVIR
Susan Meier
Doce citas

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2014 Linda Susan Meier
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de Harper Collins Ibérica, S.A.
Doce citas, n.º 125 - junio 2015
Título original: The Twelve Dates of Christmas
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-6382-8
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

¿El acuerdo de negocios perfecto?

El millonario Ricky Langley se ofreció a ayudar a Eloise Vaughn a encontrar trabajo, si a cambio ella accedía a asistir a doce fiestas haciéndose pasar por su novia. Ricky era muy atractivo e increíblemente encantador, pero aquello eran solo negocios. Aunque el corazón de Eloise palpitara acelerado cuando estaba con él, debía tenerlo en cuenta.

Ricky tenía sus razones para odiar aquella temporada del año, pero cada cita iba volviéndose más intensa que la anterior. Además, Eloise parecía tener el don de llegar hasta él, así que a lo mejor debía abrirse a un futuro diferente…

Capítulo Uno

Siempre quedaba mucho mes por delante cuando a Eloise se le acababa el dinero.

–Ten, guarda estas galletas en tu bolso.

Laura Beth agarró un puñado de las galletas saladas que formaban parte del bufé con el que su amiga recién casada, Olivia Engle, agasajaba a sus invitados, y se las ofreció a Eloise.

Ella la miró con la boca abierta.

–¿A esto hemos llegado? ¿A robar galletas?

–Cinco galletas son una comida.

Eloise suspiró, pero acabó abriendo su bolso de Chanel para que su compañera de habitación las guardase.

–Perdóname, Coco.

–¿Coco?

–Coco Chanel –explicó–. Bah, qué más da.

Esperaba que nadie hubiera visto cómo las galletas caían en su bolso y miró a su alrededor. Era una fiesta de Navidad en la que las mujeres llevaban brillantes vestidos de cóctel en distintos matices de rojo y verde, y los hombres, esmoquin. La decoración en tonos mate de dorado y plateado confería al ático un brillo sofisticado. El tintineo del hielo en las copas de cristal, las risas de los invitados y su olorcillo a riqueza y poder flotaban en el ambiente.

Estaba convencida de que le bastaría con darse una vuelta por aquella habitación para salir de allí con una cita, pero no era eso lo que quería. Ya había tenido al amor de su vida y lo había perdido, y lo que quería ahora era un trabajo, bien pagado y permanente, que pudiera ofrecerle seguridad económica. Por desgracia, su título universitario no parecía traducirse en un puesto de trabajo real, y en su defecto, estaba dispuesta a admitir una compañera de piso más, alguien que las ayudara a Laura Beth y a ella a pagar el alquiler.

Pero en aquella fiesta no iba a encontrar una compañera de piso. Todas aquellas personas podían permitirse pagar el alquiler de sus áticos y dúplex con toda tranquilidad. Puede que incluso tuvieran uno de cada... y una casa en la playa.

Laura Beth contempló la comida que quedaba en las mesas.

–Qué pena que no podamos llevarnos también algunas de estas salsas en el bolso.

Eloise escondió el suyo tras su espalda.

–De salsas, nada. En mi Chanel, ni lo sueñes.

–¿Te das cuenta de que podrías vender algunas prendas de tu vestuario, o algunos bolsos y zapatos y comer durante todo un año?

–La mayoría tienen casi cinco años. Nadie daría un dólar por ellos.

Laura Beth dejó escapar una risilla.

–Pues tú haces que no lo parezca.

–Solo porque sé cambiar un cuello o añadir un cinturón.

–Pues actualízalo todo y véndelo.

No podía hacerlo, y no porque adorara aquellas prendas y complementos hasta el extremo de no poder pasar sin ellos, sino porque era lo último que le quedaba de sí misma. El último retazo de aquella universitaria con mirada soñadora a la que le faltaba un año para graduarse, y que se había escapado para casarse con su Príncipe Azul.

Sintió un pinchazo en el corazón. «Príncipe Azul» era una descripción extraña, sobre todo teniendo en cuenta que Wayne y ella habían tenido sus desacuerdos. A raíz de casarse, sus padres la habían desheredado, y Wayne era incapaz de encontrar trabajo, con lo cual ella había tenido que emplearse de camarera. A partir de ahí habían empezado las peleas, un día sí y otro también. Poco después le diagnosticaron a Wayne un cáncer de páncreas, y en un abrir y cerrar de ojos, falleció. Sobrecogida por el dolor y la confusión, ofuscada porque la muerte pudiese ser tan rápida y tan cruel, volvió a casa con la esperanza de que sus padres la ayudaran a superar el trance. Pero ni siquiera le abrieron la puerta. A través de la doncella le recordaron que la habían desheredado y que no querían que ni ella ni sus problemas se les volvieran a presentar en la puerta.

En un primer momento se quedó destrozada, y al dolor le siguió la ira, pero una ira que le sirvió para afianzarse en su determinación. No sabía dónde ni cómo, pero conseguiría superarlo, y no solo para demostrárselo a sus padres, sino para poder volver a ser feliz.

–Quiero presentarte a mi prima.

Ricky Langley alzó la mirada horrorizado cuando vio que su abogado se le acercaba con una mujer que debía andar por los treinta y tantos. Llevaba el pelo tirante, recogido en un moño en la nuca, y un vestido rojo brillante que definía a la perfección sus curvas.

–Janine Barron, te presento a Ricky Langley.

–Es un placer.

La voz le tembló con la intensidad adecuada para transmitir la idea de que estaba tan encantada de conocerlo que casi no le salían las palabras.

–Encantado de conocerte –dijo, y consiguió mantener unos diez minutos de charla insustancial, pero en cuanto se le presentó la oportunidad, se escabulló.

Fue dejando atrás pequeños grupos de invitados que charlaban y

atravesó el salón de Tucker Engle. Aunque Tucker se había casado hacía seis meses, su ático de Nueva York seguía estando amueblado con la sofisticación propia de un piso de soltero. Muebles en metal y cuero negro se ofrecían sobre alfombras blancas de pelo largo que abrigaban suelos de madera, y en la repisa de madera de cerezo que remataba la chimenea había un único calcetín para el bebé. Aún no tenía nombre, y tampoco querían decir su sexo. Todo iba a ser una gran sorpresa.

Respiró hondo y apretó los labios al recordar la única Navidad que había podido compartir con su hijo. Blake había nacido el veintisiete de diciembre, de modo que le faltaban dos días para cumplir el año en su primera Navidad. Le había visto dar palmas entusiasmado al ver las luces de colores del árbol. Había comido galletas de Navidad y se había vuelto un poco loco al despertar el día veinticinco y encontrarse con un montón de regalos. No sabía hablar aún, así que había gritado y pataleado de alegría. Había arrancado el papel de regalo y habían acabado gustándole más las cajas de embalaje que el regalo en sí, dejando hecho un asco el inmaculado ático de su padre. Había sido la mejor Navidad de su vida. Ahora, no tenía nada.

Respiró hondo. No tendría que haber ido a la fiesta. Habían pasado ya dieciocho meses, pero algunas cosas, como por ejemplo las celebraciones de Navidad, nunca le dejarían indiferente. Y lo peor era que tenía aún doce fiestas más en la agenda. Diez fiestas, una boda y una reunión de su fraternidad. El año anterior, cuando solo habían pasado seis meses de sufrimiento, podía disculpar su asistencia, pero a aquellas alturas la gente empezaría a preocuparse.

Quiso darle la espalda al solitario calcetín de la chimenea y al volverse tropezó con alguien. Con el bolso de alguien, mejor dicho, y creyó oír que algo crujía en su interior.

–¡Vaya por Dios! Creo que me has aplastado las galletas.

El ceño con que lo miró aquella bonita rubia le sorprendió tanto que se olvidó de que se sentía demasiado infeliz para hablar con nadie.

–¿Llevas galletas en el bolso?

–Normalmente, no –echó un rápido vistazo a su esmoquin y movió la cabeza–. No importa. Eres demasiado rico para entenderlo.

–¿El qué? ¿Que te has llevado galletas de la mesa del bufé para comer la semana que viene?

La chica lo miró espantada y él inclinó la cabeza.

–Antes yo era pobre, y hacía lo mismo que tú en las fiestas.

–Sí, ya... ha sido idea de mi compañera de piso. Yo no suelo robar.

–No es robar. Esas galletas se han puesto ahí para los

invitados, y tú estás invitada. Además, la noche está terminando y en cuanto nos marchemos, los restos irán a la basura, o acabarán en un albergue.

Ella cerró los ojos, angustiada.

–¡Genial! Ahora voy a pensar que les quito las galletas a los sin techo. ¡Odio esta ciudad!

–¿Cómo se puede odiar Nueva York?

–No es Nueva York en sí, sino que sea tan caro vivir aquí.

La vio erguirse, y ante sus ojos pasó de ser una chica humilde y trabajadora, a una princesa. Tenía los hombros hacia atrás y relajados, una educada sonrisa y un tono de voz suave.

–Si me disculpas, quiero despedirme de Olivia y Tucker.

Él se apartó.

–Claro.

Tres cosas llamaron su atención: en primer lugar, era preciosa. El vestido dorado que llevaba le ceñía unos pechos firmes, una cintura pequeña y un trasero redondeado, casi como si se lo hubieran hecho a medida. En segundo, era una joven refinada y educada para verse obligada a llevarse las sobras de una fiesta. Y en tercero, que apenas le había dedicado unos segundos de atención.

–¡Ricky!

Se dio la vuelta. Su abogado volvía al ataque.

–Entiendo que te cueste volver a entrar en el ruedo, pero no pienso disculparme por intentar encontrarte pareja. Si no empiezas ya a salir con alguien, la gente va a empezar a murmurar.

¿No era lo que él mismo había pensado?

–Espero que se inventen historias que valgan la pena.

–No estoy de broma. Eres un empresario, y la gente no firma contratos con personas inestables.

–Estar soltero no me hace inestable. Puedo nombrarte montones de hombres a los que les ha ido de maravilla solteros.

–Sí, pero no tantos tenían una línea de vídeos para niños a punto de salir al mercado.

–Correré el riesgo –replicó para zanjar el asunto, pero su abogado lo retuvo por un brazo.

–Te equivocarás. ¿Quieres conseguir apoyo cuando saques a Bolsa la empresa el año que viene? Entonces será mejor que parezca que estás vivo. Que vale la pena apoyarte.

Su abogado dio media vuelta al mismo tiempo que la chica de las galletas pasaba, mirando hacia un lado y hacia otro como si buscara a alguien.

Le sorprendió sentir una oleada de placer. Desde luego era preciosa. Físicamente perfecta. Y con conciencia. Aunque llevarse

galletas de una fiesta no fuera precisamente llevarse el oro de la corona, estaba claro que no le había gustado hacerlo.

Movió la cabeza y rio, pero se detuvo de inmediato. Dios... le había hecho reír.

La fiesta estaba ya acabándose y Eloise fue a buscar su capa de lana negra, un clásico que nunca pasaba de moda. Cuando llegó al ascensor, Tucker y Olivia estaban allí, despidiéndose de los invitados. El pequeño habitáculo se llevó a una pareja y Eloise se acercó a Olivia.

–Ha sido una fiesta maravillosa –dijo, tomando sus manos.

–Gracias –su amiga sonrió.

–Me he alegrado mucho de volver a ver a tus padres. ¿Dónde se han metido, por cierto? Quería despedirme de ellos, pero no los he encontrado.

–Papá quería irse a la cama temprano para poder madrugar mañana. Nos vamos todos a Kentucky.

–Para celebrar la Navidad desde el último viernes de noviembre hasta el dos de enero –apostilló Tucker con una risilla.

–¿Os vais de vacaciones más de un mes?

–¡Sí! –exclamó Olivia, alborozada–. ¡Cinco semanas! Volveremos para asistir a una fiesta que tenemos a mediados de diciembre, pero el resto del tiempo estaremos en Kentucky.

Eloise sonrió. Se había preguntado cómo es que Olivia y Tucker habían organizado una fiesta de Navidad tan pronto.

–¿Habéis visto a Laura Beth? –preguntó, mirando a su alrededor.

Olivia tiró suavemente de su mano para hacer un aparte con ella.

–Se marchó hace diez minutos con uno de los vicepresidentes de Tucker.

–¿En serio?

–Iban hablando de acciones y fluctuaciones de mercado cuando se despidieron de nosotros. Les oí decir que iban a tomarse un café.

–Ah.

–¿Necesitas un taxi?

Se humedeció los labios. ¿Un taxi? Era obvio que su amiga se había olvidado de lo que podía costar un taxi en Nueva York. El plan había sido que Laura Beth y ella volvieran a casa en metro juntas. No quería tomarlo sola a aquellas horas de la noche, y no se podía creer que su amiga la hubiera dejado colgada.

En cualquier caso, no era problema de Olivia. Laura Beth y ella habían jurado no contarle a su amiga las apreturas que estaban pasando, ya que ahora que se había casado con Tucker era rica, y no fuera a hacer alguna tontería del estilo de pagarles el alquiler.

–Eh... no, no. Vuelvo en metro –sonrió.

–¿Sola?

–Me encanta el metro.

–¡Venga ya! No quiero que vuelvas sola en metro. Déjame que Tucker llame a su chófer.

–Que no me va a pasar nada.

–¡Pero es que estás sola!

Tucker tomó la mano de Olivia para llamar su atención.

–Ricky se marcha.

Eloise se volvió hacia el hombre que le había dicho que llevarse las galletas de una fiesta no estaba mal. Tenía el cabello y los ojos oscuros, y el esmoquin le quedaba de maravilla.

Respiró hondo. Pensar que resultaba sexy había sido un accidente. Se negaba a fijarse en ningún hombre antes de haber recuperado la estabilidad económica.

Olivia se puso de puntillas para besarlo en la mejilla.

–Buenas noches, Ricky, y gracias por venir. Espero que hayas disfrutado.

–La fiesta ha estado estupenda.

Besó la mejilla de Olivia, y Eloise se dio cuenta de que se había quedado allí plantada como una idiota. Debería haber aprovechado la ocasión de que Olivia estuviera distraída y tomar el ascensor. Nada era peor que la culpa que sentía una antigua compañera de piso por haber encontrado no solo al amor de su vida, sino también su vocación. Mientras Eloise y Laura Beth avanzaban a trompicones, Olivia se había llevado el premio gordo y se había casado, estaba embarazada y se ocupaba de representar y dirigir a jóvenes artistas. Y ahora no podía dejar de preocuparse por quienes habían sido sus compañeras de piso.

Olivia la miró entonces, y como si acabara de ver lo más evidente, exclamó:

–Conoces a Eloise, ¿verdad?

–Me he tropezado con ella delante de la chimenea.

–Ya se marcha también, pero su amiga se ha ido un poco antes –hizo una mueca–. Enfrascada, hablando de negocios con un empleado de Tucker. Has venido en tu limusina, ¿verdad? – preguntó, poniéndose una mano en el vientre para adoptar la imagen de una hermosa Madonna, una mujer a la que ningún hombre podría negarle nada–. ¿Te importaría llevar a Eloise a casa?

–No, no es necesario –contestó ella de inmediato.

–Claro que no –respondió Ricky al mismo tiempo–. Además, creo que le debo un favor.

–Genial –respondió Olivia, sonriendo

Las puertas del ascensor se abrieron y Ricky la invitó a precederle con una sonrisa.

–Después de ti.

–Gracias otra vez por la invitación –le dijo a Olivia mientras se cerraban las puertas.

–Gracias a ti por venir.

El cubículo empezó a descender.

–Así que tu amiga te ha dejado colgada.

–Las dos estamos intentando encontrar un trabajo mejor pagado que el que tenemos. Creo que iba hablando de negocios con uno de los ejecutivos de Tucker, así que no puedo culparla.

–¿Cuánto tiempo lleváis en Nueva York?

–Tres años.

–Es mucho para estar aún tan agobiadas.

–Nos iba bien hasta que Olivia nos dejó.

Aunque tenía una buena excusa para sus apreturas, sintió una tremenda vergüenza. Había nacido rodeada de dinero, pero había acabado yendo a la universidad de las adversidades. Había conseguido sacar adelante sus estudios a pesar del sufrimiento y la confusión, y todo lo que quería ahora era un buen trabajo.

¿De verdad era tanto pedir?

Ricky esperó en silencio a que el ascensor llegase a su destino. Era obvio que no le había hecho ninguna gracia que la llevara a casa. Es más: tenía la sensación de que era profundamente infeliz en aquel momento. Su situación económica era espantosa. Su amiga Olivia llevaba una vida espléndida, y su otra amiga la había dejado plantada.

Tenía mucho orgullo, algo que no podía afearle a nadie porque él también lo tenía, pero no iba a dejar que una chica guapa y sola se aventurara a tomar el metro pasada la medianoche. Y menos aún si había sido capaz de hacerle reír.

Las puertas se abrieron y ella fue la primera en salir al frío de la noche. Él la siguió. Cuando llegaron a la acera, se detuvo en seco.

No era su limusina la única que aguardaba, sino que cuatro coches negros y largos esperaban aparcados uno tras otro. Imposible salir al asfalto. Imposible parar un taxi.

Se detuvo junto a ella y pasándole un brazo por los hombros, señaló la tercera. Accidentalmente rozó la piel de su cuello y sintió un cosquilleo que le hizo carraspear.

–Es la tercera. Acepta que te lleve, por favor.

Ella se irguió como lo haría una reina.

–De acuerdo.

Norman, su chófer, abrió la puerta. Ella entró y, a continuación, lo hizo él. Un minuto después, Norman subía tras el volante y el zumbido del motor se iniciaba.

–¿Quieres darme tu dirección para que pueda comunicarle al

chófer dónde ha de llevarte?

Se la dio y clavó la mirada en su capa mientras él usaba un intercomunicador para hablar con el conductor.

Los cinco minutos siguientes transcurrieron en silencio hasta que, al final, incapaz de soportar su tristeza ni un minuto más, dijo:

–Yo era tan pobre como tú cuando llegué a esta ciudad, créeme. No me importa llevarte a casa. No ha sido una imposición, ni es un acto de caridad; simplemente ha sido una feliz coincidencia que nos fuéramos al mismo tiempo, así que, por favor, deja de sentirte mal.

–¿Sentirme mal? ¡No me siento mal! Lo que estoy es enfadada, harta de que la gente me compadezca cuando todo lo que quiero es un trabajo decente. Tengo una formación suficientemente buena para lograrlo, pero nadie parece querer ofrecérmelo.

–¿Qué has estudiado?

–Recursos Humanos.

–Uf... ya sabes que las funciones de Recursos Humanos pueden quedar asumidas por administración o contabilidad, y es lo que suele ocurrir en periodos de recesión.

–Lo sé. La suerte me persigue.

–¡Vamos, no te pongas así! Seguro que hay otras cosas que puedes hacer.

–He trabajado de camarera, y al parecer, un título universitario puede proporcionarte un montón de trabajo temporal de secretaria, porque ahora mismo tengo un contrato de seis semanas en un bufete.

–Eso ya es algo.

–Pues sí –suspiró–. No pretendo parecer desagradecida. Sé que otros lo tienen mucho peor. Lo que Laura Beth y yo necesitamos es otra compañera de piso. –No debería seros difícil encontrarla.

–Ya lo hemos intentado, pero no hemos conseguido encontrar a nadie que encaje con nosotras.

Él se volvió en el asiento hacia ella.

–¿Ah, no?

–La primera chica a la que admitimos tenía un historial delictivo del que no supimos nada hasta que llamó su oficial de la condicional.

Volvió a sonreír, y él volvió a sorprenderse. Con qué facilidad le hacía reír.

–Yo salí con una chica así, y el resultado fue terrible.

–Judy se llevó mi cafetera cuando se marchó.

–Vaya.

–Las referencias de la segunda eran falsas.

–Lo que tú necesitas es a Jason Jones.

–¿Perdón?

–El motor de búsqueda que he diseñado. Yo tuve la idea, y Elias Greene creó los programas. Investiga a la gente.

–¿Ah, sí?

–Sí. Es genial. Te dice cosas que ni siquiera te habías dado cuenta de que querías saber –sonrió–. Te dejo que lo uses gratis.

Ella cerró los ojos.

–No quiero limosnas, ni tuyas ni de nadie.

–Podríamos alcanzar un acuerdo.

–¡Ni lo sueñes! –se escandalizó.

Ricky se echó a reír. Por cuarta vez.

–No me refiero a sexo.

–Pues no tengo nada con lo que negociar –replicó ella, y se tocó la capa–. A menos que estés en el negocio de ropa de segunda mano.

–No, pero sí que tienes algo que yo quiero.

Lo miró con desconfianza.

–¿El qué?

–Tiempo.

–¿Tiempo?

–Sí. Tengo diez fiestas de Navidad, una boda y una reunión de la fraternidad este mes, y necesito una acompañante.

Capítulo Dos

Eloise lo miró sin pestañear.

–Ni siquiera sé cómo te apellidas.

–Langley –sonrió. Aquellos intensos ojos castaños la tenían prisionera–. ¿Y tú?

–Vaughn.

Le ofreció su mano.

–Es un placer conocerte, Eloise Vaughn.

–¿Así que tienes doce eventos a los que acudir en Navidad y quieres que asista contigo?

–No. Quiero que seas mi chica, que es muy distinto.

–Pues no veo en qué.

–No va a haber nada romántico entre nosotros, pero fingiremos que sí. Necesito espacio, una razón para poder evitar conversaciones. Llevar a una chica a las fiestas es un modo de conseguir determinadas oportunidades.

Lo miró y se dio cuenta de que hablaba en serio y decidió decir lo que él andaba evitando.

–Y quieres que la gente deje de buscarte pareja. Si vas con alguien al lado, te dejarán en paz.

–Es más complicado. Lo que necesito es volver a entrar en el mundo y en mi círculo social. Tener una chica a mi lado será el modo de convencer a mis amigos de que estoy bien, y que pueden dejar de preocuparse por mí.

Eloise se acomodó mejor en el asiento de piel. Parecía venir de una relación que había salido mal. Nadie quería ir a las fiestas cuando acababa de romper. No quería tener que dar explicaciones sobre dónde estaba su ex. O peor aún: tener que flirtear, o aguantar que flirtearan con él.

–Así que estás intentando encontrar el modo de asistir a las fiestas sin necesidad de socializar.

–No me importa socializar, pero no en exceso. Mira, no busco una aventura amorosa, así que vas a estar completamente a salvo. Puede incluso que disfrutes. Podrás conocer gente nueva, y hacer contactos laborales.

–¿Y solo tengo que sonreír y ser educada?

–Y fingir que te gusto.

La verdad es que ya le gustaba, más o menos. Era un hombre guapo, un poco áspero, pero así eran los hombres cuando no tenían a una mujer en su vida. Y era sincero. Fingir que le gustaba no sería difícil.

–Necesitaríamos una historia.
–¿Una historia?
–De cómo nos hemos conocido y por qué salimos.
–¿No podemos decir que nos hemos conocido en la fiesta de Tucker y Olivia y que nos hemos gustado?
–Sería cierto a medias. Nos hemos conocido en la fiesta, pero casi no hemos hablado.
–Ahora lo estamos haciendo como si fuéramos viejos amigos.
Se quedó pensando un momento.
–Sí, supongo que sí –respiró hondo–. ¿Y me ayudarías a encontrar trabajo?
–¿No quieres usar a Jason Jones para encontrar una compañera de piso?
–Una compañera de piso es algo temporal, y yo quiero una solución permanente. Quiero una carrera.
Él arrugó el entrecejo.
–¿Me estás pidiendo que te contrate?
–¡Claro que no! No quiero ser la chica que consiguió el puesto saliendo con el jefe. ¡Solo me faltaba quedar hecha una paria! Quiero que me consigas trabajo en la empresa de algún conocido tuyo.
–Así que no puedo contratarte, pero puedo ayudarte con mis contactos.
–Si accedo a salir contigo... –rápidamente hizo cuentas en la cabeza: diez fiestas, una boda y una reunión de su fraternidad– ... doce veces, quiero doce propuestas de trabajo.
–¿Qué quieres que haga? ¿Que ponga un anuncio pidiendo que alguien te contrate?
–No me importa lo que hagas. Indaga entre tus amigos a ver quién anda buscando una persona para Recursos Humanos, consígueme entrevistas y yo saldré contigo doce veces.
Por la forma en que la miraba comprendió que estaba haciendo cálculos mentales, lo cual demostraba que se lo había tomado en serio.
–Trato hecho –sentenció, ofreciéndole la mano.
–Trato hecho –repitió ella al estrechársela.
Llegaron a su edificio, Eloise bajó de la limusina y él también.
–No tienes por qué acompañarme hasta arriba.
–Podría haber alguien escondido...
Eloise le puso la mano en el pecho y le sorprendió al descubrirlo sólido como un muro. Era más fuerte de lo que parecía. Seguramente todo músculo bajo aquel esmoquin.
Quitó la mano rápidamente.
–Aquí es donde trazo la línea. Puedo subir sola a mi casa, y tú tienes que creerme cuando te lo diga.
–Pero...

–No.

Y dando media vuelta, entró en su portal. Era un hombre muy atractivo, pero ni él ni ella querían una relación romántica y, sin embargo, el trabajo le era indispensable. No se arriesgaría a quedarse a solas con él ante la puerta de su casa, incitándolo al beso de buenas noches. Era fuerte, pero no perfecta, y hacía tiempo que había aprendido que una chica lista no debía tentar a la suerte.

A la mañana siguiente se despertó confusa. O desorientada quizás. No había bebido, de modo que no podía ser resaca, así que carecía de excusa para haber acordado salir doce veces con un desconocido.

Aunque tampoco lo era tanto. Sabía que era amigo de Olivia y Tucker, un hombre al que su amiga se había puesto de puntillas para besar en la mejilla. Precisamente ella tendría que poder darle la información que necesitaba.

Con el teléfono en la mano fue a la cocina, y tras preparar café en su viejo aparato de filtro en lugar de la magnífica cafetera nueva que Judy le había robado, marcó el número de

Olivia.

–Hola. Este es el buzón de voz de Olivia Engle. Deja un mensaje después de la señal.

Se le había olvidado que Olivia y su familia se iban para Kentucky.

Dejó el teléfono sobre la mesa de la cocina antes de sentarse. Su plan se había ido al garete.

Laura Beth entró descalza. Iba despeinada y apenas traía los ojos abiertos.

–¿A quién llamabas?

–A Olivia. Necesitaba información, pero me acabo de acordar que tomaba hoy el avión para Kentucky.

Sacó de un armario una taza y una bolsita de té.

–¿Qué clase de información? –quiso saber.

–Los antecedentes de un tío. Creo que he encontrado la manera de conseguir trabajo.

Laura Beth abrió del todo los ojos.

–¿De verdad?

–Sí. Por cierto, gracias por dejarme plantada anoche.

–¡Lo siento! Bruce dirige el departamento de Tecnología de la Información que acaba de crear Tucker. Me fui a tomar café con él y conseguí una entrevista.

–Pues el tipo que yo conocí, quiere que lo acompañe a unas cuantas fiestas.

–¡Dios mío! No estarás pensando en...

–No me refiero a esa clase de acompañamiento. Al parecer Ricky Langley ha pasado hace poco por una ruptura sentimental, y no quiere asistir solo a sus compromisos de Navidad, así que me ha pedido que lo acompañe y, a cambio, me presentará a gente influyente.

–Eso suena tan prometedor como lo mío. O a lo mejor más, porque podrías sacar más de una entrevista.

El comentario la tranquilizó un poco. Ricky era amigo de Olivia y Tucker, no había intentado pasarse con ella y habían llegado a un acuerdo. Lo del acuerdo le gustaba. Le gustaba dar algo para conseguir algo. Detestaba la limosna.

En fin, que se iba a lanzar. Con la primera cita le pondría a prueba, y si la cosa no salía bien, no habría más.

Alrededor de las diez, recibió una llamada suya. Se disculpaba porque la primera fiesta a la que necesitaba que acudiera con ella era aquella misma noche.

–¿Ya? ¡Pero faltan dos días para que empiece diciembre!

–Mis amigos, que son muy madrugadores –hizo una pausa–. ¿Es un problema para ti?

–No, no pasa nada. Es sábado, pero no suelo tener dinero para salir –hizo una mueca. ¡Qué espanto!–. No quería darte lástima, sino que entendieras que no tenías que sentirte mal.

–Lo he entendido.

–¿A qué hora me recogerás?

–Hacia las ocho.

Parecía vacilar. Debía tener tantas dudas como ella sobre aquel acuerdo.

–La fiesta la da mi banco.

–¿Alguna idea de cómo debería vestirme?

–Como fuiste a la fiesta de Olivia y Tucker creo que valdría –hizo una pausa–. Estabas guapa.

Había sido un cumplido sencillo, pero le gustó.

–Gracias. Pero era un vestido de cóctel. Si se trata de un evento formal, tendría que llevar un vestido largo.

–Es en el Waldort, de etiqueta.

–En ese caso, largo.

–Bien. Pero no quiero que esperes en el vestíbulo de tu edificio. Déjame subir a tu piso. No quiero que mi conductor pueda decirles a los demás que hago que mi chica me espere en la calle.

No quería que su relación se volviera demasiado personal pero tenía que admitir que estaba en lo cierto. Resultaría extraño que lo esperara en el vestíbulo.

–De acuerdo.

Colgó y entró directa en su alcoba para buscar qué ponerse. Tenía unos doce vestidos de cóctel, varios de baile y casi cualquier

cosa que pudiera necesitar para las diferentes ocasiones, así que sus posibilidades se multiplicaban, pero todo estaba pasado de moda.

Sacó un vestido largo y rojo. A los banqueros les gustaría el rojo. No. Mejor verde. El color del dinero. Sonriendo, sacó uno que tenía de terciopelo verde. Iba a necesitar una severa actualización, pero no le importó. En aquellos últimos años había desarrollado una buena habilidad con las tijeras, el hilo y la aguja. Se le daba bien actualizar prendas antiguas, e incluso se había comprado una máquina de coser de segunda mano.

Mientras buscaba las tijeras no dejó de sonreír, y es que en el fondo tenía ganas de salir. Conocería a personas que podían estar en disposición de contratarla, y además tenía una razón para arreglarse. Para socializar. Incluso para bailar. Sería divertido.

No recordaba la última vez que se había divertido.

Llegó poco antes de las ocho, y Eloise le abrió excitada, pero lo que vio le hizo abrir los ojos de par en par. Se había olvidado de lo guapo que era. Vestido con esmoquin y abrigo negro, parecía tan sofisticado y atractivo que podría ser perfectamente el rey de algún pequeño país.

Rápidamente se recompuso. Su aspecto le daba igual, porque no quería sentirse atraída por ningún hombre. Lo que quería era encontrar trabajo.

–Voy por mi abrigo.

Se cubrió con la capa y caminó hacia él.

–Estás increíble –dijo Ricky.

Qué orgullo sintió. No habría dicho eso si hubiera visto aquel mismo vestido cinco horas antes.

–Gracias. Me enamoré de este vestido cuando me lo compré –salieron y cerró la puerta–. Ha sido estupendo tener una razón para actualizarlo.

Comenzó a bajar las escaleras.

–¿Lo has reformado tú?

–Sí. Le he quitado el cuello y el cinturón y le he hecho un arreglito en la espalda.

–Ah.

Eloise lo miró por encima del hombro.

–No te preocupes, que no te voy a avergonzar. Dinero para comprar ropa nueva no tengo, pero sí muchas prendas antiguas que puedo reformar o arreglar, y una estupenda máquina de coser. Nadie se dará cuenta de que este vestido era completamente distinto.

La conversación decayó y el trayecto hasta el Waldorf lo hicieron en silencio. La fachada del edificio se había cubierto de luces blancas, que también se enredaban en las ramas de los abetos que como centinelas guardaban ambos lados de la puerta.

El portero se acercó a abrirles la puerta de la limusina.

Respiró hondo y dejó que la ayudase a bajar. Entonces fue cuando vio a los demás invitados. Pieles. Diamantes. Peinados perfectos de peluquería.

Se pasó la mano por la capa, que resultaba absurda en comparación a las pieles que lucían las demás mujeres que en aquel momento se bajaban de las otras limusinas, y se volvió hacia Ricky.

–Me parece que tu banquero conoce a un puñado de gente rica.

Él sonrió invitándola a caminar hacia la escalinata que daba acceso al hotel.

–Habrá algunas cámaras a la entrada. Algún fotógrafo de las páginas de sociedad tomará fotos a todo el mundo con la esperanza de conseguir algo que publicar en los periódicos de mañana.

–Ah.

Sus padres vivían en Kentucky, pero su madre compraba todos los periódicos de Nueva York para mantenerse informada de los de su propia clase. Vivía y respiraba con las páginas de sociedad.

El miedo la paralizó de repente. No era capaz de poner los pies en movimiento. No había visto a sus padres desde hacía cinco años. Desde que la desheredaron. Pero si la veían en un evento de aquella magnitud, al lado de un hombre rico, solo Dios sabía lo que podían hacer. ¿Recuperarían por fin el juicio y la llamarían fingiendo que no había ocurrido nada? Y si era ese el caso, ¿qué haría ella? ¿Tan sola se sentía, tan desesperada estaba para hacerles creer que carecía de importancia que no se hubieran preocupado de la muerte de su marido, y que a ella le estuviera costando la vida misma recuperarse?

Cerró los ojos. ¿Por qué no lo habría pensado antes?

La voz de Ricky le llegó con suavidad.

–No te importará que te saquen una foto, ¿verdad?

Abrió los ojos.

–Depende de dónde termine publicándose.

La tomó por el codo para guiarla hasta la entrada.

–Seguramente en ninguna parte. Tendríamos que ser lo bastante importantes para que un columnista de sociedad quisiera comentar algo sobre nosotros.

–¿Y tú no eres importante?

Otro empleado uniformado del hotel abrió la puerta y entraron.

–El año pasado era el objeto de compasión favorito de todo el mundo, pero este año ya no soy nada. Estás a salvo.

El alivio que le llevaron sus palabras duró poco. No solo llevaba un vestido de hacía cinco años al que le había quitado el cinturón y el cuello, sino que nadie podía predecir quién podía parecerle importante a un columnista de sociedad. Si Ricky Langley no había salido con nadie en todo un año, su aparición llevando del brazo a una

mujer podía despertar curiosidad.

Al entrar en el vestíbulo, profusamente adornado, vio una cámara que apuntaba en su dirección y disimuladamente se ocultó detrás de Ricky.

Él se volvió.

–¿Qué haces?

–Es que... he pensado que como eres tú el que tiene la invitación, debías pasar primero.

–El vestíbulo es lo bastante grande como para que podamos caminar el uno al lado del otro.

Viendo que la atención del fotógrafo se dirigía a otros invitados, Eloise se rio.

–¡Pues claro! Perdona.

Tomaron el ascensor y subieron al salón de baile en silencio. Ricky reparó en que iba prácticamente aferrada a su capa, casi como si intentara ocultarla, e internamente se encogió. Estaba claro que no se sentía a gusto allí, y que se avergonzaba.

Las puertas se abrieron y salieron juntos.

–Permíteme que deje tu capa en el guardarropa.

Se la quitó para entregársela, y él hizo lo mismo con el abrigo. Ambas prendas quedaron en manos de la joven que se ocupaba del guardarropa.

Se volvieron para atravesar el vestíbulo suavemente iluminado que daba paso al salón de baile y un fotógrafo les hizo una instantánea. Eloise palideció. Incluso parecía a punto de desmayarse.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, claro que estoy bien.

Sabía que era mentira. El miedo le brillaba en los ojos, y se había quedado blanca como la pared.

–No tendrás miedo de conocer a estas personas, ¿verdad?

Ella respiró hondo.

–Necesito conocerlas.

–Entonces, ¿qué pasa?

–Que detesto que me hagan fotos.

Lo cual explicaba todas sus preguntas sobre los fotógrafos, pero al mismo tiempo planteaba otros interrogantes.

Antes de que pudiera decir nada más, la Eloise que había visto brillar en la fiesta de sus amigos volvió a aparecer. Se irguió, su expresión cambió. El vestido verde que había reformado se ceñía a sus curvas como encarnando la decadencia misma. La vio volverse y dirigirse a la entrada del salón, y los ojos a punto estuvieron de salírsele de las órbitas.

El escote era normal por delante, pero por detrás llegaba hasta el final de la espalda. Su melena rubia y lisa parecía flirtear con la piel

desnuda al moverse.

La boca se le hizo agua.

¿Cómo demonios no se habría dado cuenta de que aquel vestido en realidad no tenía espalda ninguna?

Debió darse cuenta de que no la seguía porque se detuvo a mirarlo.

–¿A ti te gusta que personas a las que no conoces te hagan fotos?

–Estoy tan acostumbrado a que desconocidos de todo tipo me saquen fotografías que ya no me importa –respondió, acercándose–. Sobre todo porque no suelen salir en ninguna parte.

Ella movió la melena y volvió a caminar.

–Bien.

Viéndola alejarse, volvió a quedarse helado. El tejido de aquel vestido acariciaba sus nalgas de curva perfecta, de tal modo que su reticencia a las fotografías perdió toda relevancia. En la fiesta de Tucker se había dado cuenta de que era guapa, pero en aquel vestido podía detener la circulación.

–Si te sirve de consuelo, las cámaras no pueden captar imágenes de la fiesta.

–Pues sí que lo es.

Presentaron la invitación y pasaron a engrosar la fila de invitados que aguardaban para saludar a los anfitriones. Los ojos de Paul Montgomery se iluminaron al ver a Eloise.

–Querida, ¿cómo has conseguido que este hombre salga por fin de la cueva?

Ella se rio y colgó su brazo del de Ricky.

–Nos conocimos en una fiesta de amigos comunes.

–Tucker y Olivia Engle –puntualizó Ricky, estrechando la mano del hombre–. Ella es amiga de Olivia, y yo, de Tucker.

–Olivia es adorable –dijo la señora de Paul Montgomery, acercándose para depositar un beso en el aire más cercano a la mejilla de Eloise–. Está deslumbrante con su embarazo.

–Desde luego. Va a ser una madre maravillosa.

Consumidos los veinte segundos de su presentación, Ricky y Eloise fueron guiados a la siguiente sección, donde les indicaron en qué mesa estaban reservados sus asientos y les hicieron entrega de un adorno de Navidad hecho a mano, regalo de los Montgomery.

Ricky la tomó de la mano y la guio a través del mar de mesas.

–La presentación ha salido bien.

–Es que nuestra historia es muy creíble.

–Entonces, nos ceñiremos a ella.

Hizo una pausa y se volvió a mirarla. Ahora que se había dado cuenta del impacto que la hermosa Eloise iba a causar en sus amigos, el miedo le atenazó un poco por dentro.

–Vamos a estar sentados con algunos de mis mejores amigos, y no quiero que sepan que lo nuestro no es de verdad. Son las personas a las que quiero tranquilizar por encima de todo, y que me vean salir con alguien será la prueba viva de que es así. Si somos lo bastante convincentes, no harán preguntas. Les bastará con ver que estoy bien.

–De acuerdo.

–Pero si alguien llega a sospechar que lo nuestro es falso, voy a resultar patético. Esto tiene que ser tan real como sea posible para que mis amigos se lo traguen, lo que significa que voy a tener que abrazarte.

Ella asintió.

–Y vamos a tener que bailar, porque a mí me encanta bailar y resultaría extraño que no lo hiciera.

Eloise le enderezó la solapa del esmoquin y la pajarita, en un gesto al mismo tiempo íntimo y casual. Ricky se estremeció, y no por miedo, sino por lo fácil que le había resultado aceptar el roce de sus manos, lo cual le provocó un miedo cerval. Era una mujer preciosa, y seguramente como cualquier hombre en aquella habitación, querría tocarla y que ella lo tocase.

–Relájate. He salido antes con un par de hombres. Sé cómo actuar.

Él se sonrió.

–Perdona.

–No pasa nada. La verdad es que lo estamos haciendo mejor que muchas parejas que salen de verdad, porque no nos da miedo ser sinceros.

–Supongo que sí.

Eloise le dio la mano.

–Todo va a salir bien.

Ricky la condujo hasta la mesa y le presentó a su socio, Elias Greene, y a su prometida, Bridget O’Malley. Iban a casarse el día de Nochebuena. Se estaban sentando cuando otro amigo,

George Russell y su esposa, Andi, se unieron a ellos.

Al ver cómo Eloise sonreía ante las presentaciones, el nudo que llevaba en el estómago empezó a aflojarse. Que los hombres se deshicieran con ella era previsible, pero nunca se habría imaginado que supiera ganarse a las mujeres.

Andi se acercó a ella y poniendo su mano sobre la de Eloise, le dijo:

–Me encanta tu vestido.

–¿Esta antigualla? –se rio.

–Vale. No me digas dónde te lo has comprado.

–Lo cierto es que gran parte de mi ropa me la diseño yo misma.

Andi la miró boquiabierta.

–¿Te lo has hecho tú?

–Lo compré hecho, pero después lo he reformado a mi gusto.

A Ricky le empezaba a gustar su modo de lidiar con la verdad. No proclamaba a los cuatro vientos que no tenía un céntimo, pero tampoco fingía ser quien no era. Tomó un sorbo de agua. Empezaba a estar más tranquilo, a confiar más en su acuerdo. Lo estaba haciendo muy bien.

Después de cenar, Paul hizo un brindis en el que les agradeció su asistencia y les deseó lo mejor para el año nuevo. Luego dio comienzo el baile.

Eloise se volvió a él con una sonrisa.

–Sé que te mueres por bailar.

Ricky se levantó y le ofreció la mano, y fueron evitando las mesas hasta llegar al centro mismo de la pista de baile.

Colocó la mano en su espalda y encontró piel suave y firme, pero recordando mentalmente su vestido, se dijo que si bajaba más para encontrar tejido, estaría poniéndole la mano en el trasero, así que la dejó donde estaba.

–Es interesante la espalda de este vestido –comentó.

Ella se rio.

–Perdona.

–No, qué va. No hay problema.

–Parece que te estás divirtiendo.

–La verdad es que solo por la carne que hemos cenado ya habría valido la pena la velada.

Comenzaron a girar por la pista.

–La carne no suele hacer acto de presencia en el menú de quien casi no puede pagar el alquiler.

–Ni el champán. Ni siquiera la ensalada muchos días –lo miró a los ojos y sonrió–. Gracias.

–De nada –contestó–. Pero aún tenemos que presentarte a unas cuantas personas esta noche para que quede satisfecha tu parte del acuerdo.

–A lo mejor esta noche simplemente deberíamos disfrutar –contestó, y miró a su alrededor–. ¿Es este tu grupo?

–¿Mi grupo?

–Sí, ya sabes… la gente que suele asistir a los mismos eventos que asistes tú.

Miró con sorpresa a las personas que bailaban junto a ellos. Tenía razón. Volvería a ver aquellos rostros una y otra vez hasta el dos de enero, cuando se acabaran las fiestas.

–Sí, pero en las demás fiestas se les unirán otras personas.

Por ejemplo, no estarán en la de mi oficina, y solo un par de ellos acudirán a la de la fraternidad. Los verás a todos en la boda de

Elias y Bridget. Y seguramente los has visto a casi todos en casa de Olivia y Tucker.

Volvieron a girar y ella se rio.

Todos sus instintos estaban alerta. No podía recordar la última vez en que había hecho reír a alguien. O la última en que se había divertido. Pero en aquel momento, se estaba divirtiendo.

Cuando la música cesó, apartó la mano de la suavidad de su espalda e inmediatamente se acercó a la pareja que había a su lado, Mimi y Oliver French.

Ella les dio la mano.

–Creo que he leído algo sobre ti en el Journal de la semana pasada.

Oliver fingió humildad.

–No sé por qué escribieron ese artículo.

Eloise se rio.

–Pues porque tu empresa hizo ganar millones de dólares a tus clientes el año pasado.

Mimi fingió darle un golpe a su marido en el brazo.

–Es demasiado modesto. No le gusta que lo alaben, pero hemos tenido un año muy bueno –sonrió a Eloise–. Y ahora dime, querida, ¿de dónde has sacado ese vestido?

–De una boutique no lejos de aquí –contestó con una sonrisa. No mencionó que lo había comprado cinco años antes, o que antes era un vestido conservador con la espalda cerrada, cuello vuelto y un estrecho cinturón con que resaltar su cintura. A Andi le habría encantado que le contara la historia, pero Mimi se comportaba de un modo muy parecido al de su madre: no vería talento, sino desesperación.

–Tendré que pasarme por allí.

–Vale la pena.

–Eloise lleva en la ciudad poco tiempo –dijo Ricky.

–Vaya –comentó Oliver.

–Sí. He terminado la carrera y estoy buscando trabajo.

El grupo comenzó a tocar, y la pareja volvió a bailar.

Ricky puso de nuevo la mano en su espalda y comenzaron a bailar.

–Ha estado bien.

–Sí, pero me ha resultado extraño.

Él alzó las cejas.

–¿Extraño?

–Me refiero a lo de pedir trabajo.

–Vamos a ver. Tu problema número uno es que deberías estar orgullosa de buscar trabajo.

–Lo que me siento es desesperada.

–Y ese es el problema número dos. ¿Crees que esta gente ha llegado a lo más alto sin saber olfatear la desesperación?

–Ya sé que no.

–Pues tienes que desprenderte de ella.

–Vale.

El baile terminó y su conversación se vio interrumpida por alguien que se acercó a hablar con Ricky. A diferencia de los señores French, a aquel hombre no le interesaba lo más mínimo la acompañante de Ricky. Quería proponerle una oportunidad de negocio, y a ella apenas la miró.

Eloise miró a su alrededor. Los brillantes titilaban en gargantas, muñecas y dedos, lo cual revelaba por sí solo lo ricas e importantes que eran aquellas personas entre las que Ricky parecía sentirse tan cómodo. Oyéndole hablar se dio cuenta de que su comodidad provenía de su inteligencia. Aquel era su ambiente habitual, y era tan sagaz como cualquier otro millonario.

Un orgullo ridículo surgió en su interior. Todo aquel grupo quería conocer su opinión sobre tal o cual cosa, pero Ricky estaba con ella.

No. No estaba con ella porque le gustara, sino porque habían llegado a un acuerdo, y solo había accedido a ello porque necesitaba protección. Ella no estaba siendo más que un símbolo para indicarles a sus amigos que había pasado página de aquella ruptura que tan dolorosa debía haber sido para él.

Haría bien en no olvidarlo.

Capítulo Tres

Recordarse los apuros que pasaba a diario no sirvió para reducir la atracción que Ricky ejercía sobre ella. ¿Por qué era incapaz de separar los hechos de la ficción?

La segunda vez que bailaron un tema lento, había sentido algo por dentro que iba más allá de la atracción. Ricky le gustaba. Y mucho. Así que no le quedó más remedio que irse un momento al lavabo de señoras para recordarse de nuevo que aquello era solo un acuerdo de trabajo, no una relación de verdad.

Pero cada vez que bailaban, sus sensaciones crecían. Sentía el calor invadir todo su cuerpo cuando la rodeaban sus brazos. Cuando hacía algún gesto dulce o delicado, experimentaba cosquilleos de placer. Al final de la velada, sostuvo su capa en alto con una sonrisa para ponérsela sobre los hombros, y el corazón a punto estuvo de salírsele del pecho.

Por fin acabó comprendiendo lo que debía estar pasando: mentalmente sabía que aquello era teatro, pero ni su cuerpo ni sus hormonas se habían dado por enterados.

Una vez estuvieron en la limusina, se separó de él cuanto le permitió el asiento.

Norman puso en marcha el motor mientras Ricky tamborileaba con los dedos sobre la rodilla. Luego la miró en silencio unos segundos y por fin dijo:

–Lo de mañana por la noche es una cena privada en casa de un banquero que ha sido compañero de facultad.

–Estupendo –contestó, sonriendo educadamente.

–No creo que necesites vestirte tanto como hoy.

–Seguramente no. Con un vestido de cóctel bastará.

–Genial.

La conversación se apagó, y Eloise se recostó en el respaldo del asiento. Quedaba claro por el nerviosismo de sus gestos que él no estaba sintiendo su misma atracción, y si se había dado cuenta de sus miradas, o del modo en que se había acurrucado contra él al bailar, por eso se sentía tan incómodo.

Con todo ello había roto la primera regla de su acuerdo: nada de romanticismo. Y si no se andaba con ojo, él acabaría poniendo fin a su arreglo.

Para evitar la curiosidad de su chófer, dejó que la acompañase a la puerta, y que incluso subiera los cuatro tramos de escaleras hasta su casa, no fuera a ser de esos hombres curiosos que se asomaban a los portales para asegurarse de que todo iba bien.

–Lo he pasado muy bien –dijo ella, una vez estuvieron arriba.

Ricky metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–Gracias. Yo también lo he pasado bien.

–Bien... vale.

Y ahora tartamudeaba. Genial. Qué idiota. Tenía que acabar con aquel tormento, así que lo miró a los ojos y dijo simplemente:

–Buenas noches.

–Buenas noches –fue su respuesta.

Eloise abrió la puerta y entró rápidamente.

¿Pero qué demonios estaba haciendo? ¡Necesitaba conseguir trabajo! No estaban saliendo. Lo suyo era un acuerdo comercial, y no podía perder la oportunidad de establecer unos contactos que pudieran ofrecerle ese trabajo solo porque sus hormonas se hubieran despertado inesperadamente. Además, él no sentía nada por ella, y sería muy humillante llegar a enamorarse de un hombre que la había contratado solo como figura decorativa, ¿no?

Ricky bajó las escaleras a buen paso. Eloise había sido la acompañante perfecta. Preciosa. Inigualable. Incluso a él había conseguido hacerle creer que le gustaba. Era tan perfecta que subió de nuevo a la limusina canturreando en voz baja.

Pero en cuanto se dio cuenta, pensó en Blake y se maldijo. ¿Qué derecho tenía él a ser feliz cuando su hijo ya no estaba a su lado? La responsabilidad de la muerte de su pequeño había sido tanto suya como de su madre, y no se merecía ser feliz.

Norman volvió a poner el coche en movimiento y justo entonces su teléfono sonó. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Era su director de Investigación y Desarrollo. Tenía que contestar.

–¿Qué ocurre, Tom?

–Lo siento, Ricky, pero tenemos un problema.

–¿Un problema? Estamos ya en producción. No deberíamos tener ningún problema de I+D.

–Es posible que necesites hablar con tu abogado. Un fabricante de Berlín acaba de sacar al mercado un juego exactamente igual al número dos del paquete.

El estómago se le hizo un nudo.

–¿Estás de broma?

–No. Tengo a un equipo comparando los juegos. Tardaremos unos días, pero eso te da tiempo para que llames a tus abogados y los pongas a trabajar.

–En cuanto tengas un veredicto, házmelo saber.

Colgó y marcó el número de sus abogados.

Eran las seis de la tarde del día siguiente cuando colgó el teléfono después de hablar una vez más con su equipo de I+D. No había dormido ni comido, y tenía la sensación de que el teléfono se le había pegado a la oreja. Estaba agotado, y consideró la posibilidad de no acudir a la cena de Tim y Jennifer, pero su ausencia a aquella reunión de amigos despertaría más preguntas de las que deseaba. Hasta que averiguara si el fabricante alemán había creado el mismo juego al mismo tiempo que él, o si alguno de sus empleados le había vendido la idea, tenía que fingir que no ocurría nada. Y afortunadamente tenía a Eloise Vaughn preparada.

Llamó a la puerta de su casa y ella le abrió con una sonrisa y poniéndole la capa en las manos.

–Estás muy guapa –le dijo al tiempo que se la colocaba sobre los hombros.

Y era cierto. Con un sencillo vestido negro y adornada con unas perlas, resultaba deslumbrante. Podía tener los ojos abotargados de no dormir y el cerebro frito de tanto hablar sobre patentes y espías, pero aun así podía ver que estaba preciosa.

–Tú también lo estás –respondió ella, sonriendo.

Se miró el traje negro, la camisa blanca y la fina corbata negra.

–¿Te parece que voy bien para una cena?

–Eres la viva encarnación de la cena semi formal.

Cerró la puerta y bajó las escaleras casi corriendo. Ricky estaba tan cansado que le costaba trabajo seguir su ritmo, y se preguntó si habría tomado la decisión correcta al no cancelar su asistencia.

–Tienes prisa esta noche –le dijo, al entrar en la limusina un poco después que ella.

–Es que estoy algo nerviosa.

–No tienes por qué. Tim y Jennifer son dos personas muy sencillas –dijo para tranquilizarla.

–No te preocupes. Estaré bien.

El móvil sonó.

–Tengo que contestar –dijo con un suspiro.

Ella hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

–No pasa nada. Contesta.

Ricky seguía al teléfono cuando el conductor detuvo el coche ante un edificio de apartamentos de lujo y abrió la puerta. Siguió hablando mientras descendían, continuó haciéndolo hasta llegar a la puerta y colgó cuando el portero les abrió.

–Perdona.

–No te preocupes, de verdad, que no pasa nada. No tienes por qué disculparte, ¿recuerdas?

Tomaron el ascensor y subieron en silencio. Las puertas se abrieron en un lujoso ático. Había un enorme árbol de Navidad ante

un hermoso ventanal, decorado con luces brillantes y espumillón, y ese mismo tema continuaba en mesitas y dinteles de las puertas. Dos calcetines rojos decoraban la repisa de mármol de la chimenea, y las luces y el color sumergían la estancia en una atmósfera cálida, acogedora y hasta cierto punto, de otro tiempo.

Tim y Jennifer les dieron la bienvenida con abrazos, les preguntaron qué querían beber y los invitaron a unirse al grupo de parejas que charlaban ante la elegante y sencilla chimenea de mármol blanco.

La conversación discurrió animada hasta que el mayordomo anunció que la cena estaba servida. La anfitriona fue indicando los sitios que debían ocupar en torno a la magnífica mesa de caoba debidamente dispuesta con porcelana y cristal, y una vez todo el mundo estuvo acomodado y las ensaladas servidas, la charla volvió a animarse.

Tras la cena los hombres se retiraron a fumar al estudio.

Orgullosa de sí misma por controlar la situación, suspiró satisfecha, pero al mirar a las cuatro mujeres que quedaban en la estancia con ella, se encontró con unas expresiones expectantes.

–Pensé que nunca volvería a salir con nadie.

Le gustó la idea de tener que interpretar de verdad su papel y satisfacer el contrato suscrito, así que sonrió y tomó su copa de vino.

–Bueno, no ha sido una nuez tan difícil de partir.

La expresión de Jennifer se tornó más seria.

–Cariño, tuvieron que pasar cuatro meses desde la tragedia solo para que volviese a dirigirle la palabra a alguien.

Eloise procuró no alterar su expresión, pero por dentro se encogió. ¿No era un poco exagerado calificar de «tragedia» una ruptura?

Muriel, dueña de una cadena de restaurantes y esposa de Fred, uno de los hermanos de su fraternidad, dijo:

–Fred estaba convencido de que iba a perderlo todo, tanto su negocio actual como sus perspectivas de futuro. Pero entonces… –se volvió a mirar a Jennifer–, ¿cuánto tiempo después? Seis meses, ¿no? Seis meses después, consiguió por fin recuperarse y volver a trabajar.

¿No eran seis meses una cantidad de tiempo extrema para una ruptura?

–¿Estuvo seis meses sin trabajar?

–Ay, cariño, lo que estuvo fueron seis meses sin comer.

El corazón se le encogió. Aquella ruptura debía haber sido algo extraordinario. El deseo de preguntar qué había pasado era casi insoportable, pero consiguió contenerse. Se suponía que Ricky y ella salían juntos, y por lo tanto aquellas mujeres habían dado por sentado que él le había contado lo ocurrido. Y si no les seguía la corriente,

podía echarlo todo a perder.

–Fueron unos meses muy difíciles para él –fue lo que se le ocurrió decir.

Jennifer le dio unas palmadas en la mano.

–Por eso nos alegramos tanto de que haya encontrado a alguien.

Eloise sonrió.

–Yo también me alegro de que me haya encontrado – contestó con facilidad, pero mentalmente comenzó a darle vueltas a aquella información. ¿Qué clase de ruptura podía afectar de tal modo a un hombre que llegase a abandonar su trabajo durante seis meses?

Mejor no darle vueltas. Si él quería que lo supiera, se lo contaría. Pero la curiosidad la estaba asediando, copando sus pensamientos, impidiéndole pensar en otra cosa.

Cuarenta minutos más tarde, los hombres salieron del estudio. Todo el mundo tenía que trabajar al día siguiente. Ricky tenía una vídeo conferencia con un bufete de abogados de Berlín, así que tenía que madrugar más, lo que les hizo ser los primeros en despedirse.

Le puso la capa sobre los hombros y la condujo al ascensor.

Aunque en parte sabía que estaba traspasando los límites de su acuerdo, la curiosidad, sumada a una preocupación auténtica, empezaban a ser irresistibles, de modo que en cuanto quedaron a solas en el ascensor, intentó hablar de lo ocurrido.

Pero un segundo antes de que las puertas se cerraran, Dennis Margolis y su esposa Binnie, entraron a toda prisa.

Dennis se frotó las manos antes de decir:

–Va a hacer más frío en la calle después de haber estado sentados delante de esa chimenea.

Binnie suspiró soñadora.

–No me importa. Es más, espero que siga haciendo frío. Tiene que nevar para Navidad. Las vacaciones resultan mucho más divertidas cuando hay una capa de nieve cubriendo los adornos. ¿No te parece, Eloise?

–Sí. Me encanta la nieve. Sobre todo en vacaciones.

Sonrió a Ricky, esperando que él le devolviera la sonrisa, pero lo que le devolvió fue una mueca vacía. O estaba agotado, o la charla en el estudio no había ido bien.

Mientras caminaban por el vestíbulo y llegaban a la limusina, el móvil volvió a sonar. Ella se acomodó en el coche, pero él cerró la puerta y permaneció en la acera. Veinte minutos más tarde, Norman volvía a abrir la puerta y Ricky entraba con una brillante sonrisa.

–¿Buenas noticias?

–Hemos evitado un desastre mayúsculo. Creía que iba a tener que declararle la guerra a una empresa europea, pero ha resultado que simplemente se cometió un error. Una vez nuestra gente de I+D ha

revisado el juego y lo han peinado, han visto que se han asustado más de la cuenta.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero su empresa, su negocio, no entraba dentro de sus preocupaciones en aquel momento.

–Eso está bien.

–Está más que bien. Es excelente. Seguramente aún se presentará algún que otro problema antes del lanzamiento, pero es agradable cuando se solucionan tan fácilmente.

Se alegró de que estuviera de mejor humor, pero de todos modos, esperó un rato más a estar metidos de lleno en el tráfico para preguntar.

–Las mujeres de tus amigos están muy contentas de ver que vuelves a salir.

–Ya.

–Han dado por sentado que sé lo que te pasó.

–Me lo imagino.

–A lo mejor te gustaría contármelo.

–Una de las razones por las que me siento cómodo contigo es que no lo sabes.

–Pero, ¿no resultaría más creíble nuestro engaño si lo supiera?

–No si tú acabas compadeciéndome.

–¿Y si te prometo no compadecerte?

–No podrás mantener tu promesa.

–¿Y si alguien acaba hablándome de ello? ¿Y si nos separamos y alguien me lo suelta sin más?

–Tendremos que permanecer juntos para que no ocurra.

Se volvió hacia él de inmediato, y una mezcla de temor y curiosidad se le acumuló en el pecho. Ya estaba teniendo que combatir la atracción que ejercía sobre ella. ¿De verdad quería tener que estar pegada a él cada vez que salieran? ¿No separarse ni un segundo?

¿Cómo era posible que un plan tan simple pudiera volverse tan complicado?

Tras acompañar a Eloise a la puerta de su apartamento, Ricky bajó las escaleras y entró en la limusina.

Dio unos golpecitos en la luna de cristal que le separaba de Norman y este la bajó.

–Llévame al hospital.

Norman lo miró por el retrovisor.

–Son las doce.

–Tengo la tarjeta y la identificación.

El cristal se cerró y Ricky se apoyó en el respaldo, respirando hondo. El dolor que había sido su compañero más fiel lo reclamó. Treinta minutos más tarde, la limusina se detenía ante la puerta.

Utilizó su tarjeta para entrar en el hospital, y con paso firme y decidido, atravesó el silencioso vestíbulo y subió a la planta en la que se encontraba la UCI infantil.

Se detuvo delante de la pared de cristal para contemplar a aquellos dulces e inocentes niños que luchaban por sus vidas.

–¿Señor Langley?

Era Regina Grant, la supervisora del turno de noche.

–Buenas noches, Regina.

–¿Todo va bien?

–Todo bien, sí.

Pero ella sabía de sobra por qué estaba allí. Cuando reformaron el ala infantil, gracias a una generosa donación por su parte, cuando se renovó por completo aquella planta y se compró equipamiento nuevo, ella había sido quien había presenciado su dolor. Ella le había acompañado a una habitación, en lugar de repetir las manidas palabras de consuelo, y le hizo reflexionar sobre sus bendiciones.

–Y cuando no pueda recordarlas, venga aquí y mire a través de este cristal: se dará cuenta de que no lo tiene usted tan mal como otros.

El recuerdo le hizo mover la cabeza. Echaba de menos a su hijo con una desesperación que le desgarraba la garganta y le atormentaba el alma. Ojalá hubiera hecho un millón de cosas de otro modo. ¿Cómo podía haber permitido que un problema de trabajo y una chica guapa le hubieran hecho olvidarse de él?

–Estoy aquí solo para recordarme que hay muchos en peor situación que yo.

–Desde luego. Y la vida sigue.

La tristeza le pasó de parte a parte como un puñal. Recuerdos de la risa de su hijo, del calor de su abrazo, de su absoluta confianza le volvieron a llenar, pero con ellos acudió un miedo desconocido y extraño. La vida podía continuar, pero no quería olvidar a su hijo. Nunca. Jamás.

Tras un prolongado silencio, Regina puso la mano en su antebrazo.

–Tengo una sugerencia. En lugar de venir en plena noche, a lo mejor lo que necesita es un poco de interacción.

Se volvió a mirarla.

–¿Con los niños?

–Sí.

–Están demasiado enfermos.

Y él, demasiado asustado.

–Estos sí, pero si viene a las horas de visita al ala izquierda, estoy segura de que las enfermeras podrán prepararlo todo para que pueda ir a leerles un cuento en la sala de juegos.

Él no contestó, y ella iba a marcharse ya cuando aún se volvió para decirle:

–Dar alegría a unos niños que la necesitan es mejor que quedarse aquí mirando a otros a los que no puede ayudar.

La vio marcharse y contuvo el aliento mientras se preguntaba qué demonios le estaba ocurriendo. Ya había estado preocupado por cuestiones de trabajo en otras ocasiones y en cuanto la crisis quedaba resuelta, los recuerdos de Blake acudían en tropel. La diferencia en aquella ocasión era Eloise.

No podía permitir que aquella relación fingida le hiciese olvidar a su hijo. Ni su culpa. Y si ese era el riesgo, tendría que cortar por lo sano.

Capítulo Cuatro

El lunes por la mañana Eloise se despertó en el mundo real. Se puso unos pantalones de vestir y un jersey grueso, y tras envolverse en su parka, se colocó bufanda y guantes para ir a tomar el metro que la llevaría hasta Manhattan, y un ascensor vulgar y atestado hasta el piso vigésimo primero en el que se encontraban las oficinas de Pearson, Leventry and Downing.

Colgó abrigo, guantes y bufanda en el perchero que ocupaba la esquina del pequeño espacio que compartía con diez archivadores y la mesa de Tina Horner.

Su compañera entró frotándose las manos.

–¡Tendría que nevar! Así por lo menos disfrutaríamos de una estampa navideña.

–Eso mismo me dijo anoche otra persona.

–Entonces no soy yo la única que piensa que este tiempecito se está riendo de nosotros.

Eloise se sentó tras su mesa y arrancó el ordenador.

–No. Binnie Margolis está de acuerdo contigo.

–¿Binnie Margolis? –exclamó–. Alguien ha subido unos cuantos escalones en el mundo.

Eloise se rio.

–No te engañes. Es que le estoy haciendo un favor a un amigo. Tenía que asistir a unas cuantas fiestas de Navidad y le acompaño para que dejen de darle la lata por no tener pareja.

Tina se quitó el abrigo.

–Entonces es como si estuvieras saliendo con tu primo, ¿no?

Eloise hizo una mueca. Desde luego ella no albergaba sentimientos fraternales hacia Ricky Langley, pero eso no iba a contárselo a Tina.

–No exactamente. A cambio de salir con él, me va a presentar a unas cuantas personas a ver si consigo un trabajo de verdad.

–Suena bien –respondió, sentándose tras su mesa.

–Sí, de no ser por...

–¿Por?

¿Debería hablar claro con Tina? Lo cierto es que necesitaba hablar con alguien.

–Porque creo que debería poner punto final a nuestro acuerdo.

–¿Olvidarte de un trato que puede ayudarte a encontrar trabajo? ¿Te has vuelto loca?

–Digamos que más que loca, estoy preocupada. Yo creía que quería fingir que salía con alguien porque había tenido una ruptura

traumática anterior, pero tal y como oí anoche hablar a las esposas de sus amigos, tengo la impresión de que ha debido pasarle algo gordo.

–¿Algo como qué?

–Algo trágico. La palabra «tragedia» se dijo unas cuantas veces.

–No sé... a lo mejor su última novia se murió.

–Podría ser.

–Qué pena que no podamos usar Internet aquí para buscar información sobre él.

–Puedo pasarme por la biblioteca cuando salga.

–No es mala idea.

Saber que podría investigar sobre él consiguió relajarla, y empezó con su trabajo de pasar al ordenador informes legales, pero como tuvo que quedarse hasta tarde, no pudo ir a la biblioteca, y la mezcla de desilusión y curiosidad la puso demasiado nerviosa como para poder dormir.

Tumbada en la cama con los ojos de par en par y pensando en Ricky, en su acuerdo y en su propia vida, llegó a la conclusión de que desde que lo había conocido se había dedicado a ayudarlo: un fin de semana entero rehaciendo vestidos y asistiendo a fiestas habían conseguido hacerlo feliz. Y ella también se había sentido bien, muy bien. Había estado ocupada y feliz.

Y pensar en otra persona le había hecho dejar de pensar en sus propios problemas, algo que no le había pasado desde que su esposo murió. A lo mejor no debería poner en peligro la buena relación que tenían buscando información sobre él en la red. A lo mejor ayudar a un hombre marcado por la tragedia era exactamente lo que necesitaba para superar la suya propia, sobre todo teniendo en cuenta que era el amigo de un amigo. Ricky Langley no figuraría entre los amigos íntimos de Tucker Engle si le ocurriera algo raro. Era, simplemente, un hombre con una tragedia en su pasado. Un hombre al que podía ayudar y, a cambio, olvidarse de sus propios problemas.

Ricky iba subiendo los cuatro tramos de escalera hasta el piso de Eloise el viernes por la noche, tan triste que había estado a punto de cancelar otra vez la salida. El lunes por la noche había ido al hospital a leerles a los niños como Regina le había sugerido, y había sido devastador para él. No podía soportar verlos sufrir. Le recordaban demasiado a Blake y lo estúpido que había sido él. Su hijo estaba muerto porque no le había pedido a su madre que le dejara criarlo. Era una chica a la que le volvían loca las fiestas y que por casualidad había sido madre, y él había presenciado lo mucho que le costaba encajar al niño en su vida. Seguramente le habría cedido la custodia encantada, manteniendo sus derechos de visita, pero él no se lo había pedido.

Cuando le abrió la puerta tuvo que parpadear varias veces. Llevaba un vestido color azul cielo que le sentaba de maravilla a su color de piel y de cabello, pero es que además el tejido brillaba como si alguien hubiera tejido en él hojitas de espumillón. Parecía una princesa atrapada en una bola de cristal.

–Vaya...

Ella sonrió.

–¿Sabes una cosa? Aunque no consiga nada de esto de salir contigo, creo que voy a darme por satisfecha con tus halagos a mi costura.

–Te lo mereces. Nunca me habría imaginado que lo que llevas son vestidos antiguos reformados.

Comenzaron a bajar las escaleras.

–Hombre, del siglo pasado no son. Hace cinco años, mi ropa estaba de moda.

–Entonces empezaste la universidad y tuviste que destinar ese dinero a pagarte los estudios.

–Algo parecido.

–Pues a menos que hayas nacido en una familia acomodada, vas a sufrir mucho mientras sigas en la universidad.

Una expresión extraña le pasó por la cara, y él no habría llegado tan alto en los negocios de no ser capaz de leer lo que alguien no ponía en palabras. El dolor que vio brillar en su mirada le anunció que no era nada bueno.

–O me moriré de hambre.

En la limusina fueron hablando sobre su trabajo y la desbordada agenda de él mientras llegaban a un hotel en el distrito de los teatros. Iluminada para Navidad, Times Square le dejó sin aliento. Cuántas luces. Cuánta creatividad en el papá Noel y en el trineo que lo llevaba volando sobre una cinta de teletipo, todo ello al tamaño gigante de las pantallas. Apartó el recuerdo de Blake y él recorriendo la tienda de juguetes, y se concentró en ayudar a Eloise a bajar de la limusina.

La noche volvía a ser fría y Eloise tuvo un escalofrío. Con toda naturalidad fue a pasarle el brazo por los hombros, pero justo antes de tocarla, se detuvo. Eran demasiadas las cosas que ocurrían de modo natural con aquella mujer, y aunque eso contribuiría al éxito de su engaño, no era bueno para ninguno de los dos. Cuando no tuvieran que interpretar su papel, mantendría las distancias.

Una pequeña escalera los condujo al vestíbulo del hotel, donde les indicaron que tomaran el ascensor hasta el salón de baile. Una música animada atronó al abrir la puerta.

–¿Llegamos tarde? –le preguntó ella.

–No. Justo a tiempo. Preston es promotor musical, así que debes esperar lo inesperado, incluyendo la posibilidad de que haya dado

comienzo antes a la fiesta solo porque le ha apetecido.

–Genial.

–¿Genial? Puede que sí, y puede que no, pero yo apuesto por el no.

Eloise le precedió saliendo del ascensor y a punto estuvo de chocarse con el mismísimo Preston Jenkins. Alto como una cometa, el anfitrión se hizo cargo de sus abrigos y los dejó en manos de un tipo enorme que tenía pinta de guardaespaldas. A continuación, abrazó a Eloise con efusividad.

–Eres tan preciosa como se dice por ahí.

Ricky vio que Eloise abría los ojos de par en par, y que en ellos brillaba algo parecido al miedo, y recordó entonces lo poco que le gustaba que le hicieran fotos. Parecía tener auténtico pánico a las habladurías.

–Por lo que me alegro enormemente –continuó Preston–, de que estemos a un metro del muérdago.

–¿De verdad piensas que voy a dejar que un vendedor con labia como tú bese a mi chica? –protestó Ricky.

Preston le dio una palmada en el hombro.

–¡Anda, no digas tonterías! No iba a besarla. Lo que pasas es que estoy haciéndole una foto a todo el mundo besando a su pareja bajo el muérdago.

Y señaló al guardaespaldas, que les mostró la cámara.

–¿Quieres que bese a Eloise?

Empujándolos a ambos hasta colocarlos bajo el muérdago, Preston les dedicó una sonrisa aguardentosa.

–¡Vamos, hombre, bésala!

La felicidad le invadió antes de que pudiera evitarlo, antes de que pudiera pensar en Blake y en el millón de razones por las que aquello era un error. Fue como si el tiempo se congelara y solo estuvieran allí Eloise, él y el muérdago. Nadie a su alrededor. Ni pasado. Ni futuro. Solo el beso.

Eloise parpadeó mirándolo, y sus hermosos ojos azules estaban llenos de curiosidad, adornados por los mechones de cabello rubio y ondulado que enmarcaban su rostro. Vio que sus labios se entreabrían.

El pulso se le aceleró. No había besado a una mujer desde hacía dos años, y le había bastado con rozar la piel de su espalda para que las hormonas se le pusieran a bailar. ¿Qué ocurriría cuando sus labios se encontraran?

Miró a Preston, que hizo unos gestos dramáticos con los brazos.

–¡Vamos, que os está esperando la cámara!

Bastó con rozar su boca para que la necesidad más ardiente borboteara en su vientre como la pócima en el caldero de una bruja. Sabía que estaba coqueteando con el desastre, pero no pudo detenerse.

Nunca había deseado algo tanto como perderse en ella, en la suavidad y la dulzura que no había encontrado en ninguna otra mujer.

Un beso. Después se alejaría.

Cuando percibió el cambio en el beso de Ricky, la sangre abandonó su cuerpo un instante y volvió acompañada de un cálido estremecimiento. Había rozado sus labios con suavidad al principio, en un beso que parecía casi experimental. Luego deslizó las manos por sus brazos y tiró de ella levemente para ahondar en el beso, y ella se derritió.

No podía pensar. No podía respirar. Demasiadas sensaciones la bombardeaban. El perfume de su loción de afeitar. La fuerza de sus manos. La suavidad de su boca, que un instante presionaba y otro dudaba. Parecía quererlo y temerlo, y aunque sabía que era un error, abrió los labios y le animó a seguir.

Cuando se separaron, ambos se quedaron mirándose a los ojos hasta que la música que restallaba en el salón se abrió paso en su consciencia junto con la risa de Preston.

De pie junto a su guardaespaldas, contemplaba la foto en la pantalla de la cámara.

–Una gran instantánea. Estáis estupendos, y os adoro. ¡Hala, largaos!

Ricky fingió reír, y tras decirle una nadería a Preston, la invitó a pasar al salón de baile. El vestido se le ceñía alternativamente a las piernas al andar, y el aroma a pino y vainilla que flotaba en el ambiente resultaba fuerte y vibrante, como si haberla besado hubiera devuelto la vida a sus sentidos.

–Lo siento.

–No pasa nada –contestó, y se aclaró la garganta–. Es parte del juego.

Pero sí que pasaba. Habían llevado el beso demasiado lejos, y había sido un error. Estaba mal. MAL. Porque ella no le gustaba, e iba a acabar pasándolo fatal.

Pasaron una media hora bastante incómoda intentando charlar mientras los amigos de Ricky que iban a ocupar la misma mesa que ellos iban llegando. Siguió nerviosa mientras cenaban, bailaban y se marchaban de la fiesta, una vez Ricky le hubo explicado a Preston que tendría que levantarse antes del alba para atender una videoconferencia.

La acompañó a la puerta de su casa y por un segundo pensó en darle un beso de buenas noches. No podía quitarse lo del muérdago de la cabeza. Ni la expresión de sorpresa de ella. Quería volver a besarla para verla de nuevo.

Pero ¿a quién quería engañar? Estaba demasiado deprimido,

demasiado herido para permitir que una mujer entrase en su vida.

Cuando ella abrió la puerta le sonrió educadamente.

–La fiesta ha estado divertida.

Él sonrió de medio lado.

–Preston es un friqui.

–O un tío al que le gusta pasarlo bien –respondió, y le enderezó la pajarita–. A lo mejor nosotros deberíamos esforzarnos un poco más por pasarlo bien –sugirió, deslizando las manos por las solapas de su chaqueta.

Ricky contempló sus ojos azules, su boca sonrosada y cálida y su dulce sonrisa, y llegó a la conclusión de que hablaba en serio. Quería que se divirtiese.

Un calor almibarado saturó su sangre y una extraña sensación le latió en el pecho, y aunque tardó en darse cuenta, acabó reconociendo aquellos síntomas como afecto.

No solo le atraía, sino que empezaba a gustarle.

Pero eso no podía ser, y dio un paso atrás.

–O a lo mejor deberíamos estar solo un rato en estas fiestas y retirarnos temprano siempre.

Dio media vuelta y comenzó a bajar las escaleras sin esperar a que Eloise contestara. Daba igual lo que pasara en el resto de fiestas: no volvería a besarla.

A la mañana siguiente, llamó para informarla de que para la fiesta de aquella noche en la fraternidad bastaba con que se pusiera unos vaqueros y un jersey. La dulzura de su voz le recordó el beso de la noche anterior y colgó más que deprisa para sumergirse de nuevo en el trabajo.

Ese era el mejor modo que tenía de enfrentarse a sus sentimientos más diversos: remordimientos por Blake, y curiosidad por Eloise. Trabajar era el modo de olvidar.

Cuando sonó el teléfono unas horas después, contestó en tono ausente:

–¿Diga?

Tucker Engle se echó a reír.

–¿Ese es modo de saludar a un amigo?

Soltó el bolígrafo de inmediato y se recostó en su sillón.

–No –se rio–. Perdona. ¿Qué tal por Kentucky?

–Me paso los días montando en trineo y tomando chocolate caliente.

Era difícil imaginarse al Tucker adicto al trabajo pasando cinco o seis semanas en el campo.

–¿Te aburres?

–No. La verdad es que estoy disfrutando tanto que no me

apetece nada volver, pero me ha surgido un imprevisto y necesito tu ayuda.

Ricky se incorporó. Después de todo lo que Tucker había hecho por él, le encantaría tener la oportunidad de devolverle el favor.

–¿Qué quieres que haga?

–Tengo que presentarme en una reunión que convoca una empresa en la que he invertido una fuerte suma. Solo necesito una presencia, alguien que pueda darme su opinión.

–Estaré encantado de asistir en tu nombre. Dime dónde y cuándo.

–Es muy precipitado. Sé que es sábado, así que, si no puedes ir, no pasa nada.

–No, no. Lo haré encantado.

Tucker le dio todos los detalles y Ricky tomó algunas notas; no fue necesario mucho más porque lo único que tenía que hacer era un pequeño resumen.

–Gracias de nuevo.

–De nada. No tiene importancia. Y si se alarga, basta con que llame a Eloise y le diga que llegaremos tarde a la reunión de la fraternidad.

No había acabado la frase cuando se dio cuenta de su error.

–No me digas que Eloise y tú estáis saliendo.

–Pues sí –respondió, haciendo una mueca.

–Bien, porque llevabas demasiado tiempo hecho polvo, y a Eloise también le va a venir bien un poco de diversión, porque también ha pasado lo suyo.

Ricky frunció el ceño. ¿La dulce Eloise había pasado lo suyo? Por el modo de decirlo Tucker, no se trataba solo de sus problemas laborales. Recordó su expresión al hablar de la universidad. Obviamente Tucker sabía algo que él desconocía.

Fue a preguntarle, pero no lo hizo. No sería justo hacer preguntas sobre una mujer que solo le estaba acompañando a unas fiestas.

No necesitaba saberlo.

Pero una hora después de haber colgado con Tucker, mientras se vestía para ir a la reunión, no podía quitarse de la cabeza aquella expresión de extrañeza de Eloise. La curiosidad pudo más que él y tecleó su nombre en su buscador.

A última hora de la tarde del sábado, Eloise comenzó a vestirse. La fiesta de aquella noche era una reunión informal en la fraternidad de Ricky, y se celebraba en un pub del centro. Aquella mañana la había llamado para decirle que bastaba con que se vistiera con vaqueros y un jersey, pero consciente de lo mucho que les gustaba a

los hombres mostrarse orgullosos ante sus hermanos de fraternidad, y con la misión clara de hacer que lo pasara bien, se vistió con cuidado. Eligió un jersey de cachemir verde esmeralda que había estado reservando para ocasiones especiales, se recogió el pelo en una coleta y se maquilló lo justo.

Conseguiría sacar a aquel hombre de su tristeza fuera como fuese.

Cuando llegó, la ayudó a ponerse su parka y bajaron juntos las escaleras.

–Esta fiesta puede ser un infierno.

Ella se rio. Que no hubiera anunciado su intención de marcharse pronto la animó.

–¿Crees que no voy a ser capaz de manejar a un puñado de hombres y sus novias?

–Algunos no tienen. Novia, quiero decir.

Eloise se quedó parada en el sitio. Ricky tenía que andar por los treinta y tantos, y la gente con la que había ido a la universidad tendría poco más o menos la misma edad. ¿Y no tendrían novia? ¿Qué significaba eso?

Norman abrió la puerta cuando Ricky se acercó. Ella se había quedado parada en el vestíbulo y apretó el paso para alcanzarlo. En cuanto se acomodaron, Norman puso el coche en marcha.

–Así que estás casada.

La sorpresa la dejó sin aire en los pulmones.

–¿Qué?

Se volvió a mirarla directamente a los ojos.

–Que estás casada. He encontrado tu certificado de matrimonio haciendo una búsqueda rápida en la red, pero no hay nada de divorcio, ergo estás casada.

–Para ser un hombre que tiene tantos secretos, no has tenido reparo alguno en descubrir los míos.

–Lo creas o no, he puesto tu nombre porque me sentía mal por ti. Por cómo habías evitado hablar de tu paso por la universidad estaba claro que te había pasado algo, y quería saber qué.

Parecía dolido, y era comprensible dado que creía que estaba saliendo con una mujer casada.

Respiró hondo y dijo las palabras que no solo le escocían en el corazón, sino que la llenaban de vergüenza.

–Mi marido murió.

La preocupación que mostró su rostro no se la esperaba.

–¿Tu marido ha muerto?

Eloise asintió.

–Lo siento –suspiró, obviamente avergonzado–. Me quedé tan estupefacto al encontrarme con los papeles de tu matrimonio y no ver

nada del divorcio que no se me ocurrió seguir mirando. Eres tan joven que ni en un millón de años se me habría ocurrido buscar un certificado de defunción –movió la cabeza apesadumbrado–. Lo siento mucho.

–Si tanto te ha molestado encontrarte con un certificado de matrimonio, ¿por qué no me has llamado para cancelar la cita sin más? –pero antes de que pudiera contestar él, Eloise descubrió la respuesta por sí misma–. Porque esperabas que tuviera una explicación, ¿no?

–Te necesito. Necesito hacer lo que estamos haciendo. Además conmigo solo has sido una buena persona –se encogió de hombros–. Era justo que te diera ocasión de explicarte.

La esperanza llenó el agujero negro que vivía donde debería estar su corazón.

–Me enamoré de un hombre lleno de tatuajes y que montaba en moto, y me escapé con él. Aunque nos queríamos, casarnos fue un tremendo error. Apenas dos meses después me di cuenta de que nos habíamos precipitado. Se pasaba el día en el garaje de sus colegas, hablando de motos y bebiendo cerveza.

Ricky la miraba a los ojos en silencio.

La vergüenza y el miedo amenazaban con no dejarla seguir hablando.

–Yo le mantenía trabajando de camarera –se miró las manos–. Podría parecer que dejé de quererle cuando tuve que hacerlo, pero la verdad es que no dejé de quererlo en ningún momento, aunque me di cuenta del error que había cometido casándome con él. Estaba a punto de dejarlo...

–Cuando se mató en un accidente de moto y tú quedaste libre.

–Cuando le diagnosticaron un cáncer. Me pasé tres meses llevándolo a los médicos, ayudándolo a soportar la quimioterapia, limpiando sus vómitos, ofreciéndole palabras de consuelo. Fue entonces cuando empezamos a hablar. Estaba destrozado por no ser capaz de encontrar trabajo, y ocultaba su dolor fingiendo no importarle que fuera yo quien lo mantuviese a él. Yo reaccioné enfadándome cada vez más con un hombre que ya estaba sufriendo, y que se sentía lleno de vergüenza – cerró los ojos–. Poco después murió, y me he pasado estos últimos años enfadada conmigo misma –los abrió–. Sintiéndome culpable. No le había dejado, pero estaba a punto de hacerlo y habría muerto solo.

Él siguió mirándola en silencio y al final dijo:

–Lo siento. Perdóname.

–No es culpa tuya.

–No, pero no debería haberme inmiscuido en tu vida privada.

La limusina se detuvo, Norman abrió la puerta y bajaron.

Los recuerdos la siguieron mientras caminaban por la acera, atormentándola con la certeza de haber sido inmadura y necia, no por haberse casado con Wayne, sino por haber estado a punto de dejarlo. Sí, al final se había quedado y había cuidado de él hasta su último aliento, pero si hubiera ido al médico una semana más tarde, ella ya no habría estado y el hombre al que amaba habría muerto solo.

Cuando entraron en el pub el ruido los engulló, junto con el olor a corned beef y repollo. Ricky la hizo pasar a un salón que quedaba al fondo del establecimiento, donde había varias mesas redondas dispuestas y con algunos hombres sentados ya. En torno a la mesa de billar había otros seis u ocho hombres delgados y altos, y un par de tableros de dardos recibían las atenciones de otros cuatro o cinco.

Unas siete mujeres, charlando y riendo, estaban allí. Más de veinte hombres y solo siete mujeres. A tres de ellas ya las conocía: Jennifer, Muriel y Binnie. A pesar del trauma de haberle contado su historia, Eloise sonrió. Ricky había estado en la fraternidad de los bichos raros.

–Eh, es Ricky.

Todo el mundo se volvió hacia ellos. Él se quitó la chaqueta de cuero y la colgó en la percha que había en la pared antes de volverse para recoger la de ella. Eloise tragó saliva. Hombros anchos y un pecho sólido llenaban aquel jersey color ámbar a la perfección, y los vaqueros no podían sentarle mejor.

Pero antes de que pudiera reprenderse por andar reparando en esas cosas, notó que él la recorría de pies a cabeza con la mirada, desde su jersey color esmeralda, pasando por los vaqueros ajustados hasta llegar a las botas negras de tacón.

Dado que ya le había contado su historia y que él ya sabía que no era una mentirosa, le respondió con una sonrisa. La había llevado a la fiesta para continuar con la farsa en su propio beneficio, pero ahora ya la conocía, y la confianza que era capaz de fingir se le resquebrajó. Ahora era ella misma, y no su personaje: Eloise Cummings Vaughn, viuda.

–Estás guapísima –le dijo en voz baja–. Pero siempre lo estás. Gracias por hacer esto por mí.

Su aliento le acarició la mejilla. Olía de maravilla, y con aquellas palabras le había dicho lo que necesitaba oír. Volvían a estar en sintonía. Ahora era una persona real para él, pero también su novia en la farsa.

Un tipo alto y delgado que llevaba un jersey con la cara de papá Noel se acercó a ellos y, ofreciéndole a Ricky un palo de billar, dijo:

–El año pasado me ganaste cuatro partidas seguidas. Este año pienso cobrarme la revancha.

Ricky aceptó el palo, pero miró a Eloise.

Aquella fiesta no era suya, sino de él. Por otro lado, haberle hablado de su pasado no había cambiado su misión. Si acaso la había reforzado. Llevaba demasiado tiempo compadeciéndose, rebozándose en su sensación de culpa, y si el mejor modo de salir de ese estado era ayudar a otra persona, lo ayudaría a él. –Juega, y no te preocupes por mí.

Iba a reunirse con el grupo de mujeres, que estaban charlando sentadas a una mesa, pero se volvió a mirarlo y le preguntó:

–¿Quieres una cerveza?

Él sonrió. Pero sonrió de verdad.

Se quedaron mirándose el uno al otro mientras una puerta de su relación se cerraba y otra se abría despacio. Ya no era una pobre chica que necesitaba su ayuda, sino una mujer que le había confiado su pasado. Él ya no era un hombre rico que quería una acompañante. La había escuchado sin juzgarla. La había comprendido.

–Vale, gracias.

–Las jarras están en la mesa del fondo –dijo el que había desafiado a Ricky al billar–. También hay pizza y alitas, así que sírvete lo que te apetezca. Sin ceremonias.

Sonrió de nuevo mirando a Ricky.

–Enseguida vuelvo.

Le preparó una cerveza y dos porciones de pizza en un plato de papel y se los dejó en una mesa cercana a la mesa de billar. Le hizo un gesto para que lo viera y se dirigió entonces hacia el grupo de mujeres.

–Vamos, desembucha: ¿quién eres, y cómo demonios has conseguido sacar a Ricky, encima en Navidad?

Con la jarra de cerveza que se había servido en la mano, sonrió a las novias de los hermanos de su fraternidad.

–Como ya les conté a Binnie, Muriel y Jennifer el domingo, nos conocimos en la fiesta de Navidad de un amigo común.

–Tucker Engle –puntualizó una mujer de cabello oscuro y corta estatura–. Jeremy y yo estábamos también y te vimos. Eso significa que hace poco que os conocéis –sentenció, y le tendió la mano a Eloise–. Soy Misty. Salgo con ese chico alto de allí – señaló a un verdadero bicho raro, con gafas y chaleco–. Jeremy.

–Encantada de conocerte.

El resto se fue presentando, pero cuando la conversación fue discurriendo por otros derroteros, los recuerdos de la cena del domingo le volvieron, en particular el momento en que Muriel y Jennifer hablaron de su tragedia.

Miró de nuevo a Ricky. Después de que ella le contase lo de Wayne, había tenido la oportunidad perfecta de hablarle de su pasado, y no la había aprovechado.

No importaba. Su relación era un mero acuerdo ventajoso para ambos, pero aquella noche ese argumento ya no se sostenía, porque de pronto se había dado cuenta de que ella estaba cumpliendo con su parte del trato, pero él no. No le había conseguido una sola entrevista. Ni una. Ella estaba haciendo cuanto él quería, incluso confiándole sus secretos, pero él no estaba moviendo un dedo por ella.

No tardaron mucho en estar todos congregados en torno a una sola mesa. Enseguida añadieron una más. Y otra. Y Ricky, mientras jugaba partida tras partida de billar, la vio relajarse y charlar, beber cerveza y comer pizza.

Se alegraba. No se podía explicar cómo su búsqueda había pasado por alto el certificado de defunción de su marido, pero claro, es que no era eso lo que buscaba, sino uno de divorcio, y al no encontrarlo se había enfadado y había dado por terminada la búsqueda.

Lo que le había contado en la limusina lo había dejado helado, sobre todo su sentimiento de culpa. Dios sabía lo bien que entendía él cómo era sentirse culpable de la muerte de alguien. La mayoría comprendía el dolor, pero él entendía la culpa.

Empezó otra partida, pero se dio cuenta de que sus hermanos de fraternidad se iban yendo hacia la mesa de las mujeres, colocando sillas detrás de las de sus chicas, pero aquellos que no habían ido acompañados, y eran mayoría, parecían estarse congregando en torno a Eloise.

Mientras jugaba con Jonathan Hopewell, la risa de los que estaban sentados le llegó como una sola. Alzó la mirada y vio a Kyle Banister, que se había sentado a espaldas de Eloise, inclinarse hacia delante para decirle algo al oído. Ella le contestó con una preciosa sonrisa y él falló el golpe. La respuesta de ella hizo reír a Kyle, y aun riendo llenó la jarra de ella y la de él.

–Te toca.

–Sí, perdona.

–Sé que debe ser aburrido no perder nunca y sentirte obligado a jugar todas las partidas que te proponen, pero disimula y haz como si te estuviera costando ganarme.

Ricky se echó a reír y se preparó para golpear otra bola, pero justo en el momento en que movía el palo, la risa de Eloise le hizo fallar.

–¿Lo estás haciendo adrede?

–Qué va. Es que estoy distraído.

Jonathan siguió la línea de su mirada y se echó a reír.

–No estarás celoso, ¿verdad?

–Claro que no.

Tenían un acuerdo. El hecho de que Kyle hubiera superado su timidez, que hubiera rellenado el jersey con unos cuantos músculos y llevase el pelo como si acabara de grabar un vídeo de gimnasia no significaba nada.

Jonathan metió las tres bolas que siguieron sin ninguna dificultad.

–Estoy empezando a ganar confianza con tus celos.

–No estoy celoso.

La risa de Eloise volvió a llegarle, y a punto estuvo de maldecir en voz alta. No porque estuviera celoso, porque no podía estarlo. Se negaba a estarlo. Lo que le preocupaba era su farsa.

Dejó el taco sobre la mesa.

–Tú ganas, Jon. El siguiente desafío es tuyo.

–Pero todo el mundo quiere ganarte a ti. Eres un petardo cuando tienes novia.

Ricky oyó las palabras de su amigo, pero apenas las comprendió. Estaba centrado en su acompañante, a la que uno de sus amigos debía estarle tirando los tejos. –Hola, tesoro –dijo al acercarse a la mesa.

Ella lo miró con los ojos brillantes y felices y el estómago se le cayó a los pies. Él nunca había sido el responsable de una mirada así, y sin embargo Kyle, sí.

–¡Hola!

Eloise se hizo a un lado para dejarle sitio a una silla más que alguien aportó.

–Kyle me estaba contando que su empresa está buscando un director de Recursos Humanos.

Ricky miró entonces a Kyle, que enrojeció.

–¿De verdad? Pero si yo creía que apenas estabas despegando.

–Pues sí –respondió a la defensiva el aludido.

Lo que significaba que no necesitarían un director de Recursos Humanos hasta dentro por lo menos de un año. No hizo falta que lo dijera. Kyle captó el mensaje.

–Creo que voy a echar una partida con Jon.

–Mejor –contestó, sin saber por qué. Él no era celoso. Nunca lo había sido. Y encima Eloise no salía de verdad con él. ¿Por qué se comportaba entonces como un neandertal?

Eloise dio una palmada en la silla vacía.

–Siéntate.

La confusión le acorraló, y añadida al ruido del bar, llegó a la conclusión de que lo último que quería era estar rodeado de tanta gente.

–Quiero irme a casa.

Oyó las palabras salir de su boca y casi no pudo creer que las había pronunciado. Parecía un niño malcriado.

Pero Eloise no le llevó la contraria. Simplemente sonrió y se levantó.

Él fue por los abrigos y le entregó a ella el suyo sin tan siquiera mirarla.

Mientras se preparaban para marcharse, sus hermanos de fraternidad acudieron a decirles adiós, y Ricky se despidió con naturalidad de las mujeres, que seguían sentadas a la mesa.

Ellas le contestaron sin hacer ningún comentario, pero él sabía bien lo que estaban pensando: que aún no estaba preparado para salir de casa. Que seguía a la defensiva, que ni siquiera intentaba superar su dolor.

Salieron al frío de la noche y de pronto se detuvo.

–Se me ha olvidado llamar a Norman.

Ella se cerró el cuello del abrigo.

–¿Estará lo bastante cerca como para llegar en unos minutos?

–Ese es su trabajo –sacó el móvil, escribió un mensaje y se guardó las manos en los bolsillos–. Se supone que te gusto. No deberías haber estado coqueteando con Kyle.

–Me estaba hablando de trabajo, y todo el mundo en la mesa estaba oyendo nuestra conversación. Nadie ha podido pensar que estábamos flirteando. Me ha ofrecido un trabajo.

–Un trabajo que no existe.

Eloise se arrebujó en su abrigo.

–Bueno, ahora ya lo sé, gracias a que tú lo has avergonzado en público.

Ricky se pasó las manos por la cara. Mierda... sí que lo había avergonzado. Él había hecho el ridículo, y además, había avergonzado a un amigo. Estaba perdiendo el norte.

–De todos modos, deberías saber que no se puede tomar en serio lo que dice un tío medio borracho en una fiesta.

–Así que, en otras palabras, no debería creer nada de lo que me digan los otros tíos que me has presentado en las otras fiestas... ¡ah, espera! Que ninguno ha hablado de trabajo. Lo único que pretendían era llamar tu atención.

Norman paró la limusina y Eloise se acercó. Sin esperar a que se bajara de su puesto de conductor, abrió la puerta y subió.

Ricky entró rápidamente tras ella.

–El hecho de que quieran llamar mi atención es lo que podía conseguir que repararan en ti.

–Nadie va a reparar en mí mientras tú estés a mi lado – replicó cuando Norman hubo cerrado la puerta.

No le gustaba enfadarse con él, pero era la verdad: estaba enfadada. Sabía que aquella relación era mentira, pero después de la conversación sobre Wayne, tenía la certeza de que lo conocía. De que

conocía a la persona de verdad. Además, se había prometido que lo ayudaría a disfrutar de la Navidad. Pero quien había echado a perder la velada había sido él, no ella.

–Olvídalo.

–No. Si tienes algo que decir, quiero oírlo.

Respiró hondo. Desde luego, si pretendía haber sido un ángel de la Navidad, estaba haciendo un trabajo espantoso. Él estaba enfadado, ella estaba enfadada, así que a lo mejor había llegado el momento de ponerle punto final a todo aquello.

–Muy bien: te voy a decir la verdad. Tú has obtenido lo que querías de nuestro acuerdo. Hemos estado ya casi en la mitad de las fiestas que tenías programadas, y tú te has llevado tu parte, mientras que yo ni siquiera he olido mi recompensa. He visto una oportunidad con Kyle y me he lanzado por ella.

–Deberías haber sabido que lo que te decía era ridículo.

–Y si me lo he creído es porque soy idiota, ¿no? Bien. Gracias. He captado el mensaje.

Y se cruzó de brazos. Permanecieron en silencio hasta que llegaron a su edificio. Cuando Norman abrió la puerta, Eloise bajó rápidamente y cuando Ricky hizo ademán de bajar tras ella, se plantó frente a él.

–Norman, ha oído nuestra discusión, ¿verdad? –le preguntó al chófer.

El hombre se encogió.

–Lo que significa que comprenderá perfectamente que no quiero que montes el numerito de acompañarme hasta mi casa.

Norman volvió a encogerse sobre sí mismo.

Eloise cerró de un portazo, entró a toda prisa y subió las escaleras de dos en dos hasta llegar a su casa y a su habitación.

El estrés de la noche la había dejado destrozada, y apenas puso la cabeza sobre la almohada, las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

No había sido fácil recordar su matrimonio, la enfermedad de Wayne, su muerte. Había desnudado su alma ante Ricky sin esperar comprensión, pero sí confianza. Y el modo en que le daba las gracias era llamándola idiota.

Bueno, ¿y qué? Eso ya lo sabía ella…

Capítulo Cinco

A la mañana siguiente, una serie de golpes rápidos despertaron a Eloise y Laura Beth, y ambas corrieron hasta la puerta poniéndose la bata. Eloise llegó la primera, miró por la mirilla, y vio a un chaval con un ramo de flores.

Sin quitar la cadena, abrió la puerta.

–¿Es usted Eloise Vaughn?

–Sí.

–Son para usted –dijo, dejando un florero alto de cristal en el suelo.

Y se marchó.

Eloise descorrió la cadena.

–¡Espera! Quiero darte una propina.

El muchacho sonrió.

–Estaba incluida.

Y desapareció escaleras abajo.

Abrió la puerta con cuidado y recogió el florero. Las flores venían envueltas en un papel fino para evitarles el frío y tiró de él para quitarlo. Un ramo de Navidad compuesto por rosas, crisantemos blancos, espumillón y muérdago, apareció ante sus ojos.

Laura Beth cerró la puerta.

–¿Quién te las enviará?

Abrió el sobrecito y sonrió.

–Mi novio de pega. Dice que la discusión que tuvimos anoche hace que lo nuestro parezca real.

Laura Beth se adentró en la casa con una mueca.

–Y sus millones de dólares le permiten despertar a un florista a las... –miró el reloj frunciendo el ceño–, ¡pero si no son siquiera las cinco de la mañana! ¡Y hoy es domingo!

–También dice que yo tenía razón y que no ha cumplido con su parte del trato, y que por eso me ha enviado las flores tan temprano, antes de que hubiera podido hacer planes. Si me parece bien, enviará a su chófer a buscarme para ir a su casa a revisar el currículum y ver mis opciones.

Laura Beth se paró para mirarla.

–¡Eso es lo más romántico que le he oído decir a un hombre!

Eloise se echó a reír. Los apuros económicos cambiaban la percepción que una mujer podía tener del romanticismo.

–Estoy de acuerdo –contestó.

No estaba segura de haber dejado de estar enfadada. Por otro lado, estar con él, le hacía sentirse fracasada como ser humano, ya que

lo veía sufrir y no quería decirle siquiera por qué. Pero necesitaba un trabajo tan desesperadamente que quizás era hora de olvidarse de su pretensión de ser el ángel de la Navidad y volver a la idea original.

Escribió un mensaje al número que le había escrito en la tarjeta y le pidió que enviase a Norman. Luego buscó una copia de su currículum y se vistió.

Cuarenta minutos más tarde, el chófer le escribió diciendo que ya estaba esperando, y ella bajó a toda prisa en aquella gélida mañana.

Ya tenía la puerta abierta.

–Buenos días, señorita.

–Buenos días, Norman –le sonrió.

La sorpresa le hizo fruncir el ceño cuando detuvo la limusina en un edificio respetable, pero ni mucho menos lo que cabría esperar de un millonario. Tomó un ascensor normal que se abrió en un vestíbulo normal y llamó a una puerta como muchas otras.

Ricky abrió de inmediato, casi como si hubiera estado esperándola.

–Lo siento mucho.

Ella intentó sonreír, pero estar en su presencia le hizo estremecerse. Llevaba vaqueros y un jersey, lo que le hacía parecer más accesible, y por eso se le hacía más difícil recordar que pertenecían a dos mundos distintos. O peor aún: que no parecían llevarse bien.

Se quitó la parka azul.

–Ya lo decía tu ramo de flores, pero si me ayudas a encontrar trabajo, lo dirás con más claridad.

Mientras Ricky guardaba el abrigo en un armario del vestíbulo, ella miró a su alrededor. Armarios de madera oscura dominaban la cocina abierta del pequeño apartamento, y el color se repetía en la mesa y las sillas que ocupaban el espacio anterior al salón.

–¿Has desayunado?

–No, pero no tengo hambre.

–Anoche comiste solo una porción de pizza, y eso no es suficiente –entró en la cocina y sacó una sartén de un armario bajo–. Voy a hacer unas tortitas.

¿Él mismo? Casi le hizo sonreír.

–¿Dónde está la doncella?

–Se esfumó junto con el ático.

–¿Has perdido tu ático y la criada? ¿Cómo? ¿En una apuesta? ¿En una partida de póquer?

–Lo vendí, y ella decidió quedarse con el nuevo propietario, de lo cual me alegro, porque no hay mucho que limpiar aquí.

Este apartamento es pequeño.

Era un apartamento bonito, sí, pero ella nunca lo habría cambiado por un ático.

–¿Por qué vendiste el ático?

–No necesitaba tanto espacio –y tras una breve pausa le oyó suspirar–. Quería estar solo.

No hacía falta poder leer la mente para concluir que había vendido el ático y se había deshecho de la doncella después de su tragedia. Era la primera vez que le hacía algún comentario sobre su vida personal, aunque fuera de refilón, y apreció el gesto como si fuera una oferta de paz.

–Bueno, este piso es agradable. Moderno. Solteresco.

–¿Solteresco?

–Me he inventado la palabra. Quiere decir que es algo que compraría un soltero.

Él se echó a reír mientras sacaba leche y huevos de una nevera de acero.

–¿Vas a hacer tú la masa de las tortitas?

–No. Tengo una caja de masa, pero me deja añadir ingredientes frescos para que sepan mejor.

Tenía sentido, y poco después le dio toda la razón cuando tomó el primer bocado.

–Están buenísimas.

Él sonrió y se las comieron mientras hablaban de la comida, del piso y del frío. Quería preguntarle tantas cosas... Pero ahora que volvían a estar en buena sintonía, sabía que no debía traspasar los límites, ni curiosear, ni presionarle. Quería encontrar trabajo, y él la iba a ayudar a conseguirlo. Y en cuanto a su misión de Navidad... bueno, a él parecía gustarle más cuando no intentaba hacerle feliz, así que quizás había llegado el momento de olvidarla.

Recogió la mesa y metió las cosas en el lavavajillas, y con sendas tazas de café entraron en la habitación que él llamaba su estudio.

Estaba claro que había sido pensada como segundo dormitorio, y a duras penas cabía una espaciosa mesa con un enorme ordenador de tres monitores, dos tableros y tres impresoras.

–¡Vaya!

–Diseño juegos y buscadores –dijo, y presionó un botón. Parpadearon luces, se iluminaron monitores, zumbaron pequeños motores–. ¿Has traído tu currículum?

Sacó una hoja doblada del bolsillo de los vaqueros y él frunció el ceño.

–Espero que no lo envíes así.

–Oye, que no soy tonta de remate. Imprimo uno nuevo cada vez que tengo que responder a un anuncio.

Se sentó a su mesa, escaneó el documento y lo sacó en una

pantalla. Leyó unos segundos en silencio.

A continuación escribió un texto de presentación y lo envió por correo a cuatro amigos con una copia de su currículum.

–Estos cuatro me deben un favor. Les he enviado directamente tu currículum.

La esperanza floreció.

–¿Crees que lo conseguiré?

–Confía en mí. Dos de ellos me deben un favor tan grande que, si hay un trabajo en tu campo dentro de sus empresas, lo tendrás. Contratar a la amiga de alguien con quien estás en deuda es un modo sencillo de devolver un favor.

Sintió que se le alegraba el corazón, pero en aquella habitación llena de tecnología se le veía tan solo... estudió sus ojos de mirada solemne y deseó poder cumplir con la promesa que se había hecho a sí misma de hacerle feliz. Pero desde que había decidido alegrarle la Navidad, la tensión había ido creciendo entre ellos. Incluso habían discutido.

Claro que también le había enviado flores y le había hecho tortitas para desayunar, además de estar intentando de verdad conseguirle un trabajo para cumplir con su parte del trato. Y encima bien temprano, casi como si hubiera estado tan inquieto que no hubiera podido dormir.

Sintió algo en el corazón, una especie de intuición de que no debía rendirse. Dentro de él había un hombre bueno, un tipo que obviamente había sufrido. Un hombre que se merecía una Navidad feliz.

Lo mejor sería no echar a perder el momento que tenían, y se levantó de la silla.

–Gracias.

Él se levantó también.

–De nada.

Un silencio ridículo los envolvió de nuevo. En realidad, no estaban saliendo. Técnicamente, ni siquiera eran amigos. Bueno, la verdad era que ni siquiera se conocían, así que el vacío existía. Una pareja que se despedía, se besaría. Los amigos, al separarse, se abrazaban. Pero dos personas que no eran nada el uno para el otro no tenían por qué sentirse incómodos.

Apuró lo que quedaba de café en su taza, ya fría.

–Puaj.

Él se sonrió.

–El café frío está asqueroso.

–Lo sé, pero buscaba un último resto de calor antes de salir al frío de la calle.

–Tengo más café, o si lo prefieres, puedo prepararte una taza de

chocolate caliente.

El ofrecimiento le sorprendió tanto que se quedó parada. Sabía que, en el fondo, Ricky Langley era un buen hombre. Y, a lo mejor, le había ofrecido el chocolate porque no quería que se fuera. A lo mejor, si se quedaba, se abría un poco más.

–El chocolate me gusta –dijo, cauta.

–Bien.

La condujo de nuevo a la cocina y pulsó un botón. Una puerta de persiana se abrió y una brillante cafetera de acero apareció detrás.

–¡Qué bonita! –suspiró.

Él rio.

–Y resulta que tengo uno de los mejores chocolates. Es de Suiza.

Tardó segundos en tenerlo preparado. Le ofreció la primera taza y se preparó otra para él. Con ella en la mano, señaló el salón.

–No hay por qué tomárselo de pie.

Los nervios volvieron a apoderarse de ella mientras lo seguía. Habían estado yendo juntos a fiestas durante dos semanas, pero apenas se habían hablado si no era rodeados de sus amigos y sobre temas generales. A menos que decidiera abrirse de inmediato, poco tenían que hablar.

Reparó en que las esculturas que había por las mesas y sobre la chimenea no eran mera decoración, sino trabajos de los clientes de Olivia. Sonrió. Había encontrado de qué hablar.

–Me da la impresión de que Olivia te ha ayudado a escoger las obras de arte que tienes.

–Es muy persistente.

–Y buena en su trabajo.

–Sí –sonrió.

Eloise tomó un sorbo de chocolate, y su delicioso sabor la hizo gemir.

–Está delicioso.

Él asintió.

–Olivia y tú debéis estar muy unidas.

–Es lo que pasa cuando compartes piso. Llevamos juntas desde la universidad.

–Claro. Ella también es de Kentucky.

–Laura Beth también.

–Así que sois como los Tres Mosqueteros.

–Podría decirse que sí. Nos hemos tenido las unas a las otras en los malos momentos.

–¿Durante la enfermedad de tu marido también?

–No. En eso estuve sola. Aunque Laura Beth, Olivia y yo crecimos en la misma ciudad, éramos de círculos distintos. Cuando volví a la universidad a terminar mi licenciatura fue cuando nos

encontramos –levantó la mirada. No sabía hasta qué punto Olivia había hablado de su historia, así que continuó con

cautela–: Olivia había pasado por una experiencia traumática, y la mía le sirvió para recuperar poco a poco la normalidad.

–Se identificaba con tu pérdida, imagino.

Lo miró. Si pensaba compartir algo con ella, ¿no debería haberlo hecho ya? Aunque, pensándolo bien, ya conocía la historia de Wayne, así que ¿qué más daba un par de pasos más?

–Más o menos. Mis padres me desheredaron.

–¿Qué?

–Mis padres tienen dinero. Yo me había rebelado, les había avergonzado casándome con una persona que no pertenecía a su clase social, así que me echaron.

–Oh.

–Aunque me habían desheredado, cuando Wayne murió, volví a casa con el rabo entre las piernas, esperándome una regañina y seguramente un tiempo de penitencia, pero también con la esperanza de que me aceptaran y de que me ayudaran con el dolor que me embargaba. Un poco de amor, quizás. Pero mis padres ni siquiera me dejaron entrar. Ni se acercaron a la puerta. Fue una doncella la que me dijo que me marchara y que no volviera a aparecer por allí.

Él la miró en silencio.

–Ya sabían de la muerte de tu marido, ¿no?

–Les importó un comino –suspiró–. Perdí a mi familia porque me casé con un hombre al que quería cuando era demasiado joven para darme cuenta de las consecuencias. Y cada año, en particular cuando llega la Navidad, vuelvo a vivir mi pérdida, no solo la de mi marido, sino la de mi familia. Olivia y Laura Beth pasan las fiestas en casa, y yo no tengo donde ir. Duele verse rechazada, y no tener su apoyo emocional. Pero es la consecuencia de mi error: años de soledad, de tristeza. Que me echaran de mi familia significa que no tengo a nadie. Que estoy sola.

Se pasó las manos por el pelo. Había ido demasiado lejos. Había dicho cosas que no quería admitir ni siquiera ante sí misma. Y él seguía callado. No iba a confiar en ella, ni a mostrarle comprensión. No hizo ademán alguno con el que pretendiera consolarla. Había puesto en palabras sentimientos de los que ni siquiera había hablado con sus amigas, y él seguía mudo.

Y ella, como una tonta, esperando que se abriera. ¿Cómo podía ser tan idiota?

–¿Sabes una cosa? –le preguntó, levantándose–. El domingo es día de limpieza. Tengo que volver a casa.

–Claro –respondió él, levantándose también.

Fue al armario, sacó el abrigo y la ayudó a ponérselo.

–Déjame que llame a Norman para que te lleve.

–Sí, gracias. Te lo agradezco.

Sacó el móvil del bolsillo y escribió.

–Estará abajo en un momento.

–Gracias.

Una espantosa extrañeza volvió a rodearlos cuando se detuvieron en la entrada. Eloise sentía la humillación ahogarla de pies a cabeza. ¿Cómo había podido pensar que iba a confiar en ella? ¿Y por qué se había imaginado que podían importarle sus preocupaciones? No le gustaba. Salía con ella por pura necesidad. De hecho, la había ayudado con el currículum porque formaba parte de su acuerdo. Y ella era adulta ya, sin familia, sí, pero con buenas amigas como Laura Beth y Olivia. Pronto tendría trabajo, así que no estaba tan sola. Solo que la Navidad acentuaba la sensación.

Sonrió como pudo.

–Te agradezco lo que has hecho.

–De nada... una vez más.

–Ya te había dado las gracias, ¿no?

–Sí.

De nuevo el recibidor quedó en silencio, pero con una incomodidad distinta, más fuerte. No tenía por qué estar allí. Qué idiota era. No iba a corregirse.

Salió y caminó hasta el ascensor. ¿Cuándo iba a meterse en la cabeza que nada de todo aquello era real?

Ricky se quedó inmóvil ante la puerta cerrada, sufriendo por ella. Le había hecho falta toda su fuerza de voluntad para no abrazarla una vez había escuchado toda su historia.

Pero ¿para qué? ¿Con qué fin? Él también estaba herido, puede que aún más que ella. Necesitaba a alguien fuerte, alguien intacto, que fuera capaz de llenar su calcetín en Navidad y de decirle que no importaba que sus padres no la quisieran, que le tendría a él.

Una necesidad acuciante le escoció por dentro. Cómo deseaba hacer eso precisamente, dárselo. Había cuidado de un marido enfermo de cáncer. Le habría alimentado. Seguramente incluso lo habría visto morir, y sus padres la habían abandonado. La habían rechazado en su hora de mayor necesidad.

Luego se había trasladado a Nueva York, y allí solo había encontrado fracaso y más rechazo.

Entendía bien lo que era sentirse solo, aunque él, en sus horas más oscuras, sabía que podía descolgar el teléfono y llamar a sus padres.

Pero ella no tenía a nadie. Cualquier mínimo consuelo podía

llenarla, pero él no tenía nada que dar. No podía ser un novio de verdad. Había dejado los brazos colgando a ambos lados, había medido las palabras, no le había dado falsas esperanzas.

Pero ahora estaba sufriendo por ella.

Al día siguiente fue a trabajar con ese mismo dolor alojado en el costado, e intentó consolarse pensando que había hecho algo bueno por ella yendo a buscarla a su casa y enviando su currículum. Pero no funcionó. El dolor siguió presente. A veces incluso le daba la sensación de que se solapaba al de la pérdida de Blake.

Su secretaria entró en el despacho con el correo del día.

–Buenos días, señor Langley.

–Deje eso en la mesa...

No terminó la frase. Sabía que estaba enfadado por lo de Eloise, pero no tenía por qué pagarlo con ella.

–Perdone. No debería haberle hablado así.

Jenny iba a salir ya, pero se volvió a mirarlo.

–No pasa nada.

–Sí que pasa. Es que he tenido un fin de semana un poco extraño.

Ella regresó a su mesa.

–¿Se encuentra bien?

–Sí, ¿por qué?

–Es la primera vez que se disculpa –sonrió–. Pero no pasa nada. No es importante.

Salió del despacho y Ricky no volvió a pensar en ello hasta que se enteró de que a su asistente personal se le había olvidado enviarle el regalo de Navidad a su madre.

–¡Estamos en Navidad! El correo es un desastre, y hacen falta semanas para que llegue un paquete. No se puede...

¿Por qué estaba gritando por algo tan trivial?

–Lo siento –dijo, pasándose la mano por el cuello–. Envíalo hoy. No pasa nada.

David, su asistente, un hombre de cabello gris, asintió.

–Bien. Ahora mismo me pongo con ello.

–Perfecto.

David iba a salir pero se detuvo.

–No tiene por qué disculparse. Cuando grita no me lo tomo como algo personal. Sé que es su forma de ser.

–¿Mi forma de ser?

–A veces habla alto, pero yo estoy ya acostumbrado. No me molesta.

Y se fue. Ricky se levantó y fue hasta la ventana. Respiró hondo.

¿A veces hablaba alto? Dios... ¿tan mal humor tenía? ¿Era un gruñón, alguien que gritaba tanto que la gente se sorprendía cuando

no lo hacía?

Suspiró. No le había gustado descubrir que era un gruñón, sobre todo porque, en el fondo, no lo era. Estaba triste por lo de su hijo, y se sentía solo. Todos lo comprendían.

Se sentó y cerró los ojos. Recordó la única Navidad de Blake. Podía oír su risa, verlo jugando con los papeles desperdigados por el suelo, recordar lo mucho que le gustaban las galletas, o las palabras inconsecuentes que balbucía en el regazo de su madre, o sobre las piernas de su padre.

Tragó saliva.

Si se había vuelto gruñón por lo mucho que echaba de menos a su hijo, por la culpa que le pesaba por su muerte, tenía derecho a ello. Incluso sus empleados lo sabían.

Pero ¿sentir lástima de una mujer a la que apenas conocía? Eso no tenía sentido. ¿Que ella lo hubiera hecho sentir mal por algo que no era culpa suya? Eso tampoco lo tenía. ¿Por qué una mujer a la que casi no conocía tenía que afectarle tanto?

Tenía que ponerle solución, y el mejor modo de conseguirlo sería devolver su relación con Eloise a la normalidad. A un mero acuerdo de dos partes. Nada de amistad, y mucho menos, de romance.

Simplemente eso: un acuerdo.

No supo nada de los directores generales a los que les había enviado el currículum de Eloise, y cuando llegó el miércoles, comenzó a molestarse. Una vez le consiguiera un trabajo, todo entre ellos recuperaría el debido equilibrio, y podrían volver a ser desconocidos que fingían salir. También cabía la posibilidad de que sus amigos no lo hubieran llamado a él porque era ella la que solicitaba el puesto.

Teniendo en cuenta que era miércoles, el día anterior a la siguiente fiesta programada, y que tenía que llamarla con la información pertinente, descolgó el teléfono. No iba a interrogarla, pero si el asunto de las entrevistas salía, no perdería la oportunidad de preguntar.

–Quería decirte que la fiesta del jueves es formal.

–Ah, vale.

–No has sabido nada de mis amigos, ¿verdad?

–No.

–Lo que significa que sigues sin trabajo.

–Exacto.

El enfado con sus amigos creció, y volvió a sentir lástima por ella. Desde luego la vida no le concedía ni un respiro. Pero él tenía sus propios problemas. Su propia culpa. Su propia vergüenza. Un bebé al que echaba tanto de menos que a veces sentía un asfixiante dolor en el pecho.

–Aunque alguien te contrate, el acuerdo era de doce citas por un trabajo. Si lo logras, no puedes abandonar hasta completar –hizo una mueca, aún más frustrado. Intentando mantener la distancia, se había comportado como un oso cabreado–. No pretendo ser desagradable.

Ella suspiró.

–Lo sé.

–Bien.

–Entonces, ¿quieres que lleve vestido?

–Sí –hizo una pausa–. ¿Quieres que haga yo las llamadas de seguimiento a las empresas a las que les envié tu currículum?

–Te agradezco el ofrecimiento, aún me queda orgullo, y me gustaría conseguir el trabajo por mis propios méritos.

–No tienes muchos.

–Vaya… gracias.

Mierda. Aunque no quisiera confiar en ella, no tenía por qué herirla deliberadamente, y dio una palmada en la mesa.

–¿Lo ves? He vuelto a hacerlo. No tengo pelos en la lengua cuando se trata de trabajo, y a veces soy demasiado sincero.

–Creo que la sinceridad es tu mejor cualidad.

–Eso díselo a mis empleados.

–¿Por qué crees que tus amigos acuden a ti en busca de consejo?

–¿Porque les digo la verdad?

–A veces de manera brutal.

Se echó a reír. Era increíble que fuera capaz de reírse cuando no dejaba de meter la pata. Aunque no podía dejar de pensar en Blake. Aunque el sentimiento de culpabilidad lo deglutía por entero algunos días, ella seguía haciéndole reír, y él, haciéndole la vida imposible.

–Déjame llamar a mis amigos.

–No. No quiero ser esa chica de la oficina que consiguió el trabajo gracias al novio.

–Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba «novio».

–Bueno, de mentira, pero es lo que eres.

Eloise se acomodó en el alféizar de su ventana y pidió sin palabras, como Binnie Margolis, que nevara. Laura Beth no estaba. Olivia se había marchado a Kentucky. La Navidad estaba cerca, y contarle a Ricky su historia el domingo le había hecho pensar que pronto tendría que enfrentarse a otras vacaciones en solitario, sin tan siquiera poder contemplar una capa de nieve que le hiciera sentirse abrigada en su apartamento vacío, con su árbol enano de plástico y las galletas que la madre de Olivia le enviaría.

Tragó saliva. Desesperada por quitarse de la cabeza los pensamientos que la asediaban, dijo lo primero que se le ocurrió:

–¿Qué tal te ha ido el día?

–Bien. Aburrido.

–¿Ah, sí? ¿Los ricos también tienen días aburridos?

Dudó. No sabía si quería seguir hablando.

–Era divertido cuando empecé, pero ahora se ha vuelto rutinario.

–A lo mejor necesitas una nueva aventura.

–¿Una aventura?

–Sí, ya sabes: en lugar de diseñar nuevos videojuegos, inventa una clase diferente de palomitas para microondas. Seguro que tendrías que enfrentarte a más de un desafío.

Ricky se echó a reír.

–¿Palomitas?

–Oye, que a mi padre le encantan.

Apenas lo dijo, el corazón se le encogió. A pesar de sus prejuicios y de su intransigencia, sus padres eran la familia que no quería saber de ella.

¿Cómo podía echar de menos a personas que no la querían? Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Perdona, pero llaman a la puerta. Tengo que abrir. Te veo el jueves por la noche. Con vestido.

No esperó respuesta, sino que colgó, dejó el teléfono en el sofá y apoyó la cabeza en las rodillas. No quería resultar patética, ni dejar que las lágrimas le anegaran los ojos por personas que no la querían. Ya había llorado bastante en sus veinticinco años de vida. Solo quería encontrar trabajo, un modo de mantenerse, y en cuanto lo consiguiera, volvería a estar bien.

Se repitió la frase mientras se iba a la cama, mientras se levantaba, se duchaba, se vestía para ir a trabajar, tomaba el metro, subía en ascensor, llegaba al despacho y preparaba café para los socios de más edad sin que ninguno de ellos diera síntomas de reconocer su existencia.

Capítulo Seis

El jueves por la noche, Ricky subió los cuatro tramos de escaleras hasta el piso de Eloise con el corazón temblándole en el pecho. La decoración de Navidad le recordaba constantemente a su hijo. Incluso el frío del aire le recordaba el buzo con el que lo abrigaba, y los gorritos de lana que le había comprado.

Lo que de verdad hubiera querido hacer era quedarse en casa revolcándose en su tristeza y guardando luto por Blake. Sería fácil evitar el resto de fiestas. Bastaría con hacerse un viaje a Jamaica o a Mónaco, y todos le envidiarían las vacaciones sin preguntarse por qué no asistía.

Pero Eloise seguía sin trabajo, y el mejor modo de que lo consiguiera era continuar asistiendo a esas fiestas y que sus amigos pudieran conocerla. Desde luego, lo de los correos no había funcionado.

No sabía qué se iba a encontrar cuando llamase a la puerta, así que respiró hondo para prepararse. Cuando se abrió, la encontró preciosa con un sencillo vestido rojo brillante; se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza y lo había tejido con cinta brillante.

–Estás genial –le dijo con toda naturalidad, y no pudo evitar preguntarse cómo era posible que bastara con verla para sentirse mejor.

Cuando la vio sonreír, experimentó un tremendo alivio: la noche habría sido muy larga si hubiera estado tan deprimida como lo estaba el domingo por la mañana y en la conversación que habían tenido por teléfono. Pero no era así. Se había recuperado, y la admiraba por ello.

–Cada vestido es mejor que el anterior –sonrió.

Ella se echó a reír mientras le entregaba su capa negra.

–Eso es porque cuanto más nos acercamos a las fiestas, más navideña me siento. Espera a ver lo que estoy pensando para Nochebuena.

Cuando llegaron al hotel, dejaron los abrigos en el guardarropa. Antes de pasar al salón de baile, vio que se le cambiaba la cara: apareció una sonrisa en su rostro, tan brillante que debería haber transformado sus ojos, pero no vio luz en ellos. A continuación, se colgó de su brazo y entraron.

Un tremendo sentimiento de culpa se adueñó de él. Eloise estaba haciendo un tremendo esfuerzo y él no había hecho absolutamente nada por ella.

Iban a sentarse con un grupo de amigos suyos y le apartó la silla mientras hacía unas presentaciones rápidas. La conversación siguió

versando sobre la Bolsa.

Aquella era precisamente la razón por la que no había temido que alguien pudiera hablarle en alguna de aquellas fiestas sobre Blake: sus amigos no hablaban de otra cosa que no fueran los negocios. Y las esposas que no se unían a la conversación, se quedaban sentadas en silencio junto a sus esposos, o charlaban entre ellas de cosas inconsecuentes propias de fiestas, y no de hechos tristes que deprimirían a todo el mundo. No es que fueran falsas, sino corteses.

Aun así, intentó desviar la conversación hacia los Recursos Humanos, pero no lo consiguió, con la consiguiente frustración. No era de extrañar que Eloise no lograra encontrar trabajo, ya que nadie parecía preocuparse por la administración de sus proyectos sino por el proyecto en sí.

Cuando empezó la música, salieron los dos a la pista de baile. Deslizó una mano sobre el fino tejido de la espalda del vestido, y la atracción le asaltó. Con cada fibra de su ser deseaba abrazarla y darle lo que necesitaba: un poco de afecto. Pero aunque aquella noche pudiera abrazarla, incluso llegar a besarla, ¿qué ocurriría al día siguiente? Y si aquella noche la retenía en sus brazos, y al día siguiente no podía levantarse de su cama, ¿no le estaría haciendo daño?

Sí. Seguro que sí. Y no estaba dispuesto a hacérselo. Tenía que pensar en otra cosa:

–Una fiesta preciosa.

Ella lo miró a los ojos y sonrió.

–Son todos encantadores.

–Me alegro de que estés disfrutando.

–Yo también.

–¿Aun estando con un gruñón como yo?

Ella se rio desenfadada.

–Hombre, no eres tan malo...

Pero sí que lo era, y lo sabía. Desde que ella le había dicho que estaba sola y le había hecho darse cuenta de la abundancia de cosas por las que podía sentirse agradecido, había visto las señales: mal temperamento con sus empleados, una fría profesionalidad con Norman, regalos para amigos y familiares comprados por David... ¡Pero si ni siquiera sabía lo que le había comprado a su propia madre para Navidad! Desde la muerte de Blake, se había aislado encerrándose en una burbuja de tristeza. Y no es que le pareciera mal, pero se daba cuenta de que estaba permitiendo que Eloise le pinchara esa burbuja. Le había hecho una promesa que parecía incapaz de cumplir, y de pronto le parecía tremendamente importante hacer por lo menos algo por ella, aunque fuera solo hacerla feliz por una noche.

–Deberíamos tomarnos unos tragos de tequila.

Ella echó hacia atrás la cabeza y se rio.

–¿Qué?

Se había sorprendido tanto a sí mismo como a ella, pero ahora que ya estaba dicho, parecía tener todo el sentido del mundo.

–Unos tequilas. Esta fiesta está bien, pero ya hemos estado en seis iguales, y empiezan a aburrirme. Unos tragos de tequila la animarían un poco.

Otra risilla se le escapó de los labios, con lo que el corazón de Ricky se estrelló contra las costillas, empujado por algo que se parecía mucho a orgullo por haber sido capaz de hacerla reír.

–Estoy segura de que a los anfitriones les encantaría.

–¿Y por qué no? Cuando das una fiesta, ¿no se trata de que tus amigos lo pasen bien?

–Sí –pronunció despacio, mirándolo a los ojos.

Un brillo suave y curioso iluminó su iris azul de cristal, confirmándole que lo del tequila le inspiraba cautela, pero que al mismo tiempo le gustaba.

Un estremecimiento de placer lo envolvió, y siguió girando con ella, agradeciéndole mentalmente a Tucker que lo hubiera convencido para que asistiera a clases de baile con el fin de que no se sintiera como un pato en aquellas fiestas. No solo había resultado que le encantaba bailar, sino que en aquella velada estaba disfrutando enormemente de ver la luz de sus ojos.

–Entonces, si le pedimos al camarero que nos prepare unos dieciocho o veinte chupitos, seguramente conseguiremos que se nos unan todas esas personas. Y con cada ronda, aumentaría la clientela.

–¿La clientela? ¿Te has vuelto majara? –le preguntó, pero los ojos seguían brillándole.

–A lo mejor, pero he visto que por lo menos hay aquí tres hermanos de mi fraternidad. Tendríamos la fiesta hirviendo con tres rondas.

–¡Lo que tendrías es una fiesta llena de borrachos con tres rondas! –replicó, riendo.

–Pero seguro que las fotos saldrían mañana en las páginas de sociedad.

Eloise volvió a reír.

–Batiríamos récords de tirada.

La música se detuvo y, como siempre, uno de sus amigos se les acercó. Tras las presentaciones, le hizo a Ricky unas cuantas preguntas sobre una compañía en la que estaba planteándose invertir, y mientras contestaba, miró a Eloise.

Estaba a su lado sonriendo, interpretando su papel, pero nunca se tocaban, aparte del momento en que bailaban. O cuando era ella quien ponía la mano en su brazo doblado. O cuando era ella quien le

arreglaba la pajarita.

Él nunca la había tocado con afecto. Nunca le había dado la mano, ni rodeado con el brazo. Para ser una mujer que vivía sin familia, sin afecto, su falta de contacto físico debía dolerle.

Así que decidió darle la mano. Ella lo miró y sonrió. Él le devolvió la sonrisa. Y mientras estaban tomados de la mano, la conversación siguió hasta que volvió a sonar la música.

En aquella ocasión, cuando la tomó entre los brazos, sintió que se relajaba, e incluso él se relajó también un poco. Eloise necesitaba saber que alguien la quería, aunque fuera solo unas semanas.

Cuando el grupo que tocaba se tomó un descanso, la acompañó a la mesa y se excusó para ir a buscar dos chupitos de tequila. Ella se echó a reír, y sus compañeros de mesa fruncieron el ceño.

Él señaló con un gesto de la cabeza los dos chupitos y dijo:

–Es un chiste privado.

Tomó uno de los dos vasitos y la invitó a hacer lo mismo.

–¿Preparada?

–Esto es una locura.

–Estos dos últimos años han sido muy duros para ambos. A lo mejor lo que toca ahora es una noche de desenfreno.

–¿De desenfreno?

–Sí, de olvidarse de todo y pasar un buen rato.

Ella tomó su vasito.

–Me parece bien.

Apuraron el tequila. Ella se estremeció con disgusto, pero terminó con una risa, y cuando el grupo volvió a tocar, los dos se sentían más cómodos.

La música pasó a ser una balada dulce y tranquila, y él la tomó en los brazos para bailarla. Eloise se derritió. Ricky, relajado gracias al tequila, apoyó la mejilla en lo alto de su cabeza e inhaló la fragancia de su pelo. Por primera vez en dieciocho meses, simplemente, se dejó llevar.

Cuando el grupo volvió a tomarse un receso, tomaron otro chupito y lo acompañaron con una copa de champán. Gracias a que siguieron bailando, quemaron un poco la intensidad del alcohol, pero cuando volvieron a su piso, llevaban el puntito necesario para subir riendo sin preocuparse de la hora.

Alguien del piso de encima del suyo les pidió silencio, lo cual les hizo reír aún más.

–¡Me van a echar de aquí a patadas! –dijo, una vez estuvieron en la puerta de su casa.

–Si te echan por mi culpa, te buscaré otro piso.

–¿Otro? ¡Pero si casi no podemos permitirnos pagar este!

Sus palabras tenían un acento definitivamente más borroso, y

eso le hizo sonreír como un idiota.

–Lo he pasado bien.

–No estarás pensando que de ahora en delante vayamos bebiendo chupitos de tequila en todas las fiestas.

–Bueno, no me gustaría pervertirte, pero... –miró a su alrededor. El alcohol le había nublado un poco las entendederas, y no era capaz de encontrar las palabras que buscaba–. Ha estado bien soltarse un poco. De verdad que me he divertido.

Ella puso las manos sobre su pecho.

–Y no suele pasarte a menudo, ¿verdad?

–No me pasa nunca.

–Eso es que te siento bien.

El deseo de besarla le hirvió en la sangre, pero fue precisamente el hecho de ser capaz de sentir semejante tentación lo que le hizo refrenarse. Eloise era buena para él, pero él no lo era para ella. Era un hombre roto, y aunque ella también lo era, precisamente por eso necesitaba a alguien fuerte, lleno de amor que ofrecerle. Y esa persona no era él.

–Buenas noches, Eloise –dijo, y dio un paso atrás.

–¿Te das cuenta de que es la primera vez que me has llamado por mi nombre?

–Digo tu nombre constantemente.

–Sí, cuando me presentas. Pero nunca me lo has dicho directamente a mí.

El ansia de besarla volvió a atacar. Era tan preciosa, tan perfecta, tan maravillosa a veces. Y gracias a Preston sabía que sus labios eran tan suaves como una nube y el interior de la boca, como la seda.

Avanzó un paso.

Ella volvió a apoyar las manos en las solapas de su chaqueta y las deslizó hacia arriba.

La necesidad le empujó, y no solo por la intimidad de su caricia, sino gracias a la esperanza de que le rodeara el cuello con los brazos, algo que no hacía cuando bailaban. Deseaba que lo abrazase. Que lo apretara contra su cuerpo.

Pero se limitó a enderezarle la pajarita y sonreír.

No iba a hacer el primer movimiento, pero le estaba diciendo con toda claridad que quería que la besara.

El deseo creció. «Hazlo. Baja la cabeza y bésala».

La respiración se le aceleró. Dios bendito, cómo deseaba hacerlo.

Pero se conocía bien, y cuando desaparecieran los efectos del tequila, lamentaría haberlo hecho. Y aunque no fuese así, iba a acabar separándose de ella. No en una de esas escenas de separación de las películas, sino que simplemente dejaría de llamarla después de

aquellas fiestas. Volvería a su mundo de oscuridad y silencio, porque la culpa no le permitiría enfrentarse al mundo de brillante optimismo que ella quería. Y acabaría olvidándola.

No podía herir a una mujer que ya había sufrido tanto.

Puso las manos sobre las de ella y las quitó de su chaqueta.

–Buenas noches, Eloise.

Y se alejó mientras sus labios le exigían un beso, sus brazos abrazarla, y el corazón le gritaba que era un idiota.

A las diez de la mañana del día siguiente, Eloise se levantó de su mesa. El orgullo ya no podía ocultar el dolor de cabeza que tenía, así que entró en la sala de descanso que tenían los empleados y buscó una caja de analgésicos.

Llenó de agua un vaso en la máquina que tenían junto a la nevera y se volvió a mirar a Tina Horner cuando la oyó entrar. Llevaba una taza vacía en la mano.

–¿Qué pasa?

–Nada.

Se metió las dos pastillas en la boca y tomó un buen trago de agua antes de volver a su despacho. Tina y ella no debían salir al mismo tiempo y dejar solos todos aquellos armarios llenos de información confidencial, algo que su compañera solía olvidar, o ignorar con frecuencia porque era una empleada fija que no tenía miedo de ser reemplazada o despedida.

Unos segundos después, Tina volvió también.

–No puedes decirme que no te pasa nada. Es la primera vez que te veo tomar analgésicos.

–Ricky y yo estuvimos anoche en una fiesta.

–¿Otra de esas reuniones formales?

–Sí.

–¿En jueves?

–Los ricos no tienen el mismo calendario que tú y que yo. Supongo que si salen de fiesta un jueves, el viernes no trabajan.

–Así que, mientras tú andas tomándote pastillas para la resaca, tu acompañante estará seguramente durmiendo.

–Pues sí.

Pero ahora que lo pensaba, era poco probable que fuera así.

Nunca había conocido a nadie con la ética del trabajo que tenía Ricky. Además, tenía suficiente tecnología en el estudio para poder trabajar en pijama. La idea le hizo reír.

–Si añadimos esa risilla a la resaca, eso significa que anoche lo pasaste realmente bien.

Eloise se sentó en su sitio.

–Sí, lo pasé bien.

–Vamos a ver… ¿qué es lo que no me estás contando? –se dio unos golpecitos con el dedo índice en la mejilla–. Bebiste demasiado. Seguramente también bailaste un montón –su expresión se volvió pensativa–. Pero eso llevas haciéndolo desde el principio –se quedó callada, pero en unos segundos, la miró con la boca abierta–. ¡Te dio un beso de buenas noches!

Eloise clavó la mirada en su pantalla.

–¡Ojalá!

–¡Tu cita de mentirijillas se ha vuelto de verdad!

–Te he dicho que ojalá, no que haya ocurrido de verdad.

–Te gusta realmente, ¿no?

–A veces creo que podría estar enamorándome.

–¡Cariño! Una cosa es desear que te bese y sentirte como si estuvieras viviendo un cuento de hadas con un tío rico, pero otra muy distinta empezar a pensar que puede ser real.

–Lo sé.

–Vas a acabar con el corazón destrozado, y no se va a parecer a lo que fuera que te ocurrió en la universidad que te empujó a venirte a Nueva York.

Eloise frunció el ceño.

–¿Qué te ha hecho pensar que fue eso lo que me hizo venir a Nueva York?

–La tristeza que no suele desaparecer de tu mirada.

–¿Tengo una mirada triste?

–Tienes mirada de ser una persona que necesita un abrazo. Eres una mujer dulce y maravillosa, y si alguien llega a conocerte de verdad y a apreciarte, es difícil que no quiera ayudarte.

–¿La gente quiere ayudarme?

–No todo el mundo –Tina fue a su mesa y miró su monitor–. Pero no es fácil ver cómo tienes que luchar un día tras otro. No sé… dan ganas de hacer algo por ti, aunque solo sea traerte un donut.

Recordó el donut que su compañera le traía todas las semanas y pensó en lo que había hablado con Ricky justo antes de que hubiera sugerido lo de los chupitos de tequila.

–O un tequila.

–¿Tequila?

–Da igual –contestó, pero se siguió mortificando. Así que Ricky llevaba semanas observando esa mirada triste, y la noche anterior se había sentido particularmente triste, por tanto, Tina había querido animarla. No se estaba enamorando de ella, y por eso no la había besado. Solo quería hacer desaparecer su tristeza.

Ricky se levantó tarde y sin resaca, y satisfecho consigo mismo por haber recordado hidratarse bien antes de irse a dormir, se metió

en la ducha. Pero quizás Eloise no habría bebido agua suficiente.

El corazón le aleteó como un pajarillo. Eloise. Había estado a punto de besarla la noche anterior. Solo recordarlo volvió a subirle la temperatura y a estrujarle el pecho. Había querido besarla casi con desesperación, pero había conseguido sobreponerse.

Gracias a Dios, porque no era hombre para ella. Vivía en un mundo de culpabilidad y tristeza, y de ningún modo iba a meterla en él.

Norman llegó, y Ricky subió al coche intentando concentrarse en la reunión que tenía poco después, pero no lo consiguió. Incluso los recuerdos de Blake palidecían cuando pensaba en Eloise y en las risas que habían compartido. En cómo habían subido las escaleras de su casa, incapaces de hablar en voz baja. Aquellos treinta segundos en los que habría podido besarla…

Frunció el ceño. Había logrado eludir la tentación, pero ¿qué ocurriría en la siguiente ocasión?

Porque no iba a tener tiempo de reconstruir sus defensas, ya que esa ocasión se presentaría aquella misma noche, y aún le duraba el cosquilleo interior, además de una extraña sensación que le apretaba el corazón cada vez que pensaba en su nombre.

Suspiró. Le gustaba cómo pronunciaba ella el suyo. Y le gustaba decir el de ella. Aquello tenía mala pinta.

Tomó el ascensor privado que le conducía a la oficina.

Podía manejar el deseo, aquella dulce necesidad que le empujaba a rozar sus labios y que era una pulsión natural en un hombre, particularmente con una mujer tan guapa como Eloise, pero ¿y esa necesidad apremiante de que lo abrazara? ¿Ese ansia acuciante de sentirse abrazado, el deseo de conectar, que a punto había estado de ahogarlo la noche anterior? Eso no era bueno.

¿Para qué necesitaba él las conexiones? Ni las necesitaba, ni las quería. Estar solo era lo mejor. Así no tendría que preocuparse por si ladraba a sus empleados o insultaba a sus amigos. Desde que había conocido a Eloise, su vida entera estaba encenagada en la confusión. Incluso su vida laboral.

Hizo una pausa. Ese era el verdadero problema: que ella lo estaba arrastrando al mundo real, como si en él hubiera sitio para su persona. Le había hecho olvidar los problemas que tenía, problemas que no por ello habían desaparecido, ni lo harían con agitar una varita mágica. Como tampoco podía fingir que no existían.

Se pasó una mano por la boca. Si fuera listo, le pediría a David que llamase a Eloise y le dijera que sus servicios ya no se necesitaban. Pero habían hecho un trato, y aún no había cumplido con su parte.

A aquellas alturas ya no podía dar marcha atrás. Un líder verdadero jamás incumplía un acuerdo. Así era como algunos hombres

de negocios inteligentes se hacían mal nombre. Tenía que llevarla a la fiesta de aquella noche, y todas las que siguieran, hasta que encontrase trabajo.

Volvió a pasarse la mano por la cara. Si algo no esperaba de su acuerdo era que ella le gustase, pero ¿acaso no iba a ser capaz de superarlo?

Capítulo Siete

Aquella noche Eloise llevaba un vestido negro animado por joyería de plata.

–Estás preciosa, como siempre –dijo Ricky, incómodo consigo mismo por no haber llamado para cancelar la cita.

Ella lo miró a los ojos y él se mantuvo muy propio e inmóvil bajo su escrutinio, con la esperanza de hacerle creer que las muestras de afecto de la noche anterior se debían solo al tequila. Que en realidad no había querido besarla. Que no quería nada de ella.

Eloise acabó esbozando una sonrisa y le entregó la capa.

–Y tú, como siempre, le sientas de maravilla a mi ego.

A Ricky se le ocurrió algo: su parte del trato consistía en encontrarle un trabajo, y aunque aún no lo había conseguido, bastaría con emplear tiempo y esfuerzo para llegar a buen puerto, mientras que ella se pasaba todas las noches de viernes y sábado con él, además de un jueves y algunos domingos. Comprarle un abrigo de noche, de pieles quizás, mejor que aquella usada capa, no estaría de más, y él no lo notaría en su cuenta bancaria. Para ella tampoco debía ser fácil acompañarlo.

Manejaba la situación como la mejor.

–Me alegro de haber tenido la ocasión de ponerme estas joyas.

De pronto se sintió arrancado de sus pensamientos, y se dio cuenta de que no solo habían bajado los cuatro tramos de escaleras, sino que se había perdido un buen pedazo de conversación. Abrió la puerta del portal y la invitó a precederle.

–Te quedan muy bien con ese vestido.

–Buenas noches, Norman.

Él se rozó el sombrero.

–Señora.

Subieron.

–No tienes por qué fingir que te gusta hablar de joyas –le advirtió, sonriendo.

–No me importa –mintió.

–Es que a veces me dejo llevar –suspiró–. Me encanta arreglarme –añadió con una mueca–. Me hace parecer una cría, lo sé, pero lo que en realidad me gusta es la moda. Me encanta cuando Olivia me llama para pedirme consejo –hizo una pausa–. Sabes que Olivia y Tucker van a estar en la fiesta de esta noche, ¿verdad?

Eso le despertó.

–¿Ah, sí?

–Sí. Oliva me llamó esta mañana y me envió fotos de dos

vestidos. Estaba a punto de ponerse uno marrón hasta que la convencí de que llevara un Vera Wang rojo precioso.

Intentó sonreír. Se había olvidado de lo tontas que se ponían las mujeres con la ropa. Eloise estaba particularmente locuaz aquella noche, como si pretendiera demostrarle que estaba bien. Y se lo agradecía.

–Así que has evitado la tragedia.

Ella le dio un codazo juguetón en el brazo.

–Vale, vale. Ya lo dejo. Veo que hablar de ropa te parece una tontería.

Sintió ganas de reír, pero con una clase de risa que casi había olvidado que existía, alegre y despreocupada.

–No, qué va. Una vez Tucker me llamó a mí para pedirme consejo sobre su esmoquin.

–¡Anda, déjalo ya! –se rio.

–Y yo le dije: Tucker, la pajarita te quedaría mejor.

–¡Ya vale!

–Pero fue con corbata, y la gente se pasó la noche mirándolo.

–¡Basta!

Él se rio también.

–Vale. Perdona

Al bajar de la limusina en el Ritz, Ricky le ofreció la mano, y bastó con el contacto de sus dedos para que el corazón le diera un vuelco. Tenía unas ganas tremendas de pasar otra noche divertida. Otra noche en la que él se comportara de un modo cálido y natural. Estaría sola el día de Navidad, y necesitaba almacenar buenos recuerdos de las noches que pasara con él, noches en las que rieran, en las que se divirtieran juntos.

Se encontraron con Tucker y Olivia en el vestíbulo. Eloise abrazó a su amiga evitando aplastarle la barriga de embarazada, que en su opinión de inexperta se veía enorme.

–Cuánto me alegro de que ya estéis aquí.

–No podíamos perdernos la fiesta de Fred.

Tucker puso la mano en la espalda de su mujer para guiarla hacia el ascensor y, mientras, Ricky le susurró a Eloise al oído:

–Fue el primer banquero que le prestó dinero.

–¿Todo esto por un préstamo?

–Una inversión.

–Ah. Dinero que no tuvo que devolver, vamos.

–Sí que lo devolvió, pero se trata de la confianza que depositó en Tucker.

–Entiendo.

Los cuatro subieron al ascensor, y Eloise se desabotonó la capa.

–No irás a decirme que este vestido es el negro que tenías – le

preguntó su amiga, boquiabierta.

Ella se rio.

–Nadie diría que tenía ocho capas de tul debajo, ¿verdad?

–Te ha quedado increíble. Debería comprarte a ti mis vestidos.

–Ese Vera Wang te queda de maravilla.

–Es bonito –dijo, mirándoselo.

–Es precioso.

–Ya, y fuiste tú quien me convenció de que me lo comprara. Tienes mucho gusto.

La conversación sobre vestido y costura se le quedó a Ricky dando vueltas en la cabeza, y casi se rio al recordar de nuevo la que él había tenido con Eloise en el coche. Cuando estaba con ella, siempre encontraba algo que le hiciera sonreír, y eso no era bueno, porque siendo feliz bajaba la guardia, y si la bajaba demasiado, acabaría besándola. Y si empezaba a besarla, acabaría haciéndole daño.

Las puertas se abrieron y salieron. Eloise le entregó a Ricky su capa, y al darse ella la vuelta, vio la espalda de su vestido.

O la falta de ella.

Mientras caminaba hacia el guardarropa, rezó en silencio pidiendo ayuda. Le hacía reír, olvidarse de sí mismo, pero con la atracción y lo cómodo que se sentía con ella, iba acercándole cada vez más al punto en el que no iba a ser capaz de resistirse a besarla. Y al día siguiente lo lamentaría, pero el mal ya estaría hecho.

Aun así, después de la cena y la divertida ceremonia de entrega de premios, Eloise y él fueron los primeros en ocupar la pista de baile. Todo el mundo sabía que le encantaba bailar, pero por encima de eso, Tucker y Olivia estaban allí, y aunque no le hacía gracia engañar a sus mejores amigos, la farsa tenía que seguir adelante, así que tomó a Eloise en los brazos y la acurrucó contra su cuerpo, y cuando sintió el contacto de su mejilla, tuvo que batallar con el deseo de cerrar los ojos y disfrutar sin más.

Él bajó la mirada. Ella, la alzó. Sus miradas se encontraron y ambos reconocieron que la noche del tequila los había acercado. Pero él no quería estar tan cerca. Quería que volvieran a ser dos desconocidos que se trataban con educación y que fingían gustarse.

Para lograrlo se separó un poco de ella con el fin de recuperar la cordura. Pero cada vez que se movía, su mano se deslizaba en la piel de su espalda, y no podía quitarse de la cabeza el brillo de sus ojos la noche anterior, en la puerta de su casa, y lo mucho que había deseado besarla. Tanto como lo deseaba en aquel momento.

Fue un alivio que la banda se tomase un descanso. Eloise charló con Olivia sobre sus clientes y el arte en general, mientras que él y Tucker intercambiaban ideas sobre la Bolsa.

Cuando la segunda parte comenzó, se sentía demasiado cansado para seguir manteniéndose lejos de ella, de modo que cuando Eloise se le acercó, fue incapaz de resistirse. Sintió sus senos en el pecho, sus piernas se rozaban al moverse, y sus hormonas se despertaron como si fueran un coro de ángeles cantando el aleluya.

–No había visto tantos brillantes juntos en mi vida.

Aliviado por poder pensar en otra cosa que no fueran sus hormonas, y también curioso por el camino que habían tomado sus pensamientos, Ricky se rio.

–¿En conjunto, o en esta fiesta en particular?

–Casi da lo mismo –respondió, mirándolo–. Pero hay algo que me ha llamado la atención.

A él también algo le había estado llamando la atención aquella velada, y era la posibilidad de bajar la mano hasta el final de su espalda por una vez.

–¿El qué?

–Que mi madre no tiene un collar de brillantes.

Ricky se echó a reír.

–¿Qué?

–Fíjate en todos estos collares. En el que lleva Olivia, por ejemplo. Tucker adora a su mujer, así que la envuelve en brillantes. Así es como los hombres ricos demuestran su amor.

–¿Ah, sí?

–Claro. Si no eres capaz de decirlo con palabras, compras un regalo: un collar, una pulsera, un abrigo de piel.

Sonrió de medio lado. Él quería comprarle un abrigo de piel, pero no significaba que la quisiera.

–Pareces muy segura.

–Es que la gente es transparente. Pero no es ahí donde quiero llegar.

–¿Dónde quieres llegar entonces?

–Mi madre no tiene un collar de brillantes.

–¿Crees que tu padre no la quiere?

–Creo que lo que no tiene es miles de millones de dólares para gastarlos en joyería.

Ricky dejó de moverse.

–Aquí todo el mundo los tiene.

–De ahí mi confusión –respondió ella, empujándolo suavemente para que volviera a bailar–. Mis padres tienen mucho dinero, pero no pertenecen a esta clase social.

–¿Y? –inquirió, frunciendo el ceño.

–Pues que a lo mejor por eso se enfadaron tanto cuando los avergoncé.

–Quizás.

–Las pocas ocasiones en que vinimos a Nueva York por Navidad, nos advirtieron con insistencia a mi hermano y a mí que no hiciéramos nada que pudiera avergonzarlos.

–¿Y de dónde viene todo esto? –le preguntó con el ceño fruncido.

Ella se encogió de hombros.

–Hoy he estado pensando y he llegado a algunas conclusiones.

Ricky se sintió esperanzado. No le había encontrado trabajo, pero a lo mejor estar con él le había permitido ver cosas sobre su vida, cosas que quizás la ayudaran a no estar tan triste.

–A lo mejor estar estas dos semanas con mis amigos ha sido bueno para ti.

–Da igual.

–No, no da igual. Echas de menos a tus padres, y estás dándole vueltas a las cosas porque intentas encontrar un resquicio o una razón por la que ir a tu casa.

–No sé... –contestó, bajando la mirada.

Esperó un instante y le preguntó:

–¿Qué tendrías que hacer para poder volver a casa?

Ella sonrió.

–¿Comprarle a mi madre un collar de brillantes?

–Te estoy hablando en serio.

–No creo que pueda volver a casa.

–¿Por qué no?

Tardó un momento en volver a mirarlo.

–He encontrado más amor y aceptación con Olivia y Laura Beth de lo que nunca tuve con mis padres. Y con ello me he dado cuenta de lo disfuncional que es mi familia.

–Todas las familias son disfuncionales en cierto sentido.

–No como la mía. Mis padres no saben querer. Aunque duele no tener a nadie, a veces se está mejor solo que viviendo con personas que solo te utilizan.

O a veces una persona estaba mejor sola que con alguien que solo sabía revivir su dolor.

–Quizás.

–En este mismo momento tenemos el mejor ejemplo. A mis padres les encantaría verme contigo. Lo utilizarían para ascender, y me tratarían como si fuera una reina solo para llegar a ti, y a ti te utilizarían para que los presentaras, o para que les dieras información privilegiada, o lo que creyeran que podían conseguir de ti. Pero cuando tú y yo dejáramos de vernos, volverían a meterme en el cajón, a la espera de otro momento interesante para sacarme de él –movió la cabeza–. De niña, cuando volvían a meterme en el cajón, era capaz de hacer cualquier cosa por llamar su atención. Estudiaba mucho, o

trabajaba de voluntaria para alguna organización benéfica de renombre. A veces me regalaban una caricia por ello, pero la mayor parte del tiempo me ignoraban. Incluso estando en casa, sentada a la misma mesa que ellos, me sentía sola. Muy sola. Y no quiero volver a eso.

Él tampoco. Por mucho que fuera el tiempo que pasara lejos, sabía que en cuanto volviera a su casa, su familia le cubriría de amor.

La banda se tomó un descanso y volvieron a la mesa. Tucker y Olivia tenían la cabeza muy cerca el uno del otro, como si intercambiaran secretos, pero Olivia tenía una expresión rara y su marido, el ceño fruncido.

Ricky los miró preocupado y Eloise se acercó a la silla de su amiga.

–¿Quieres contarme qué está pasando?

–Creemos que Olivia puede estar de parto –explicó Tucker.

Eloise lo miró boquiabierta.

–¿Y ha viajado? ¿Le has permitido que tomase un avión estando tan cerca la fecha del parto?

–Aún falta un mes, y el médico dijo que podía hacerlo.

Olivia respiró hondo.

–Es verdad. Falta todavía un mes. Yo creo que esto no tiene por qué ser aún el parto. Además todo el mundo me dijo que podía viajar en avión sin problemas.

Eloise suspiró.

–Pues en el avión no habrá pasado nada, pero ahora no estás bien –alcanzó el bolso que había dejado sobre la mesa, sacó el móvil y llamó a urgencias–. Soy Eloise Vaughn. Estoy en el Ritz con una mujer que se ha puesto de parto.

–¡Eloise, que no es necesario...! ¡Ay, Dios!

Tucker se quedó rígido.

–¿Qué pasa?

Olivia apretó la mano de su amiga.

–¡Diles que se den prisa!

Eloise acabó de darles datos y colgó.

–¿Puedes caminar? –le preguntó.

Olivia asintió, y Eloise le hizo un gesto a Ricky para que se acercara.

–Tucker va a ayudar a Olivia a llegar a la puerta, y tú y yo vamos detrás de ellos por si acaso.

Ricky asintió, pero el recuerdo del nacimiento de Blake le llegó de inmediato. No había estado enamorado de la madre de su hijo. En realidad, se habían conocido en una discoteca y se habían acostado varias veces, y al final, ella había acabado quedándose embarazada. Él no había asistido a las clases preparatorias al parto, ni había querido

estar presente en el paritorio, pero sí había acudido al hospital. Al mismo hospital en el que su hijo acabó muriendo. Y seguramente, sería el mismo al que Tucker llevaría a Olivia, aunque fuera solo porque, al igual que él, su amigo estaba en el consejo de administración.

Eloise se colgó de su brazo y tiró de él para que echase a andar detrás de sus amigos.

–Vamos, despierta.

Sus palabras lo sacaron de su ensimismamiento, pero de no ser porque se trataba de Olivia y Tucker, seguramente no habría sido posible.

Pero cuando Olivia aminoró la marcha y se encogió hacia delante, él corrió a sostenerla.

La limusina de Ricky subió por la rampa de urgencias detrás de la ambulancia en la que viajaban Olivia y Tucker. Eloise bajó de un salto apenas se detuvo el coche.

Estaba ya junto a la ambulancia cuando abrieron la puerta. Tucker bajo rápidamente, y ambos, la mejor amiga de Olivia y su esposo, entraron con ella a la sala de urgencias.

Ricky se quedó detrás. Todo en su interior le empujaba a marcharse. Tenía demasiados malos recuerdos asociados a aquel hospital y, sin embargo, no era capaz de pedirle a Norman que pusiera el coche en marcha. El hijo de su mejor amigo se había adelantado, y la vida de Olivia podía estar en peligro.

Y, además, Eloise estaría muy angustiada. Había tomado las riendas de la situación, pero la había sentido vibrar de miedo todo el camino hasta el hospital. No podía dejarla sola en aquel momento.

Bajó de la limusina y le dijo a Norman que se fuera a casa. Blake había tardado diecinueve horas en nacer, y el hijo de Tucker y Olivia podía tardar lo mismo o más.

Entró en la sala de urgencias, dio su nombre en el mostrador y enseñó su identificación de miembro del Consejo.

–Quiero estar informado del estado de Olivia Engle en todo momento.

–Lo siento, señor, pero nuestra política de respeto a la intimidad de los pacientes nos impide hacer eso, a menos que sea usted de la familia.

Ricky se guardó la tarjeta.

–Hable con el señor Engle. Él le dará autorización.

La recepcionista abandonó su puesto y volvió un momento después para decirle que se habían llevado a Olivia a la planta de maternidad.

Pasó una hora sentado, de pie, caminando. Volvió a sentarse

apoyando los codos en las rodillas. Se levantó de nuevo, se deshizo el nudo de la corbata, se desabrochó los dos primeros botones de la camisa y se acercó a la zona de cuidados intensivos, y allí se quedó, de pie delante del enorme cristal, contemplando las cunitas vacías.

Si cerraba los ojos, podía ver a su hijo vendado, con una vía saliendo de su manita, su pecho apenas moviéndose arriba y abajo, empujado por un respirador artificial.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al revivir su vergüenza. El bebé de Tucker podía ser demasiado pequeño, demasiado débil, y el nuevo miembro de la familia Engle podía pasarse su primer día, sus primeras semanas o incluso un año en la misma cuna que Blake.

Su vergüenza se transformó en temor, en miedo auténtico porque Tucker y Olivia tuvieran que pasar por la devastación de perder a un hijo. Él conocía ese dolor y maldijo entre dientes por ellos. Nadie debería tener que pasar por algo así. Olivia y Tucker no se merecían algo así.

El sonido de unas pisadas interrumpió el silencio y se volvió a mirar. Era Eloise.

–Hola.

–Hola –frunció el ceño–. Este ala es privada. ¿Cómo has podido entrar?

Ella le enseñó su tarjeta.

–Me la ha dado Tucker y me ha dicho que te encontraría aquí. ¿Qué haces?

Sacó del bolsillo una tarjeta igual que la de Tucker.

–Vaya. Tenéis que ser grandes benefactores del hospital.

–Estamos en el Consejo de Administración –respiró hondo–. ¿Cómo está Olivia?

–No está de parto. No obstante, el médico ha dicho que debe quedarse en observación por si acaso, pero está bien.

El alivio le hizo suspirar. Un instante después, se pasó la mano por la nuca y comenzó a relajarse.

–Genial.

Ella miró a su alrededor.

–Que silencio hay aquí.

–Es normal en la UCI infantil.

Se preparó para que le hiciera un par de preguntas. Se había ganado el derecho a hacérselas. Sentía su curiosidad casi como si fuera un ente vivo, pero no decía una palabra.

Su respeto por ella creció. Él le había dicho que no quería que conociera su pasado, su dolor, porque no quería que lo tratara de otro modo, o aún peor, que lo compadeciera. Y si el modo desenfadado en el que se comportaba con él significaba algo, quería decir que ni había hecho una búsqueda sobre su persona en Internet, ni les había pedido

información a sus amigos.

Le resultaba increíble que no le hubiera investigado. Es más: si hubiera sido al revés, él se habría vuelto loco hasta satisfacer la curiosidad, pero ella era una roca. Aquella mujer era la persona más digna de confianza del planeta.

–Buenas noches, señor Langley –Regina se acercó a ellos y miró brevemente a Eloise–. ¿Y esta señorita es...?

Miró a Eloise, quien a su vez lo miró a él con una enorme curiosidad por ver cómo la presentaba.

Tomó su mano y la apretó.

–Es una amiga.

Eloise sonrió.

–Pues esta noche todo está muy tranquilo por aquí –dijo Regina–. Quédense tanto como quieran.

Pero no le parecía bien estar con Eloise ante el cristal tras el que su hijo había muerto. No quería que ella pudiera ver su dolor. Además, estando bien Olivia y el bebé fuera de peligro, no había razón para quedarse.

–Ya nos íbamos.

–Entonces, buenas noches.

–Buenas noches, Regina –se despidió, y con un gesto invitó a Eloise a precederlo hacia el ascensor–. He enviado a Norman a casa, así que vamos a tener que tomar un taxi.

–¡Un taxi! ¿Tú sabes lo caros que son?

Él se echó a reír, y cayó en la cuenta de que era eso precisamente lo que ella buscaba. Pero las imágenes y los sonidos del hospital lo mantenían amarrado a la realidad, y se sintió culpable por esos tres segundos de felicidad.

Por mucho que Eloise lo animara, en el fondo de su corazón sabía que no se merecía volver a empezar.

Capítulo Ocho

Eloise volvió a darse la vuelta en la cama aquella mañana, incapaz de enfrentarse al día.

No era de las personas que les dan muchas vueltas a las cosas, pero ¿por qué podía querer alguien esperar en la unidad de Cuidados Intensivos del ala infantil, en lugar de en la sala de espera de Maternidad?

Pasó revista a las explicaciones más obvias: a lo mejor Ricky había pasado tiempo allí de niño; él, o alguno de sus hermanos. O había tenido un hijo que había estado ingresado allí. A lo mejor un hijo prematuro, lo mismo que había estado a punto de ocurrirles a Olivia y Tucker.

Lo último era lo que más sentido le parecía tener, de modo que comenzó a imaginar posibles escenarios, a cual más truculento. Acontecimientos que las esposas de sus amigos pudieran calificar de tragedia. Cosas para las que carecía de base, y que no tenían arranque en la realidad.

Con un gemido apartó la ropa de la cama, se levantó y entró en la cocina arrastrando los pies. Laura Beth estaba sentada a la pequeña mesa redonda que tenían allí, tomándose un té.

–Hola.

–Hola. Te levantas temprano para haber estado anoche de fiesta.

Fue a prepararse un café.

–Tuvimos que llevar a Olivia al hospital.

–¿Anoche? ¿Está bien?

–Falsa amenaza de parto. Está bien, y el niño también.

–Pero...

Miró a su amiga.

–¿Pero qué?

–Pues que tu voz dice lo contrario. ¿Necesita descanso? ¿Cuál es ese «pero»?

–No hay ninguno. Fue solo una falsa alarma. Está bien, de verdad –insistió, pero acabó mordiéndose el labio–. Es que... mi acompañante hizo algo que me dejó muy sorprendida.

–¿El qué?

–Pues que se fue a la sala de espera de Cuidados Intensivos, en lugar de quedarse esperando en la de Maternidad.

–A lo mejor pensó que si algo le pasaba al bebé, lo llevarían allí.

Eloise cerró los ojos. «Claro. Eso tiene mucho más sentido». La elección del lugar en el que esperar no tenía que ver con él, sino con el bebé de Olivia.

Desgraciadamente bastó el tiempo necesario para ir hasta la mesa para que le encontrara un fallo a aquella teoría.

–¿No hay una UCI neonatal?

Laura Beth se encogió de hombros.

–No lo sé. No es que yo sepa mucho de hospitales, la verdad, pero puede que la haya.

Confusa de nuevo, respiró hondo.

–Bueno, también pertenece al Consejo de Administración del hospital, así que cabe la posibilidad de que se estuviera dando una vuelta a ver qué tal iban las cosas –pensó en la enfermera que le había hablado e hizo una mueca–. No. Eso tampoco puede ser. Una enfermera se le acercó y le habló como si lo conociera.

–Es que, si está en el consejo, lo conocerá.

–No. Era como si lo conociera personalmente.

–¿Era joven y guapa?

–De mediana edad, y muy guapa. Pero no, no era eso. El modo en que reaccionó fue como si estuviera acostumbrada a verlo por allí –intentó recordar la conversación–. Dijo que se quedara cuanto quisiera... como si ya hubiera estado antes allí, mirando por aquel cristal.

Laura Beth se levantó de la mesa con su jarra en la mano.

–Creo que estás dándole más importancia de la que deberías por lo que oíste en aquella cena –movió la cabeza–.

Piénsalo: la mujer de su amigo estaba en el hospital con una amenaza de parto, y supongo que estaría muy asustado. Yo, por lo menos, lo estaría, así que puede que se fuera a la UCI de pediatría sin pensar que había una UCI de neonatos.

Eloise frunció el ceño.

–Puede ser.

La lógica le decía que sí, pero el corazón lo contrario, y es que había visto algo peculiar en el modo en que miraba a través de aquel cristal.

–Bruce me ha invitado a patinar en el Rockefeller Center.

No quería seguir siendo la chica triste, así que se colocó una sonrisa en la cara.

–Genial.

–Me vendría bien que me prestases tu parka azul marino.

–Claro. Llévatela.

–¿No la vas a usar?

–No –suspiró–. Esta noche repetimos fiesta formal.

Laura Beth se echó a reír.

–¡Yo mataría por ir a una de esas fiestas, y tú ya has ido a seis o siete!

–¿No te ha invitado Bruce a ninguna?

Laura Beth se sonrojó y disimuló recogiendo la encimera. –No.

Eloise se dio cuenta inmediatamente de su error.

–Qué suerte la tuya. Son un aburrimiento. Todas se parecen. A mí siempre me ha gustado pasarme los fines de semana de antes de Navidad viendo escaparates.

Con su tarjeta de transporte, podía ir a donde quisiera en metro y ver todos los adornos de Navidad.

–Pero este año, estoy tan liada con lo de las fiestas de Ricky y transformando vestidos viejos en nuevos, que no he tenido tiempo de hacer nada de lo que me gusta.

Y aquel día en concreto, la necesidad que sentía de hacer algo normal, de ser ella misma, la estaba sepultando como una ola. Se estaba perdiendo en un hombre que no la quería. Cuando se marchara, y eso iba a ocurrir sin ninguna duda, se quedaría aún más sola de lo que lo estaba antes.

Laura Beth la miró y movió la cabeza.

–Todo el mundo en Nueva York puede hacer lo que tú quieres hacer. Este año te toca ir de fiesta, así que disfrútalo.

Cuando Laura Beth salió, Eloise cerró los ojos. La verdad fue como una bomba. Lo que tanto deseaba no era hacer algo normal solo, sino hacerlo con Ricky. Ir a ver escaparates con él. Quería hacer algo normal con él porque quería que él fuese normal con ella. Estaba cansada de cenar con gente a la que en realidad no conocía. Cansada de no poder ser ella misma cuando bailaban. Cansada de fingir que era feliz.

Pero, sobre todo, estaba cansada de fingir que le parecía bien que todo el mundo conociera su pasado, sus secretos, y que ella no pudiera conocerlos porque no quería que afectara a su modo de tratarlo. ¿Por qué no confiaba en ella?

Aquella noche, cuando llegó a recogerla, el insulto que era para ella el hecho de ser la única en su círculo social que no conocía su tragedia, la hizo sentirse tensa y añadió un tono gélido a su voz.

Él le puso la capa sobre los hombros para cubrir su vestido plateado.

–Estás guapísima.

Ella se volvió para contestarle, pero sus mejillas se negaban a permitir la sonrisa, que quedó reducida a un esbozo.

–Gracias.

Ricky abrió la puerta y ella le precedió en el descansillo y la escalera. No dijo nada mientras bajaban, ni cuando atravesaron el vestíbulo para ir al coche. Pero no podía pasar sin saludar a Norman.

–Buenas noches, Norman.

Él se llevó la mano al borde del sombrero.

–Buenas noches, señora.

Ambos se sentaron. Nadie dijo una palabra.

Él carraspeó.

–Bueno… ¿has tenido un día difícil hoy?

Ella siguió mirando por la ventanilla.

–No. Ha sido un día normal. He limpiado un rato. He cosido otro.

–Ya. Trabajas en tu ropa cuando tenemos una fiesta.

–Sí.

–Desde luego, el vestido plateado que llevas es precioso.

El coche se detuvo ante otro edificio de gente adinerada, y se volvió de inmediato a mirarlo.

–¿Es una residencia particular?

–Sí. Binnie y Dennis organizan una pequeña reunión de…

–¡Pero si este vestido es de fiesta!

Él la miró, y en sus ojazos castaños se veía que no tenía ni idea de qué le hablaba.

–¡No pienso ir a una cena de amigos vestida de fiesta! – explotó, gesticulando en el aire. Las lágrimas le escocían en los ojos y amenazaban con salir. Había estado tan enfadada con él durante todo el día que aquel pequeño incidente la había puesto al borde del precipicio, y de ningún modo estaba dispuesta a que él se diera cuenta.

–Mira, ve tú solo. No te va a pasar nada, y a mí, tampoco.

Me vuelvo a casa. No sé dónde está el metro, pero preguntaré.

Antes de que Norman o Ricky pudieran reaccionar, había bajado del coche.

–¡Eh! ¡Espera! –gritó Ricky, saliendo tras ella.

–¡Déjame!

–He cometido el error de no llamarte hoy para decirte cómo debías vestirte –se explicó, él tirando de su brazo–. Lo siento. Podemos volver a casa a que te cambies.

Aquellas ridículas lágrimas se le escaparon de los ojos.

–Ahora es demasiado tarde. Para cuando queramos volver, estarían ya por el segundo plato –se secó los ojos–. Tú ve. Pásatelo bien con tus amigos.

–Al menos deja que Norman te lleve –insistió, acercándose más.

Otra nueva oleada de lágrimas le nubló los ojos. En el fondo había albergado la esperanza de que fuera él quien la llevara a casa, ignorando lo que ella le había dicho sobre que fuera a la fiesta, y que intentara consolarla.

Pero qué estupidez… Estaba claro que no le gustaba.

Volvieron al coche en silencio caminando por la acera mojada.

El ruido de la puerta al cerrarse fue tan fuerte que el corazón se

le lanzó a correr asustado. ¿Qué había hecho? Al no asistir a la cena, le estaba demostrando que no la necesitaba.

Que podía ir solo.

Pero ella sí que lo necesitaba a él. Necesitaba el trabajo que él podía proporcionarle a través de sus contactos. Y ahora lo había echado todo a perder solo porque no llevaba un vestido adecuado.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. No. Ese no era el motivo. Que no le hubiera hablado de la fiesta era síntoma de algo más grande y de lo que no quería hablarle: su tragedia.

La había llamado «amiga».

Pero no compartía con ella sus secretos.

Esa era la verdadera humillación: desear algo que él ni siquiera era capaz de ver.

La puerta de la limusina se abrió de pronto y Ricky entró.

–¿Qué haces?

–Llevarte a casa. He llamado a Binnie y le he dicho que no te encontrabas bien.

–¿Qué?

–Que lo he cancelado –repitió, mirándola a la cara–. Me he dado cuenta de que algo pasa.

«¿Y te importa?».

Respiró hondo. La esperanza intentó brillar, pero se recordó la verdad de aquella situación para aplastarla. Si no le importaba que su marido hubiera muerto y que sus padres la hubieran desheredado, le importaría todavía menos que se sintiera rechazada y excluida porque no confiaba en ella. Y de ninguna manera estaba dispuesta a decirle que se estaba enamorando. Esa sería la humillación última.

Se secó los ojos y utilizó la excusa que tenía más a mano:

–Es horrible ser la única mujer que lleva un traje de noche en una cena. Me haría quedar como una estúpida que no sabe cómo vestirse para cada ocasión.

–Lo siento.

–No pasa nada.

Norman puso el coche en marcha y Ricky se recostó en el respaldo.

–Me resulta raro ir a casa. Lo que quiero decir es que tú estás vestida, y yo estoy vestido –aclaró con una sonrisa–. Es una pena.

–Me volveré a poner este vestido mañana.

–A menos que vayamos a cenar a casa de otros amigos tuyos.

–Cuando llegue a casa, leo la invitación y te llamo.

–Te lo agradecería.

Carraspeó.

–Aun así, creo que no deberíamos irnos a casa.

–El acuerdo era para doce fiestas.

–Lo sé, pero nos vamos a perder una. Si es que te gusta salir a cenar, claro.

–A veces –respondió.

Cuando él era el hombre de siempre, normal.

–Por lo menos déjame invitarte a cenar.

–No tengo hambre.

Su estómago eligió aquel preciso instante para rugir.

–Yo diría que sí.

–¡Deja de sentir lástima de mí, por amor de Dios! –le gritó, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo–. ¡Tú detestas que la gente sienta lástima por ti, así que deberías entender que yo lo odie también!

Ricky hizo una mueca.

–Entiendo.

Volvió a sentir vergüenza. No sabía por qué estaba tan sensible aquella noche, pero sí que tenía que poner tierra de por medio.

Se volvió a mirar por la ventanilla. La ciudad estaba decorada para las fiestas, y las luces parecían estarse burlando de ella.

–Si pudieras ir esta noche al sitio que quisieras, ¿cuál escogerías?

Eloise cerró los ojos.

–No vas a parar, ¿verdad?

–Siempre intento compensar mis errores.

¿Ahora la consideraba un error?

–Genial.

–¿Dónde querrías ir si pudieras elegir el sitio?

Se estrujó la cabeza para encontrar algo que decirle y que él fuera a rechazar, y cuando se le ocurrió, una sonrisa pérfida le asomó a los labios.

–Lo que de verdad me gustaría es dar una vuelta en coche de caballos por Central Park.

–Está lloviendo.

–Lo sé. Qué idiotez –suspiró–. Mejor me llevas a casa.

–Un momento –respondió, sacando el móvil del bolsillo y marcando un número–. ¿David? ¿Puedes hacerme un favor y alquilarme un coche de caballos? –una pausa. Risas–. Sí, ahora – otra pausa–. ¿Entrada sur? Genial. Gracias.

–Bueno, pues tenemos coche.

–¡Pero si está lloviendo!

–Es lo que tú querías.

Eloise suspiró. La única ocasión en la que de verdad no quería que fuera dulce con ella para poder irse a su casa a regodearse en sus miserias, lo estaba siendo.

–Yo quiero montar en coche cuando haga sol, o una noche cálida

–replicó. La verdad es que se estaba comportando como una niña malcriada–. No en una noche de lluvia.

–Tenemos coche con capota, y llevan mantas.

Él parecía tan feliz consigo mismo que tuvo que esforzarse por no mandarle a paseo. No iba a conseguir que desistiera, y siempre había deseado dar un paseo en coche de caballos por Central Park, así que lo mejor que podía hacer era disfrutarlo. Tendría todo el tiempo del mundo para revolcarse en sus miserias el día de Navidad.

–Gracias.

–De nada.

Dio instrucciones a Norman y, en diez minutos, la limusina volvió a detenerse.

Toda la calle brillaba por la lluvia, y aunque no había estrellas, la luna, como un disco brillante y redondo, lo contemplada todo desde el cielo. Unas nubes blancas correteaban ocultándola de vez en cuando, pero el astro volvía a aparecer como si le sonriera, como si la animara a tranquilizarse y a disfrutar.

Tras hablar un momento con Norman, Ricky la ayudó a acomodarse en el asiento rojo de un coche blanco, se sentó a su lado y la tapó con una manta.

–Vas a tener frío con esa capa.

–No me importa.

El coche echó a andar por uno de los caminos del parque y ella se arrebujó bajo la manta.

–De todos los lugares a los que habrías podido desear ir, ¿por qué este?

–Una vez, cuando era pequeña, convencí a mi padre de que nos llevase a dar una vuelta, pero mi madre vetó la idea en el último minuto.

–Ah. Vaya, lo siento.

–No tienes por qué –sonrió. El aire frío le llenó los pulmones mientras contemplaba aquel camino que brillaba como si fuera la senda a un castillo de cuento de hadas–. Además, estoy aquí ahora.

Ricky se tapó también un poco con la manta. El frío no era intenso porque no había nevado, pero la humedad era alta, de esa que se metía en los huesos.

–Yo tampoco había hecho esto nunca.

Ella lo miró brevemente.

–¿Ah, no?

–No en coche, aunque sí vine con mi hijo a Central Park.

Demonios… no debería haber mencionado a Blake, porque con ello abría la puerta a las preguntas. Pero el error de aquella noche había sido importante como para hacerla llorar. Había intentado detener las lágrimas u ocultarlas, pero había perdido la batalla, y él, el

control. Le habría dado su fortuna entera con tal de que dejase de llorar, así que un paseo en coche era un precio despreciable.

–A Blake le encantó. Era verano –se cubrió más con la manta, y el gesto la acercó más a ella mientras pasaban junto a árboles desnudos con gotas de agua colgando de las ramas, que pronto se convertirían en hielo–. Lo llevé a los caballitos, pero hay varios campos de béisbol cerca, y en cuanto los vio, se volvió loco –sonrió y movió la cabeza–. Es difícil hacerle comprender a un comino de dieciocho meses que no puede jugar con los niños mayores.

Ella no dejaba de mirarlo, curiosa pero serena. Llevaba tiempo queriendo conocer sus circunstancias, pero él no había querido compartirlo con ella, de modo que aquella era una gran concesión.

–En fin, que yo había pensado en llevarlo a dar una vuelta en coche de caballos, pero afortunadamente estaba cansado ya y nos volvimos a casa.

–¿Tienes un hijo?

Se encogió de hombros porque era incapaz de decirle que Blake había muerto, incapaz de enfrentarse al dolor que le traería el recuerdo del fallecimiento de su hijo.

Pero también se sentía más libre después de haber hablado de su hijito. Todo el mundo trataba de no mencionárselo, hasta tal punto que a veces tenía la impresión de que no había existido.

–Sí.

Ella lo miró a los ojos un instante antes de preguntar:

–¿La madre y tú no estáis juntos?

–No. En realidad éramos dos desconocidos que tuvimos un hijo. Sé que parece que éramos dos personas espantosas, pero no era así.

–No tienes por qué darme explicaciones –contestó ella, poniéndole una mano en el antebrazo.

Ricky deseó poder explicárselo con toda su alma, poderle hablar de su hijo, de su niño. Deseaba ser capaz de recordar y compartir los buenos momentos, de pensar en él con amor, de reírse con sus cosas.

Pero todo ello acababa por recordarle que al final, no había sabido ser un buen padre.

–En parte fue ella la responsable de que crease el motor de búsqueda exhaustivo. El sistema estaba en beta, sometido a pruebas, cuando me dijo que estaba embarazada, y por ello añadí unas cuantas reglas más a un algoritmo ya muy elaborado.

–¿Por qué? –le preguntó, confundida.

Él se encogió de hombros.

–Era una chica soltera que vivía sola en un apartamento exclusivo del centro.

–Debía tener un buen trabajo.

–No tenía.

–¿Padres ricos?

–Tampoco.

–Oh.

–Exacto. Le dejó el apartamento el último tío con el que salía. Cuando me dijo que estaba embarazada, acabé haciéndome cargo de todos sus gastos: compras, gastos domésticos... No es que me importara, pero era consciente de que me había manipulado –necesitaba cambiar de tema, antes de que empezase a hacer preguntas–. ¿Y tú? ¿Alguna experiencia mala con los chicos?

–En el instituto, solo salí con chicos que merecieran la aprobación de mis padres, y en la universidad... –se encogió de hombros–. Esa historia ya te la sabes.

–Sí.

Quedaron en un cómodo silencio, acompañado por el sonido de los cascos del caballo. El gélido aire de la noche los hizo acercarse más el uno al otro y Ricky se dio cuenta de que, por primera vez en dieciocho meses, estaba tranquilo.

Completamente tranquilo.

Tras unos minutos, cayó en la cuenta de que Eloise se había quedado dormida. El llanto debía haberla agotado. Subió aún más las mantas y, recostándose cómodamente, cerró los ojos para disfrutar del hecho de no estar trabajando, o pensando en el trabajo, o en una fiesta hablando también de trabajo.

Una sonrisa de satisfacción se dibujaba en el hermoso rostro de Eloise. Estudió su complexión perfecta, su pequeña nariz, la línea curva de sus pestañas sobre la piel blanca de las mejillas. Nunca había conocido a otra mujer tan perfecta físicamente. Era una princesa.

Una princesa abandonada. Alguien a quien nadie quería.

Cuando el coche se detuvo la movió con suavidad.

–Hora de levantarse.

–¿Me he dormido? –preguntó, sobresaltada.

–Solo un ratito.

El deseo de besarla volvió a ser intenso. Si alguien se merecía ser amado, era ella. Los dos se miraron. Unas gotas de lluvia cayeron de la rama de un árbol cercano y repiquetearon sobre la capota del coche. Los segundos siguieron pasando, y sus miradas continuaban clavadas la una en la otra mientras el deseo batallaba con el sentido común. No tenía nada que ofrecerle aparte de dinero... y de su persona. Un hombre roto y corroído por la culpa, que podía terminar haciéndole más daño aún del que ya le habían hecho sus padres.

El conductor apareció en la portezuela y el momento quedó roto, con lo que la decisión de besarla le fue arrebatada.

La ayudó a bajar del coche y señaló al otro lado de la calle. La

limusina les esperaba.

Norman les abrió la puerta al verlos acercarse.

–¿Ha sido agradable el paseo? –preguntó, dirigiéndose a Eloise.

Ella sonrió.

–Mucho.

Ricky subió detrás de ella. La calefacción calentaba bien, así que no tenían necesidad de apretujarse para darse calor, lo cual era una pena. En el asiento de cuero echaba de menos su calor. Echaba de menos procurarle comodidad, pero había algo más. Sentía siempre una conexión, un anhelo que iba más allá de un sencillo lazo entre dos. Era como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Pero en el fondo sabía que tenía que estar equivocado. No podía ser. No solo no tenía nada que dar, sino que había hecho daño a las personas que se le habían acercado, y de ningún modo estaba dispuesto a hacerle daño a ella.

Llegaron ante la puerta de su piso y Eloise se volvió con una sonrisa.

–Gracias. Lo he pasado de maravilla.

–Entonces, ¿te encuentras mejor?

–Sí. Siento mucho haberme puesto tan histérica.

–Pues lo creas o no, yo no lo siento. Ha sido agradable hacer algo fuera de lo corriente. Hablar de algo que no tenga que ver con trabajo.

–Deberías hacerlo más a menudo –sonrió, pero él bajó la mirada.

–Quizás.

–Bueno, ha sido divertido y te lo agradezco.

Volvió a mirarla y vio alegría en sus ojos. El hielo que le comprimía el corazón se derritió.

Una necesidad de ser digno de ella le calentó la sangre, y un deseo de amarla surgió de su alma maltrecha. Su cuerpo entero vibraba con el deseo de sentirse entero, capaz, preparado. De ser todo lo que ella necesitaba que fuera.

Fue Eloise quien le rodeó la cintura con los brazos y se apretó contra él.

Sabía que era su modo de darle las gracias, pero las sensaciones le recorrieron de la cabeza a los pies: confianza, necesidad, tan fuertes que no pudo resistir el impulso de abrazarla. Cuando sintió que ella lo hacía más fuerte a modo de respuesta, la imitó.

Cerró los ojos para contener el deseo de besarla. Se recordó que estaba seriamente dañado. Que ella se merecía algo mejor. Pero el paseo en coche de caballos, la expresión de felicidad de su cara, el modo en que le había escuchado sin hacer preguntas, sin juzgarle, todo ello se le aparecía como diapositivas llenas de luz, bloqueando lo

negativo, hasta que no pudo seguir oponiéndose. Abrió los ojos y la besó en la boca.

En un principio creyó que no iba a responder, pero sus labios cobraron vida despacio, vacilando. Sus lenguas se acariciaron y su corazón se desbordó con algo tan intenso que lo dejó sin aliento.

Estaba bien. Aquello estaba bien, y ahora lo sabía.

Pudo dejar de pensar en Blake, en sus errores, en su estupidez, y sentirse a gusto con ella, pero incluso eso le asustó. ¿Podía querer a una persona tanto que le hiciera olvidarse de su hijo? ¿Era correcto querer tanto a alguien que acabara olvidándolo? Olvidando a su bebé, a su corazón...

Dio un paso atrás, consciente de que toda aquella confusión, toda aquella necesidad, se veía nítidamente en sus ojos.

Ella sonrió tímidamente.

–Buenas noches.

–Buenas noches.

Intentó darse la vuelta, pero estaba anclado al suelo. Su calor lo atraía como un imán, y quería permanecer cerca de él, pero también quería mantenerla a salvo.

Echó a andar hacia el vestíbulo antes de que acabara perdiendo la convicción. Los efectos de aquel beso vibraban por todo su cuerpo, parte placer, parte necesidad, le hizo bajar a todo correr las escaleras sin tropezar.

A pesar de lo maravillosamente bien que se sentía, sabía que iniciar una relación con ella, o con cualquiera, podía ser el mayor error de su vida.

O de la de ella.

Capítulo Nueve

Eloise entró en su casa, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

«Me ha besado».

No solo habían disfrutado de un paseo íntimo en un coche de caballos como llevaba deseando desde que era una niña, sino que la había besado, y no forzado por una rama de muérdago, ni por efecto del tequila, sino movido por una emoción verdadera.

Entró en su frío y silencioso apartamento y deseó que Laura Beth no hubiera salido. Estaba deseando compartir la noticia, pero no había nadie con quien hacerlo.

El ruido de la llave en la cerradura la sobresaltó y se dio la vuelta: Laura Beth y Bruce entraban.

Cuando la vieron, se quedaron inmóviles:

–¿Eloise? ¿Qué haces aquí?

Ella sonrió, con la esperanza de que no le brillara la cara con la emoción.

–Vivo aquí.

Laura Beth se echó a reír.

–Ya. Es que creía que la fiesta duraría más –miró a su novio– . ¿Te acuerdas de Bruce?

Eloise se acercó a estrechar su mano.

–No llegaron a presentarnos.

–Es un placer conocerte.

Había tensión en el aire. Normalmente no solía caerle mal una persona por su aspecto, pero el de Bruce no le gustaba. Era demasiado rubio, estaba demasiado bronceado. Era como si pretendiera tener el aspecto de un rey del surf, pero no vivía en el trópico, sino en la gélida Nueva York, donde llovía cuando debería estar nevando, y nevaba cuando se le antojaba.

Bruce miró a Laura Beth e hizo un mínimo gesto con la cabeza hacia los dormitorios.

–Voy a recoger unas cosas de mi habitación y nos vamos –le dijo a su amiga.

–Vale.

Se encontró a solas con Bruce, que la miró de arriba abajo como si la estuviera juzgando, o comparándola con Laura Beth... o simplemente, comportándose como un cerdo.

Pensó en la madre del hijo de Ricky, una mujer que se había quedado con el apartamento de otro novio, y que había utilizado su embarazo para vivir a expensas de Ricky. Y de pronto, todo cuando

Ricky había hecho en las semanas anteriores, sus dudas, sus temores, cobró sentido.

Laura Beth apareció en el salón. Traía una pequeña bolsa de viaje en la mano y sonreía.

–Nos vemos mañana.

Eloise asintió y los dos se marcharon.

Considerando la sensación que le había dejado Bruce, y quizás haciendo comparaciones incorrectas con la madre del hijo de Ricky, entró en su dormitorio. Comprendía por qué Ricky se tomaba su tiempo. No todo el mundo era digno de confianza. Él se había quemado, y no quería volver a pasar por ello. Por eso le costaba tanto confiar en ella.

Recuperó parte de su alegría. Ricky era un hombre bueno y honrado. Y le gustaba. Además, con Wayne ya se había precipitado más que de sobra, así que si alguien podía comprender la razón que empujaba a una persona a tomarse las cosas con calma y a calibrar cada paso, era ella.

¿Por qué pensar en Wayne le hizo sentir que en el horizonte se acumulaban nubarrones de tormenta?

Descalzo y vestido con una bata de felpa, Ricky entró en su cocina a la mañana siguiente y pulsó el botón para abrir el compartimiento de la cafetera. Colocó una cápsula y puso el aparato en marcha mientras recordaba cómo echaba de menos Eloise la cafetera que le habían robado.

Recordarlo le hizo reír. Había algo en ella que siempre le hacía reír. Olvidar. Sentirse normal otra vez.

Dios, cómo le gustaba. Pero con la luz del día, no estaba seguro ya de que iniciar una relación fuese una buena idea. Tenía más días negros que luminosos, y a pesar de que era cierto que estar con ella lo ayudaba a olvidarse de Blake, no estaba seguro de que eso fuera bueno. Y no quería hacerle daño.

Sin embargo, estaba tan bien con ella...

Decidido a no darle más vueltas y a dejar que la naturaleza siguiera su curso, recogió el montón del correo de la semana y comenzó a ojearlo. Un sobre brillante apareció entre los demás. Era el que le enviaba el hospital todas las Navidades.

Lo abrió con curiosidad, no solo por ser parte interesada, sino porque quería que el hospital recibiera donaciones: un collage de dibujos que habían hecho los niños que habían pasado por allí adornaba la primera página. Era bonito. Sencillo, pero efectivo. Contaba la historia de cómo el hospital salvaba vidas. Muchas vidas. Especialmente las de los niños.

Pero cuando vio la foto de Blake, una pequeña instantánea entre

todas las demás, el corazón se le paró.

¿Pero qué demonios…?

No habían pedido permiso para usarla, y además ¿quién habría sido lo bastante estúpido para creer que él iba a querer ver la foto de su hijo en un folleto?

Sacó el móvil y marcó el número de su asistente.

–¿Quién ha autorizado la publicación de una fotografía de Blake en el collage de la primera página del folleto del hospital?

–¿La foto de Blake aparece en el collage? –la voz de David rezumaba horror–. Tiene que ser un error.

–Llama al departamento de Relaciones Públicas del hospital. Haz que destruyan los folletos que queden y averigua quién les dio permiso para usar esa fotografía.

–Ahora mismo.

Colgó e hizo pedazos el folleto. ¿Cómo podía cometerse semejante error?

Se pasó las manos por el pelo y volvió a mirar el teléfono solo para darse cuenta de que estaba a punto de llamar a Eloise.

Eloise.

¿Por qué automáticamente pensaba en llamarla? ¿Qué iba a decirle? ¿Que su hijo había muerto? ¿Que algún idiota había metido la pata y habían publicado la foto de Blake en un millón de folletos? ¿Que tenía el corazón destrozado? ¿Que todo lo que había sentido mientras veía a su hijo luchar por su vida había vuelto en tromba y con toda nitidez?

Apretó los ojos y la tristeza le recordó que aquella era su vida. Aquello era lo que podía ofrecerle a Eloise: penetrantes puñaladas de dolor que le atravesaban el corazón en el momento más inesperado. Episodios de depresión tan agudos que lo derrotaban de tal manera que no era capaz de hablar durante días.

¿Cómo podía ser tan idiota para pensar que ella iba a poder querer algo así? ¿Cómo podía ser tan egoísta?

Respiró hondo, tiró el teléfono en la encimera, de un trago se tomó el café y salió para la oficina.

Cuando Ricky llamó a su puerta aquella noche, Eloise respiró hondo. La noche anterior le había hablado de su vida personal, de su hijo, y la había besado. Le gustaba, y hubiera pasado lo que hubiera pasado con Bruce, no iba a permitir que el miedo o la ansiedad lo echaran a perder. Necesitaba tiempo para confiar en ella, y se lo iba a dar. Al fin y al cabo, aún les quedaban muchas fiestas a las que acudir, e iba a bailar con un hombre que la había besado como si se estuviera enamorando. Le aguardaban las semanas más felices de su vida. El corazón se le estremeció con la anticipación. Respiró hondo, relajó un

poco la sonrisa para no asustarlo, y abrió.

–Hola.

–Hola.

–Estás muy guapo.

Él se miró el esmoquin y el abrigo.

–Estoy exactamente igual que siempre.

Ella se rio.

–Lo sé. Pero es que te queda muy bien.

Él dejó escapar un sonido que fue casi risa... pero solo casi.

El corazón le latió un poco más rápido.

–Gracias.

El vestido rosa palo que llevaba para la ocasión no había necesitado mucho arreglo. Era una prenda elegante, sin tirantes, y que se ceñía a sus curvas y acentuaba su piel blanca. No era un vestido a la última moda, ni tampoco llamativo, pero sí encajaba con sus gustos. Hasta aquel momento había intentado parecer la novia glamurosa y perfecta de un hombre rico, pero aquella noche quería ser ella misma, que él pudiera verla tal y como era.

A partir de aquel momento iba a ser la verdadera Eloise Vaughn, la mujer de la que quería que se enamorase.

–¿Qué tal te ha ido el día?

–Ha sido muy largo.

–¿Y eso?

–He estado liado con un proyecto especial.

–¿Ah, sí? ¿Algo de lo que puedas hablar?

–Preferiría no hacerlo, pero puedo decirte que me está costando mucho encontrar el ángulo preciso para atajar un problema que tengo que solventar lo antes posible.

–¿Estás seguro de que no puedo ayudarte con ello?

Tardó un instante en contestar.

–Sí.

Bajaron las escaleras y salieron. El frío era glacial.

–Necesitamos que nieve.

Él volvió a emitir aquel ruido que no alcanzaba la categoría de risa y que tampoco era una respuesta en sí mismo. Aun así, Eloise no se dejó amedrentar. Podía tener miedo de confiar, pero estaba enamorándose de ella. Lo presentía. Y si quería lograrlo, tendría que darle tiempo.

Cuando llegaban bajo el pórtico de entrada a la casa de la playa que Santana Lawsons tenía en Montauk, Ricky sintió comezón bajo el cuello de la camisa. Eloise estaba increíble con aquel vestido rosa, aún más que cuando se ponía esos otros más brillantes y llamativos. Había sentido varias veces, mientras estaban en la limusina, que aquella

mujer era perfecta para él, pero se había resistido a creerlo, no por él, sino para protegerla a ella. Y en aquel momento tuvo la impresión de que la noche se le iba a hacer muy larga.

La acompañó hasta la puerta, donde Santana aguardaba de pie para recibir a sus invitados. Llevaba un esmoquin negro, camisa y corbata negros también, y la melena recogida en una coleta en la nuca, un atuendo que le hacía interpretar a las mil maravillas el papel de inversor poco convencional.

–¡Por fin alguien ha conseguido que este hombre salga de su escondite!

Eloise se sonrió.

–No ha sido tan difícil.

Santana le besó la mano.

–Para una mujer tan hermosa, seguro que no.

Los celos le propinaron un directo al estómago, pero lo soportó estoicamente. No tenía nada que ofrecerle aparte de años de tristeza.

Estrechó la mano a Santana y dijo:

–Gracias por invitarnos.

Los ojos del anfitrión brillaban de curiosidad, y Ricky pudo ver que ansiaba hacer un millón de preguntas, pero se limitó a decir:

–Es un placer. El salón está en la primera planta, a la izquierda.

Puso una mano debajo de su antebrazo.

–¿Lista?

Sus miradas se encontraron, pero se dijo que daba igual lo que sintiera. Tenía que pensar en ella, en su futuro, en su felicidad.

–Sí, estoy preparada.

Pero no por todo ello se sintió mejor. La tristeza que había sentido no tenía que ver con el agudo dolor de haber perdido a Blake, sino algo más suave, más remordimiento que lamento.

El maître los acompañó hasta la mesa que tenían asignada y se sorprendió de ver que el diseñador de ropa de fama mundial Bob Barbie se acomodaba a su misma mesa. Lo conocía porque el año anterior había tenido un momento de crisis en su empresa y le había prestado dinero.

–No sé cómo es que me han sentado con los friquis de los negocios –comentó Bob mientras apartaba la silla para la mujer que lo acompañaba.

–Sea como sea, nos alegramos –respondió Ricky, y volviéndose a Eloise, añadió–: Os presento a Eloise Vaughn. Eloise, Bob Barbie.

Ella abrió mucho los ojos.

–¿Bob Barbie...?

–Sí –sonrió el aludido–. Ese Bob Barbie.

–Es un placer conocerte. Me encantó tu colección de otoño.

–A todo el mundo –replicó, estudiándola, y se volvió a hablar

con su acompañante.

Eloise se acercó a susurrarle al oído a Ricky:

–Creo que no le ha gustado mi vestido.

Ricky se aclaró la garganta.

–No seas tonta.

Ella se rio.

–Está bien: me rindo –intervino Bob, que parecía estar de pronto de mal humor–. ¿De quién es?

–¿Perdón?

–Ese vestido. He barajado los nombres de todo el mundo que conozco y no consigo situarlo. Dime de quién es.

Eloise volvió a reír.

–No puedes localizarlo porque me lo he hecho yo.

Bob frunció el ceño.

–¿Tú misma?

–Sí.

–Pero habrás comprado el patrón a alguien.

–No –respondió, encogiéndose un poco–. Me lo he hecho yo.

–Mientes.

Ricky salió de inmediato en su defensa.

–Espero que no estés llamando mentirosa a mi amiga, Bob.

Él movió la mano en el aire.

–Estoy diciendo que ese vestido es demasiado bueno para que se lo haya hecho en casa y de cualquier manera.

–Es que lo he reformado a partir de un vestido antiguo – explicó Eloise con una sonrisa.

–Entonces, nos estás dejando en ridículo a mí y a toda la profesión.

Ella se estaba riendo, pero Ricky parecía dispuesto a saltar otra vez, así que le puso la mano en el antebrazo.

–Me lo voy a tomar como un cumplido.

–Deberías. ¡Menudo talento el tuyo! –respiró hondo–. Espero no estar sentado al lado de la competencia del año que viene.

Eloise volvió a reírse, pero Ricky los miró a ambos y luego al vestido. Quizás no fuera tan buena como para hacerle la competencia a Bob, pero una idea le pasó por la cabeza. Una intuición. Un pensamiento.

A lo mejor debería presentársela a diseñadores en lugar de a empresarios. Le había visto rehacer ocho vestidos, y sabía coser. Era material perfecto para un diseñador. Sabía perfectamente qué cambios debía hacer en su currículum. Podía vender su talento sin problemas, encontrarle un trabajo que no solamente podría ejecutar a la perfección, sino que seguramente le gustaría bastante más que pasarse ocho horas escribiendo informes.

El corazón se le alegró un segundo, pero al instante se le llenó de pena. En cuanto le encontrase trabajo, dejaría de verla.

Pero lo necesitaba, lo mismo que necesitaba estar lejos de él. Sería muy triste perderse las últimas citas, pero alejarse de ella era hacer lo correcto.

Pasó la primera hora del baile intentando localizar diseñadores ante los que poder pasar, pero fracasó estrepitosamente. Él conocía presidentes y no diseñadores, excepto al que le había prestado el dinero.

Además, había dado por sentado que iba a querer trabajar en ese gremio. ¿Y si le decía que no? Había llegado fácilmente a la conclusión de que podía desearlo, pero hasta que no fuera ella quien se diera cuenta, no podía cambiar su currículum o prepararle entrevistas.

La preocupación en que le tenía sumido su misión le mantuvo demasiado ocupado para acordarse de la atracción, demasiado ocupado para lamentar no poder tener nada con ella. Pero al subir las escaleras de su piso al final de la noche, sintió una enorme tensión en el pecho.

Cuanto más se acercaban al lugar en el que la había besado, más recordaba la suavidad de sus labios, la sensación de que quererla era lo correcto, y todo ello le cortaba la respiración.

Se detuvo cuando solo habían subido dos tramos de escaleras.

–¿Sabes una cosa?

Ella se volvió con una sonrisa.

Consiguió a duras penas devolvérsela.

–No voy a subir esta noche los dos tramos de escaleras que quedan.

Un millón de emociones se asomaron a sus ojos azules de cálida mirada, pero solo dijo:

–De acuerdo.

Y, cuando se dio la vuelta para descender, supo que no la había engañado, que se había dado cuenta de que estaba evitando besarla. Ella lo deseaba. Él lo deseaba.

Podía hacerlo. Podía besarla hasta dejarla sin sentido en treinta segundos. Podía tomar las riendas, ejercer el control, amarla del modo en que ella se merecía ser amada... y acabar haciéndola daño.

Siguió bajando.

Eloise entró en su oscuro apartamento, y una vez más lamentó no tener con quien hablar. Él había vuelto a dar dos pasos atrás, como si nunca se hubieran besado, y no estaba segura de si había hecho

bien en no pedirle explicaciones de cómo podía ser tan afectuoso una noche y tan distante la siguiente.

Entró en su habitación intentando no olvidar que había dicho que le daría tiempo y que tenía un trabajo que hacer.

Tenía que demostrarle que era digna de confianza, pero ¿cómo lograrlo en medio de una marea de gente divirtiéndose? Y cuando las fiestas se terminaran, le perdería para siempre.

El domingo siguiente, cuando Ricky fue a recogerla por la noche para otra fiesta formal, el corazón le dio un salto en el pecho. No sabía qué nombre recibía el estilo del vestido que llevaba, y solo podía describirlo como algo que había visto en el cuerpo de una diosa griega en los libros de historia. Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza y algunos ricitos se escapaban sobre su nuca, igual que a la diosa.

Si le había costado trabajo mantener la distancia antes, aquella noche superaba todas las demás.

Estaba metido en un buen lío. Menos mal que aquel exquisito vestido colaboraba con su plan. En lugar de buscar diseñadores, había decidido inclinar la balanza en su favor. De hecho, había tenido la idea después de que Bob hubiera estado sentado en su misma mesa la semana anterior. Días después, había llamado a sus anfitriones, los Connor para pedirles un favor.

La ayudó a subir la escalinata del hotel. Sonrieron al portero y entraron en el ascensor. Habían dado solo tres pasos en el salón de baile cuando Jason Grogin lo agarró por un brazo.

–¡Hola, Ricky! ¡Cuánto me alegro de verte!

Estrechó su mano sin sentir el mismo entusiasmo que Jason parecía sentir al verlo a él. Jason era una de las personas a las que les había enviado el currículum de Eloise, pero no habían sabido una palabra de él, a pesar de que le debía un gran favor.

–Hola, Jason.

–Y ella debe ser Eloise Vaughn –continuó, mirándola.

–Sí –le respondió ella estrechando su mano, pero mirando a Ricky con una interrogación en los ojos.

–Hace unas semanas que me llegó tu currículum, pero he estado fuera de la ciudad estos días.

La carita de Eloise se iluminó.

–¿Ah, sí?

–Sí. No he leído el correo de Ricky hasta ayer –sonrió–. Como sabía que íbamos a vernos esta noche... tenemos un trabajo para ti.

Eloise casi dio un salto de alegría.

–¿De verdad?

Él le entregó una tarjeta profesional.

–He hablado con Recursos Humanos hoy, y te ha reservado una entrevista para después de las fiestas. Es más bien una formalidad, para tener toda la documentación pertinente en los archivos, porque en lo que a mí concierne, eres ya nuestra empleada. Asistente de la directora, que anda ya por los sesenta años y seguramente querrá jubilarse en unos cinco años.

Eloise lo miró boquiabierta.

–¡Ay, Dios mío, gracias!

Jason sonrió.

–De nada. Que disfrutéis de la fiesta –añadió, dándole una palmada a Ricky en la espalda.

–Gracias –contestó él, pero un músculo de la mandíbula le tembló–. Es propio de él presentarse así, semanas después, y ofrecerte un trabajo.

Eloise parpadeó varias veces.

–No me importa que haya contestado tarde –le disculpó, tomándole del brazo–. ¡Lo has conseguido! ¡Tengo trabajo!

Debería sentirse feliz. Su deuda estaba saldada. Pero en realidad, se sentía bastante molesto. Por fin había visto lo que tenía delante de los ojos desde el principio: que Eloise había escogido la carrera equivocada, pero la oferta de Jason iba a echarlo todo a perder.

Buscaron su mesa y separó la silla para que Eloise se sentara justo en el momento en que Artie Best hacía lo mismo con su acompañante, una pelirroja de labios abultados que sin duda era modelo.

Ricky sonrió. Los Connor habían llegado. La batalla aún no estaba perdida.

–Eloise –dijo al sentarse, haciendo un gesto con el brazo–. Te presento a Artie Best.

Ella abrió los ojos, que era la reacción que él esperaba.

–¿Artie Best, de la firma Artie Best Dresses?

Artie se rio.

–El mismo que viste y calza. Sigo intentando ser tan conocido como Jimmy Choo, pero mi nombre no suena así de bien.

–¡Pues a mí me suena de maravilla! –suspiró–. Tu colección de otoño me dejó boquiabierta.

Artie frunció el ceño.

–Entonces, ¿por qué llevas un vestido de otro?

Eloise se miró su vestido azul papagayo.

–No lleva un vestido de otro –intervino Ricky–. Eloise es diseñadora. El vestido que lleva es suyo.

–¿En serio? –Artie se levantó e invitó a Eloise a hacer lo mismo–. Déjame echar un vistazo.

Miró brevemente a Ricky y se levantó con cautela.

–Tengo que admitir que ya había reparado en ti.

Ella parpadeó varias veces.

–¿Ah, sí?

–Sí. Te he visto llevar dos vestidos casi idénticos –sonrió–. Los que llevaban la espalda al aire.

–Es que ese estilo es mi favorito –se rio.

–Teniendo la espalda que tienes, no me extraña.

–Pues Eloise está buscando trabajo –volvió a intervenir Ricky.

–¿Ah, sí?

–Ha estudiado Recursos Humanos y, aunque eso no tenga mucho que ver con el diseño, está claro que tiene talento.

Eloise lo miró con los ojos como platos.

–¡Pero carezco de experiencia en el mundo de la moda o el diseño!

–Bah, eso da igual –respondió Artie, haciendo un gesto con la mano–. ¿Este vestido te lo has cosido tú?

–Sí.

–Entonces, tienes experiencia –hizo que se volviera a dar la vuelta para examinar el vestido–. Me voy a pasar las vacaciones a Bahamas, pero me gustaría hablar contigo a la vuelta.

–Sería demasiado tarde –intervino de nuevo Ricky, ayudando a Eloise a sentarse–. Tiene una entrevista para trabajar en el departamento de Recursos Humanos de una empresa, y el alquiler hay que pagarlo.

Eloise abrió la boca y lo miró echando fuego por los ojos, pero Artie se rio.

–Chicas trabajadoras, ¿eh? –apretó los hombros de su acompañante pelirroja, que parecía totalmente aburrida con la conversación–. Recuerdo la época en que pagar el alquiler era todo un logro –suspiró, y sacando una tarjeta de presentación, escribió algo en el dorso–. Es el número de mi despacho. Salgo para Bahamas mañana por la tarde, pero si puedes estar allí a las ocho de la mañana, podría ponerte a prueba.

Eloise parpadeó varias veces.

–Yo... es que...

–Allí estará –sentenció Ricky–. Norman la llevará.

–Genial.

Eloise no sabía si reírse o morder. Se había pasado dos años muerta de hambre, buscando desesperadamente un trabajo, y ahora que lo tenía, Ricky no quería que lo aceptara.

En cuanto salieron a bailar, lejos de la mesa llena de diseñadores en la que los habían acomodado, atacó:

–¿Se puede saber qué estás haciendo?

Él parecía totalmente tranquilo.
–¿Qué estoy haciendo de qué?
–Consigo un trabajo, y tú me preparas otra entrevista.
–Una entrevista de trabajo para el que creo que estás mucho mejor cualificada.
–¿Diseño?
–Aprender desde abajo los entresijos de un negocio para el que tienes talento.
Ella lo miró muy seria.
–La vida no es cuestión de talento, sino de competencia.
–Y tú tienes esa competencia –respondió, mirándola–. ¿De qué tienes miedo?
Con la mirada clavada en él, el pulso se le aceleró. «De ti. Estoy tan enamorada que me duele el corazón, pero tú quieres ponerme a prueba y yo no sé qué hacer. Y el tiempo se nos está agotando. Eso es lo que temo».
–Ya he pasado otra vez por esto, ¿recuerdas? Seguí mi instinto, mi corazón, y me casé con un hombre al que quería y acabé en el abismo.
–Lo sé.
–¿Y quieres que vuelva a confiar en mi corazón?
–Sí, es lo que quiero.
–¿Te has parado a pensar que tu opinión no cuenta?
–Por supuesto que no cuenta, pero te conozco. Y me gusta pensar en ti como en una amiga.
Volvió a mirarlo a los ojos. Eso era lo que había dicho la noche del hospital. Amistad, no amor…
–Tienes más energía y entusiasmo que todo el personal que trabaja para mí puesto junto, pero no para un negocio cualquiera, sino para tu ropa. No pretendo con ello insultarte o trivializar, pero creo que te diviertes más con la moda.
–Seguramente me divertiría más en el mundo de la moda, pero ¿crees que podría comer?
–Con el tiempo, sí.
Eloise se echó a reír. Desde luego era sincero. Ella, a punto de caer en el pozo negro de la desesperación, y él no le doraba la píldora en cuanto a su situación. Claro que seguramente no era consciente de que se estaba ahogando. Ni de que se había enamorado de él.
–Si hay algo que me gusta de ti, es que dices lo que piensas.
–Es cierto. Lo más probable es que pasaras a lo mejor un año de chica de los recados y otros cuantos más de aprendiz, pero al menos tu sacrificio tendría un objetivo. Y algún día llegarías alto. Puede que incluso fueras capaz de lanzar tu propia marca.
–¿Mi propia marca? ¿No te parece un poco ambicioso?

–No si tienes un inversor detrás de ti. Alguien que conozca tu trabajo y que le guste.

Lo miró a los ojos y él le mantuvo firme la mirada.

Dios del cielo... ¿no acababa de admitir que le gustaba y que quería seguir estando en su vida? Y teniendo en cuenta que se acercaba el final de su acuerdo, ¿estaría buscando un modo de seguir viéndola?

–¿Harías eso?

–Tendríamos que ver tus progresos bajo la tutela de Artie, pero sí, lo haría.

Ella lo miró y una riada de lágrimas amenazó con anegarle los ojos. El pecho se le llenó de esperanza. Diseñar su propia ropa era un sueño hecho realidad, pero la esperanza fundamental para ella era poder permanecer en su vida. No perderlo. Y le estaba ofreciendo un sitio para poder tomarse su tiempo.

Un tiempo que ambos tenían.

–Puedes ir mañana a la entrevista o quedarte en casa, tú decides. Pero al menos tienes la posibilidad de elegir.

Se humedeció los labios.

–Sí. La tengo.

En el espacio de una hora, su vida entera, sus objetivos, habían cambiado, pero en lo único que podía concentrarse era en que iba a volver a verlo. Le estaba haciendo sitio en su vida, ofreciéndole una razón para seguir viéndose durante el tiempo que invirtiera en ella.

El pensamiento se le bloqueó. ¿Durante el tiempo que invirtiera en ella? ¿Habría transformado su relación en otro acuerdo económico?

Capítulo Diez

Volvieron a casa en absoluto silencio. Por un lado no quería perderle, y seguir conectados significaba que continuarían viéndose. Por otro, si su ofrecimiento era solo un acuerdo de negocios, podía haberle perdido ya.

–¿Lo tienes todo claro? –le preguntó él ante la puerta de su casa.

¿Claro? Si ni siquiera estaba segura de entenderlo.

–Estoy loca de alegría. Ni siquiera me habría atrevido a solicitar un puesto de aprendiz con alguien como Artie Best.

Gracias –añadió mirándolo a los ojos–. Gracias de verdad.

Él sonrió.

–Enviaré a Norman mañana por la mañana para que te lleve a la entrevista.

Se sentía muy confusa. Había estado a punto de besarla la noche del tequila. La había besado con una emoción insoportable la noche del paseo en coche de caballos. Había comprendido algo sobre ella y su carrera incluso antes de que ella misma se diera cuenta. Y, sin embargo, se mostraba tan distante que no tenía más remedio que pensar que el hecho de que le ofreciera su coche era solo una extensión más de su acuerdo.

–No tienes por qué hacerlo. Puedo ir en metro.

–El trabajo de Norman es precisamente saber cómo llegar a los sitios –le dijo, poniéndole una mano en el hombro para hacerla callar–. Esta noche se encargará de localizar las oficinas de Artie. Así tú podrás relajarte y emplear tu energía en prepararte para la entrevista.

La verdad es que tenía sentido.

–Gracias.

Aunque tenía la mano puesta en su hombro, no intentó acercarse y darle un beso. Bueno, ni siquiera parecía haberlo deseado nunca. Se limitó a apretar ligeramente y despedirse.

–Buenas noches.

Tragó saliva. El vacío que sentía en el pecho era insoportable. Aunque consiguiera trabajar para Artie Best, y años después Ricky se decidiera a invertir en sus diseños, podía pasar el asunto a sus asistentes. Aquella podía ser la última vez que se vieran.

–Buenas noches –contestó apenas en un susurro.

–Mañana por la tarde nos vemos.

–¿Mañana por la tarde?

Se volvió a mirarla.

–Para la fiesta de mi oficina.

Ella parpadeó.

–Así podrás contarme cómo te ha ido en la entrevista. En realidad, sería estupendo que Norman te trajera a mi oficina después de la entrevista y así ahorras tiempo.

La desilusión volvió. Solo quería saber cómo le había ido con Artie.

–Pero estaré vestida para una reunión, y no para una fiesta.

Él se encogió de hombros.

–Mis empleados van a ir a la oficina una tarde en la que no tienen que trabajar, así que va a ser algo informal: vaqueros y jersey. No te preocupes.

Comenzó a bajar las escaleras y ella entró en su piso. Les quedaba una fiesta más y una boda.

¿Qué iba a conseguir en dos eventos, estando claro como estaba que quería distanciarse?

Tal y como habían acordado, aquella mañana brillante de domingo recibió un mensaje de Norman diciéndole que estaba esperando delante de su edificio. Vestida con unos vaqueros ceñidos, botas negras de tacón y su adorado jersey de cachemir verde, se colocó su parka y bajó las escaleras.

Norman la aguardaba junto al coche.

–Buenos días.

–Buenos días –sonrió él.

Ambos subieron al coche y cuando empezaron a moverse, Norman bajó el cristal de separación.

–Le deseo buena suerte en su entrevista.

–¡Eso espero! Más que nada porque se puede vivir de sopa de sobre solo durante un tiempo.

Norman la miró con una sonrisa por el retrovisor.

–Me gusta usted. No se parece a las otras chicas que salían con el señor Langley.

–¿Le gustan más ricas?

–Le gustaban más quejicas.

–¿Le gustaban?

–Hace mucho tiempo que no sale con nadie, pero cuando lo hacía, las mujeres que elegía eran las típicas niñas ricas malcriadas, modelos, o actrices de segunda… en fin, mujeres acostumbradas a recibir atención –sonrió de nuevo–. Y usted es todo lo contrario.

–Gracias –le dijo a Norman con una sonrisa.

–No. Gracias a usted. Y buena suerte.

Aunque le sorprendió que quisiera darle las gracias a ella, no se quedó pensando en ello, sino que se centró en lo que iba a decirle a Artie Best. Por primera vez no iba a una entrevista pensando en ganar

el dinero con el que pagar el alquiler, sino en que quería aquel empleo. Quería aquella carrera, y tendría que esforzarse por conseguirla.

La oficina de Artie Best estaba en el último piso de una antigua fábrica. Algo estrafalaria y divertida, estaba llena de telas y patrones, máquinas de coser y mesas de dibujo. Percheros con vestidos ocupaban toda una pared.

–Este sitio es genial.

Él la hizo pasar a un despacho que tenía al fondo.

–Nos gusta.

Se sentó tras un escritorio grande y metálico y la invitó a acomodarse frente a él.

–Bueno... entonces, ¿no has ido a ninguna escuela de diseño?

–No, lo siento.

–Yo tampoco –contestó él, inclinando la cabeza.

Su esperanza volvió a florecer.

–¿Ah, no?

–No, pero trabajé mucho tiempo de aprendiz –se recostó en el respaldo–. Tu novio es un hombre rico y muy influyente.

Qué vergüenza... tuvo que contenerse para no confesarle que Ricky no era su novio, porque si la estaba contratando solo para complacerle, no iba a llegar muy lejos. Pero si admitía la verdad, le estaría traicionando. Aunque tampoco podía engañarle.

–¿Solo estoy aquí porque quieres congraciarte con Ricky?

–No. Estás aquí porque tienes talento. Lo que quiero decir es que no suelo hacerles favores a los ricos, así que si piensas que por salir con Ricky Langley vas a recibir un tratamiento especial, podemos dar por concluida esta entrevista. Si piensas que por salir con él no vas a tener que trabajar de aprendiz, ya sabes cómo se llega a la calle. Pero si quieres de verdad hacer carrera en esta industria, si no te importa trabajar duro y aceptar el puesto de aprendizaje, entonces tú y yo tenemos mucho que hablar.

Cuatro horas después, salía por la puerta del edificio de Artie. Norman estaba en la calle, esperándola, y le abrió la puerta de la limusina.

–¿Lo consiguió?

Ella sonrió de oreja a oreja.

–¡Sí!

–¡Enhorabuena!

Cerró la puerta, se colocó tras el volante y arrancaron.

Eloise se recostó en el suave cuero del asiento con el corazón desbocado y el ánimo más vivo de lo que lo había tenido en los últimos cinco años. Ya no tenía un objetivo, sino una visión. Podía

verse nítidamente trabajando para Artie, aprendiendo, acumulando información y experiencia hasta que algún día pudiera ser su propio jefe, desarrollar su propia ropa.

Una colección propia.

Bastaba con pensarlo para que se quedara sin respiración.

Norman paró junto a un alto edificio blanco de oficinas, en el que entró casi bailando. Tomó el ascensor y pulsó el botón del piso en el que se decía que estaban las oficinas de Ricky mientras intentaba componer la expresión de su cara para que sus empleados no creyeran que estaba ebria o simplemente loca.

Las puertas se abrieron y salió a la zona de recepción. Una mesa de mármol negro en forma de semicírculo dominaba el espacio, y tras ella, un sonriente guardia de seguridad.

–¿En qué puedo ayudarla, señorita?

–Soy Eloise Vaughn, amiga del señor Langley. He venido a la fiesta de Navidad.

El guardia revisó la lista que tenía en su tablet y frunció el ceño.

–Lo siento, pero no veo su nombre.

Una semana antes aquella situación le habría afectado sobremanera; sin embargo, aquel día nada podía detenerla. El sufrimiento de los cinco años anteriores había quedado guardado en un cajón. Ahora era una persona nueva, una mujer con un trabajo y una visión. Una mujer que no tenía miedo de ir sola por el mundo.

Una mujer que no iba a permitir que el amor de su vida se le esfumara ante las narices sin presentar batalla.

Su propia determinación la dejó atónita. ¿Cuándo había ocurrido semejante cambio? ¿Desde cuándo había recuperado su osadía?

No podía decirlo. Quizás la excitación de haber encontrado al fin su camino la había llenado de fuerza. Fuera como fuese, se sentía de maravilla.

Wayne había sido un amor en su vida, pero Ricky era su gran amor, y no iba a perderlo.

–Llame al jefe –le dijo al guardia con una sonrisa–. Dígale que Eloise está aquí y que mi nombre no figura en la lista.

El hombre dudaba.

–No tenga miedo. Me ha invitado él personalmente.

Con cierta inseguridad, el hombre descolgó un teléfono negro que había sobre la mesa y pulsó un botón.

–Señor Langley, siento molestarle, pero tengo aquí a una señora que dice que... Eloise se llama –hizo una mueca–. Sí, gracias –colgó y sonrió–. Puede pasar.

Eloise fue a abrir una puerta de cristal que daba acceso a la zona principal, pero se detuvo un instante.

–¿Y usted?

–¿Perdón?
–¿Es que usted no va a la fiesta?
–Sí, pero nos turnamos para atender la recepción.

Ricky vio a Eloise volverse hacia el joven guardia de seguridad con expresión preocupada y movió la cabeza. Era una persona tan dulce y considerada que la idea de perderla desencadenaba en él una tremenda tristeza. Era distinta a todas las mujeres con las que había salido y conocía, excepto Olivia. Pero tenía sentido que amigas como ellas compartieran rasgos de carácter, ¿no?, como la honradez, la integridad y la dulzura.

La vio avanzar contra las paredes grises de la sala adornadas con espumillón, cruzar bajo el adorno rojo que colgaba del centro del techo y dejar atrás los ventanales adornados con ramas verdes cubiertas de nieve en espuma.

Supo en qué momento exacto lo vio porque sonrió y saludó con la mano, y a él le dio un vuelco el corazón cuando la invitó con un gesto a acercarse.

Tuvo que evitar la fotocopiadora para llegar hasta donde él estaba, y la forma en que lo hizo sumada a la luz que traía en los ojos bastó para saber lo que había ocurrido: le habían dado el trabajo.

Pero como no quería aguarle el momento, esperó:

–¿Y bien?

–¡Estoy contratada!

–¡Lo sabía!

Y ella, poniéndose de puntillas, lo abrazó con fuerza.

Sintió un impetuoso deseo de besarla, de perderse en su boca, pero solo lograría embarullar más aún las cosas. O desear algo que no podía ser, así que cerró los ojos y por unos instantes disfrutó de sentir sus brazos rodeándolo.

–¿Qué vamos a hacer con los regalos, señor?

Abrió los ojos y vio a David mirándolo con curiosidad.

–¿Qué regalos?

David se movió incómodo.

–Bueno, dado que esto es una fiesta, he creído que estaría bien poner los sobres con la bonificación navideña en pequeñas cajas de regalo, y de ahí hemos pasado a comprarle a todo el mundo un reloj.

Ricky frunció el ceño, pero Eloise le tiró suavemente de la manga:

–Es todo un detalle.

Esa era una de las cosas que le gustaba de ella: que pensaba como un hombre. Era directa y lógica. Una persona a la que se le daba bien la gente. Ahora que ella lo aprobaba, a él empezó a parecerle bien también.

–De acuerdo.

David sonrió a Eloise y ella le devolvió la sonrisa, como si compartieran algún secreto.

–Creo que a todo el mundo le va a encantar.

–Entonces, ¿tengo que empezar a repartirlos?

David hizo una mueca.

–Bueno, hay un par de cositas más que podría hacer para que esta fiesta resulte más divertida.

Ricky suspiró.

–¿Qué?

David miró brevemente a Eloise antes de decir:

–¿Le importaría ponerse un traje de Santa Claus?

La cara le cambió, y el corazón se le encogió. La única ocasión en que se había vestido de Santa Claus, Blake estaba en la fiesta.

Eloise volvió a tirarle de la manga.

–Sería otro detalle.

Pero David, que había sabido leer perfectamente su cambio de expresión, dio marcha atrás.

–No se preocupe. Creo que a lo mejor he ido demasiado lejos.

Ricky volvió a mirarla a ella, y su sonrisa lo animó.

–De acuerdo –miró a Eloise y añadió–: pero ella tiene que vestirse de duende.

–¿De duende? –se rio.

David se entusiasmó con la idea.

–¡Genial! Síganme.

Entraron en el despacho y sacó dos grandes cajas de un armario, que les entregó con una brillante sonrisa.

–Puede cambiarse en el lavabo de señoras que está al final del pasillo –dijo, y le entregó la más grande de las dos a su jefe–. Usted puede hacerlo aquí mismo.

Eloise salió al corredor.

Diez minutos después, Ricky ya se había puesto su disfraz de barrigón cuando Eloise volvió del aseo de señoras con unas mallas verdes, un vestidito rojo corto y un gorro verde y largo que tenía un cascabel que sonaba a cada paso.

–Estoy hecha un cromo.

Lo que estaba era preciosa. Feliz. La viva encarnación del espíritu de la Navidad. Ricky se sintió lleno de alegría, y recordó la increíble felicidad que volaba por la casa de sus padres en aquellas fechas.

¿De dónde demonios había salido aquel recuerdo? ¿Por qué ver a Eloise le había hecho pensar en sus padres?

–Pues mírame a mí –dijo, ajustándose la barriga–. Me siento como un sofá.

Ella se rio, y su corazón volvió a alegrarse. Era evidente que le gustaba la Navidad, y de pronto pensó que hacerla reír bien podía ser la misión de su vida.

Respiró hondo. Menuda confusión. Jamás podría ser su misión hacer feliz a alguien. Estaba demasiado deprimido para eso.

Recogió el saco de regalos que David había dejado allí.

–No puedo creer que haya sido capaz de volver a meterme en este lío.

–¿Ya lo habías hecho antes?

–Una vez.

Movió la cabeza intentando deshacerse de aquellos dolorosos recuerdos. Imágenes de Blake en aquella época. Navidad en su ático. Colándose a hurtadillas en el salón para encender las luces del árbol y que todo estuviera perfecto cuando llevase a su hijo en brazos a buscar los regalos.

Y todo había sido perfecto.

La tristeza volvió a engullirlo.

–No importa. Lo importante es que has conseguido un trabajo.

–Una carrera –le corrigió–. Mientras le explicaba a Artie por qué debería contratarme, me di cuenta de que aunque lo más probable es que me esperen unos cuantos años más de pasar hambre, será un sacrificio con un objetivo, tal y como tú me dijiste. Por cierto, ¿cómo es que eres tan listo?

Apartó rápidamente la mirada y se colgó el saco del hombro.

–Parte de ser un buen líder consiste en saber dónde encajar a cada persona, y me sorprende haber tardado tanto en encontrar tu sitio. Anda, vámonos. Cuando se termina el ponche, la gente suele reunirse en un bar que hay en esta misma calle, así que mejor que les demos los regalos antes de que nos abandonen.

Abrió la puerta de cristal del despacho de David y salieron los dos.

–¡Jo, jo, jo!

Al oír el grito de Ricky, los más o menos setenta empleados diseminados por todo el espacio dejaron de hablar.

–¿Habéis sido todos buenos?

Eloise se echó a reír, y el cascabel de su gorro sonó.

–Os presento a mi duende Eloise –dijo, volviéndose a ella–.

Duende Eloise... suena bien.

Ella movió la cabeza para que sonara el cascabel.

–Pues sí, suena bien.

Todo el mundo se rio.

Aquella extraña sensación volvió a empaparle, y aquella vez la reconoció: era felicidad. No la merecía, pero no por ello parecía abandonarle. Además, lo estaba sintiendo de un modo distinto. Fuerte.

Muy fuerte. Como si la Tierra hubiera desplazado su eje y el pasado hubiera desaparecido. Movió la cabeza. ¿Desaparecido? No quería que desapareciera. No quería olvidar a su hijo.

Abrió el saco para comenzar a sacar los presentes envueltos en papel rojo brillante, verde, azul, plata y oro.

Eloise le entregó el primer paquete. Ricky leyó en alto un nombre, y cuando el empleado abrió la caja que contenía el reloj, encontró también un sobre; lo abrió, hizo un bailecito de alegría y, agarrando el abrigo, salió a todo correr.

Eloise lo había presenciado todo con un gesto de incomprensión y Ricky se acercó a susurrarle:

–La bonificación, ¿recuerdas?

–Ah, ya.

Se había acercado tanto a ella para que no le oyeran que sus caras estaban a escasos centímetros.

La tentación de besarla volvió a asaltarle, acompañada de aquella extraña sensación de que todo había cambiado. Pero no podía cambiar el pasado. Le gustaba tenerla cerca, pero ella estaría mejor sin él.

–Algunos de los empleados más jóvenes, de los que están aprendiendo, ganan lo justo para sobrevivir, y este año, gracias a ti, me he dado cuenta de que necesitaban una bonificación algo más generosa.

Ella sonrió.

–Eres un buen tipo.

Hacía tanto tiempo que nadie alababa sus virtudes que volvió a sentirse raro.

Si hubieran estado solos, le habría hablado de Blake. Deseaba contárselo con todo su ser, aunque no tuviera objeto alguno ya que, dentro de unas horas, no volverían a verse. Visto así, a lo mejor era una suerte no poder hacerlo.

Entregó todos los paquetes, y la reacción de la gente le hizo reír. Todos acudieron a darle la mano, incluso algunos le dijeron directamente lo que pensaban hacer con aquel dinero inesperado. Otros simplemente lo abrazaron.

El ponche se fue acabando y sus trabajadores comenzaron a irse. Unos cuantos incluso sugirieron que se bajara con ellos a tomar algo, pero él declinó la invitación.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, se paseó por la oficina recogiendo papel de regalo y copas de ponche vacías.

Ya sin el disfraz de duende, Eloise estaba sentada en una mesa, observándolo.

–¿Ahora te dedicas también a la limpieza?

–Mi madre me enseñó a recoger siempre los vasos vacíos – dijo,

y movió la cabeza con una sonrisa. El recuerdo de su infancia era tan intenso y tan bueno que no podía contenerlo, y el deseo de estar en casa le llenó el pecho–. Costumbres de las que no se puede uno desprender.

–No sé… a mí me parece que tu madre te educó bien. Debe ser una buena persona.

–Lo es.

La sensación que llevaba todo el día acompañándole, y que había identificado como su reentrada en la tierra de los vivos, volvió a hacerse presente, y vio a sus padres junto al árbol de Navidad en el espacioso salón de su casa de madera. Vio también a sus hermanas con sus hijos y esposos. Y vio el hueco vacío junto a la repisa de la chimenea que él debería ocupar.

–¡Eh! –lo llamó ella, riendo–. ¡Tierra llamando a Ricky!

Levantó de golpe la vista. Seguía sentada en la mesa, con aquellos vaqueros y sus botas negras, una pierna debajo de ella, en la mano una copa de ponche. El brillo del éxito en la mirada.

Sabía que tenía que darle las gracias por sentirse como se sentía, y aunque la veía también feliz a ella, sabía que no tenía a nadie. Le había conseguido un trabajo, eso sí, pero iba a estar sola en Navidad, y eso no estaba bien.

Se pasó la mano por detrás del cuello. –Dame diez minutos para cambiarme.

–De acuerdo.

Mientras se quitaba el disfraz de Santa Claus, marcó el número de David, y el ruido del pub le llegó al oído en cuanto atendió la llamada.

–Sé que estás de fiesta, pero tengo un encargo que hacerte.

Y tras prometerle otra cantidad de dinero, le explicó el plan.

David se echó a reír.

–No te lo tomes a la ligera –le advirtió–, porque te doy una hora para tenerlo todo organizado.

Norman los llevó de vuelta a casa de Eloise, e incluso a ella, que pretendía ganar cuanto tiempo le fuera posible con Ricky, le pareció que se tomaba su tiempo.

Cuando por fin llegaron a su puerta, Ricky le preguntó, apoyando una mano en su hombro:

–¿Te importa si entro?

Ella lo miró sin saber muy bien por qué quería entrar. ¿Querría besarla? ¿Darle una explicación, quizás? ¿Despedirse?

¿Recordarle que dentro de unos años, cuando tuviese un poco de experiencia, estaba decidido a financiarla?

–Claro que no. Me encantaría.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer, pero no iba a quedarse de brazos cruzados viéndole marchar.

Metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y se quedó clavada en el sitio.

Al pie de su árbol de Navidad, enano y de plástico, había varias cajas.

–Creo que Santa Claus ha estado aquí –sugirió él.

–Esto es cosa tuya.

–Exacto –contestó, y la empujó suavemente para que entrara–. Ábrelos.

Colocado en el alféizar de la ventana y rodeado de algodón que fingía ser nieve, el pobre árbol quedaba ahogado por una caja alta, otra enorme y tres más pequeñas.

–Abre primero las pequeñas.

Se acercó despacio a una pequeña caja cuadrada, la abrió, y descubrió un jersey de cachemir. Rosa. El color que a él más le había gustado en ella.

–¡Me encanta! –exclamó, mirándolo.

Él sonrió.

–Sabía que iba a gustarte. Abre la que está al lado.

Tomó la siguiente, que por el tamaño parecía venir de una joyería.

–¿Un reloj con brillantes?

Antes de que pudiera decir nada, la guio hasta la última caja pequeña.

–Sigue.

La abrió y se encontró con un libro titulado Cómo sacar el máximo partido a tu etapa de aprendiz.

Se echó a reír.

–Este libro lo voy a necesitar mucho más que un reloj de brillantes.

Ricky señaló las dos cajas más grandes, y ella abrió la primera muy despacio. Contenía una capa de satén.

–No es un abrigo de piel –le explicó–, porque no quería que te sintieras incómoda. Y mira –añadió, mostrándole el lado interior–. Lleva un forro especial para las noches frías.

–¡Es perfecta!

–Ahora, la última.

Quitó el papel y se encontró con una cafetera nueva.

–Trae un suministro de café para un año.

–Gracias –contestó ella con la voz ahogada. Solo una persona que la conociera de verdad, que se preocupara por ella, sabría lo mucho que había echado de menos su cafetera. ¿Qué otra cosa podía significar aquel gesto si no era que la quería? Los ojos se le llenaron

de lágrimas.

–¿No te gusta?

¿Por qué entonces no le decía que la quería?

–Todo es perfecto.

–A lo largo de las últimas semanas, tú me has hecho un montón de regalos, y el mayor ha sido la felicidad.

Ella siguió mirándolo con los ojos llenos de lágrimas. «Dilo, por favor. ¡Dilo, por Dios!».

–Me has hecho cambiar. Estaba hundido, y ni siquiera era capaz de ver la luz al final del túnel. Lo único que veía era oscuridad hasta que llegaste tú, y poco a poco he empezado a ver de nuevo las cosas de otro modo, hasta que hoy me he dado cuenta de que me siento normal.

Su confusión volvió.

–¿Te sientes normal?

–Sí. No perfecto, ni tampoco bien, pero sí normal.

–¿Y por eso me has comprado todos estos regalos?

–Son regalos importantes que sé que vas a necesitar.

La confusión y el dolor se mezclaron para crear una indescifrable tensión en su pecho. Esperaba que le dijera que la quería y en lugar él le había comprado unos cuantos regalos para mostrarle que la apreciaba.

Pero eran regalos importantes, que demostraban que la conocía y que se preocupaba por ella lo bastante como para comprarle cosas que de verdad necesitaba. Tenía que quererla. Nada más tenía sentido.

–Tienes que ayudarme –dijo, mostrándole la capa–. ¿Qué significa esto?

–Significa que ya no tienes que llevar la tuya.

–No –respondió, negando con la cabeza–. No te voy a dejar que escurras el bulto. El significado final de todos estos regalos es que me conoces. Que te gusto.

–Cierto.

–Entonces, ¿todo esto significa que salimos de verdad?

–Ay, Eloise, no creo que puedas querer eso.

–¿Ah, no? ¡Pues es lo que quiero!

–No puede ser.

–Dime por qué. Después de todas estas semanas saliendo juntos, de acercarnos cada vez más, ¿por qué quieres apartarme de tu lado?

Ni siquiera intentó negar que estuviera apartándola.

–Porque no soy bueno para ti.

–Esa es solo otra forma de darme esquinazo. ¡Otra frase que no explica nada de nada!

–Alégrate de que no te deje entrar en mi vida –se giró para señalar los regalos–. La Navidad es una época horrible para mí. –Oye,

que para mí tampoco es precisamente un paseo por el parque. Estoy sola. Perdí a mi marido y no tengo familia. No puedes decirme que no ver a tu hijo sea peor.

Él la miró muy quieto.

–¿Cómo puedes decir eso?

–Sé que es doloroso, que es inadmisible que tu ex lo haya apartado de tu lado y…

–Mi ex no se lo ha llevado.

–¿Ah, no?

Le vio cerrar los ojos con fuerza.

–No, Eloise. Mi hijo murió.

Se quedó paralizada. No podía comprender.

–Tu hijo… ¿ha muerto?

Él no dijo nada.

Una ira ciega y abrasadora la sacudió por dentro.

–Tu hijo murió… ¿y no me lo habías dicho?

–No quiero que me compadezcas.

–¿Compadecerte?

–Ya te lo he dicho: quería que te comportaras con normalidad en todas esas fiestas. Quería que pareciera que habíamos superado la tragedia, y funcionó. Incluso he sido capaz de hacer de Santa Claus hoy.

La sorpresa y el dolor casi le reventaron el pecho, y se dejó caer sobre el sofá. Pero por encima de todo, lo que sentía era tristeza. No había confiado en ella lo suficiente para revelarle el acontecimiento más importante de su vida.

No la quería.

Ella lo quería, pero estaba claro que no era correspondida.

Ricky se frotó la boca con la mano.

–Mira, lo siento, pero necesitaba hacerlo. De verdad. Necesitaba disponer de unas cuantas semanas en las que pudiera fingir que todo iba bien.

Ella no dijo nada. El dolor de saber que no la quería, que seguramente no sentía absolutamente nada por ella, era demasiado intenso.

–Blake tenía dieciocho meses. Su madre y él habían estado en una barbacoa. Tuvieron un accidente con el coche. Era un descapotable, y fueron a estrellarse contra una columna. Blake salió despedido. Vivió solo cuarenta y ocho horas.

Pasó de estar enfadada a horrorizada tan deprisa que perdió el aliento.

–¿Y quieres saber lo peor de todo? Que si Blake hubiera llevado el cinturón de seguridad de su sillita bien abrochado, no habría pasado nada –respiró hondo y la miró–. Su madre había bebido. No es

que estuviera borracha, pero su tasa de alcohol en sangre estaba por encima de lo permitido. Y no le había puesto bien el cinturón. Ella no quería tener hijos. Lo único que quería era contar con la manutención de un niño durante dieciocho años. No es que no quisiera a Blake, pero no quería ser madre. Y yo ya me había dado cuenta –cerró los ojos otra vez–. Había visto cientos de detalles. Yo quería tener a Blake, y podría haber contratado a jornada completa a la niñera que tenía para los fines de semana. Vivía en el ático, tenía el dinero necesario. Es más: estaba decidido a pedirle la custodia, pero iba pasando un día, y otro, y otro, y no lo hice –miró el árbol–. Ahora Blake está muerto y su madre se enfrenta a una condena por homicidio imprudente.

Eloise lo miró a los ojos y empezó a comprender. Su historia no era solo de pérdida, sino de fracaso y de culpa. De dolor. De vergüenza y tormento. Creía que la muerte de su hijo era culpa suya.

No sabía muy bien qué decir, pero se levantó del sofá.

–No puedes cambiar el pasado, pero tampoco puedes dejar de vivir por ello.

Ricky volvió a mirarla.

–¿Ah, no? –se rio–. ¿De verdad? Porque hay días en que pienso que dejar de vivir sería más sencillo. Mi hijo ha muerto, y es culpa mía. Y tengo que enfrentarme a ello todos los días.

–Por supuesto que sí, pero acabas de decirme que yo he conseguido darte diez momentos felices, lo que significa que estás en el camino correcto.

–No estoy en camino alguno. Voy viviendo día a día, enterrándome en trabajo. Es todo cuanto tengo, y todo cuanto merezco.

Algo en su interior le dijo que si no era capaz de llegar a él en aquel momento, ya nunca tendría otra oportunidad.

–Sé que es difícil verlo en este momento, pero te mereces más. Mucho más.

Su tono se suavizó, y pudo ver materializarse la derrota sobre sus hombros.

–No, no es verdad.

Eloise respiró hondo. Era el momento de matar o morir.

–Me da igual lo que pienses que mereces, porque yo ya te quiero.

–Entonces, es que eres tonta –respondió, acercándose a ella y pasándole las manos por los brazos como si quisiera consolarla–. Eres una mujer maravillosa y muy hermosa, que se merece a un hombre que la mime y la quiera, pero conmigo solo tendrías tristeza.

Antes de que pudiera impedírselo, recogió la chaqueta que había dejado en el sofá y salió. Eloise salió tras él, pero iba tan deprisa que, cuando llegó al vestíbulo, Norman ya se alejaba de la acera.

No iba a volver. No volvería a verlo.

El pecho le dolió, y los ojos se le inundaron de lágrimas.

Como siempre le pasaba con él, no era su propio dolor lo que le hacía daño, sino el de él, y aquella vez con la fuerza de un carbón incandescente. Su hijo había muerto. Se sentía responsable de la carga de una mujer que no debería inspirarle ningún sentimiento. Llevaba demasiado peso sobre los hombros.

No era de extrañar que no quisiera tener en su vida a otra persona desgarrada.

Capítulo Once

Aquella noche Ricky no era capaz de tranquilizarse. Tenía una botella de whisky, un vaso y hielo, pero no tenía ganas de beber. No tenía ganas de caminar, pero tampoco era capaz de quedarse sentado y deprimirse. Tenía demasiada energía.

Movió la cabeza y se sirvió dos dedos de whisky, pero a pesar de que se llevó el vaso a los labios, no bebió.

Sentía que todo estaba mal.

Se acercó a la ventana del salón y contempló las casas decoradas del edificio de atrás, lo que le hizo recordar la enorme casa de troncos de madera que tenían sus padres y su aspecto con la decoración de Navidad. Cerró los ojos y recordó la sensación que había tenido aquella velada de Navidad en su oficina. Eloise había sido una ayudante perfecta, y la felicidad de sus trabajadores parecía haber alimentado algo en su interior, algo que le había hecho recordar otras Navidades, antes de Blake. Navidades en que todo estaba bien. En paz.

Descolgó el teléfono y marcó el número de su casa.

Tras una breve conversación, llamó a su piloto y organizó el vuelo. Veinte minutos más tarde, sacaba del armario el abrigo, pero recordando la temperatura que solía hacer en los lagos en diciembre, cambió de opinión y sacó su vieja parka azul marino. Debería haberle recordado su último viaje a casa de sus padres, a Blake bajando en trineo con él por una pendiente nevada, pero en realidad, pensó en Eloise, que había llevado una parka como aquella a la reunión de su fraternidad, tan usada como la suya, y sin duda también tan calentita.

Y si había algo que sabía a ciencia cierta de ella, era su forma de ser pragmática, por encima de muchas otras cosas.

Una vez estuvo en el avión, se colocó los auriculares, recostó el asiento y estuvo oyendo el sonido del mar durante unos diez minutos antes de que el runrún del avión le hiciera quedarse dormido, y no despertó ni una sola vez durante la hora que duró el vuelo.

Deseó unas felices fiestas a la tripulación, y ellos le dieron las gracias por la generosa gratificación que les había entregado por volar estando prácticamente en Navidad, y al bajar la escalerilla vio la vieja furgoneta de su padre esperando en el hangar.

Su padre lo envolvió en un abrazo.

–Tu madre está tan feliz porque hayas venido que más te vale que no le digas que es una visita de dos horas.

–No. Me he tomado dos semanas. El personal va a estar una de vacaciones, pero yo he decidido que necesito un descanso.

Su padre dio un paso atrás y estudió su cara.

–No pareces cansado. Esperaba que trajeras mala cara.

–Es que he dormido en el avión.

–Ya, ya –murmuró subiendo a la furgoneta–. Ya me imagino que duermes, pero no me refería a ese tipo de cansancio. Has estado lejos tanto tiempo que esperaba encontrarte verdaderamente agotado.

Ricky abrió la puerta de la furgoneta, lanzó la bolsa atrás y se subió en el asiento delantero.

–He estado recuperándome, haciendo acopio de fuerzas.

–Eso decía tu madre –puso en marcha el motor–. El tiempo cura todas las heridas.

–Esta herida no cicatrizará nunca.

Su padre quedó en silencio un momento antes de decir:

–A lo mejor eres tú el que no quiere que se cure. Perdiste a tu hijo, a tu primogénito. A nuestro precioso nieto. Ninguno de nosotros lo olvidará nunca –apartó un momento la mirada de la carretera para volverse hacia su hijo–. Pero la vida debe continuar.

–Lo sé, pero he tardado un tiempo en comprenderlo.

Hicieron el camino hablando del precio de la uva y de la competencia de un nuevo viñedo. A Ricky se le humedecieron los ojos cuando volvió a ver la casa de madera de sus padres, las luces de Navidad titilando en los arbustos que flanqueaban el camino de entrada y el tejado del porche delantero.

Su madre lo esperaba en el porche. Lo recibió en las escaleras, abrazándolo con tanta fuerza que le cortó la respiración.

–Déjame verte –dijo un momento después.

–No parece cansado –advirtió su padre.

–Pues no –corroboró ella, y colgándose de su brazo, entraron juntos en la casa.

Recuerdos de Eloise prendida de su brazo como su madre antes de entrar en un salón de baile le asaltaron. La vio respirar hondo, ponerse una sonrisa en la cara y entrar en la estancia como si le perteneciera.

–Bueno, ¿qué quieres tomar? ¿Café? ¿Té?

Las palabras de su madre lo arrancaron de sus pensamientos.

–Tu padre ya te ha subido la bolsa –continuó–. He hecho galletas, y tus hermanas llegarán en cualquier momento con los niños.

Ricky se quitó la parka.

–Creía que no venían hasta la mañana de Navidad.

–¡Qué dices! ¡No podían esperar! Se mueren de ganas de verte –se acercó y lo besó en la mejilla–. Eres el mejor regalo que vamos a recibir esta Navidad.

Volvió a pensar en Eloise. Si se atrevía a volver a casa de sus padres, se arriesgaba a ser rechazada, mientras que a él le decían que

era el mejor regalo que su familia podía recibir.

–Dices que estás mejor, pero veo que a cada momento me abandonas –le caló su madre.

Ricky sonrió.

–Estaba pensando en una cosa.

–Eso es lo que me preocupa.

–No es lo que tú te crees.

Miró a su alrededor. La casa tenía unos años, pero había sido rehabilitada respetando el sabor de una cabaña de troncos. Habían colocado un enorme abeto delante del ventanal del salón, y las guirnaldas adornaban la repisa de la chimenea. Al pie había un cuenco grande lleno de nueces y golosinas de chocolate, adornado también con palitos de caramelo. A Eloise le encantaría.

–Tengo una amiga –carraspeó–. En realidad, es una amiga de Olivia que necesitaba ayuda para encontrar trabajo. Hemos pasado un tiempo juntos para que yo... para que la ayudara a organizar su currículum y esas cosas, y me ha hablado de su familia.

Su madre ladeó la cabeza y esperó a que siguiera.

–¿Y te ha ayudado a encontrarte mejor? –preguntó al fin. –Sí. Ayudándola a ella me he sentido mejor yo.

–¿Y te ha hablado de la Navidad en su familia, y de lo mucho que tú necesitas a la tuya? ¿Por eso has decidido venir?

–Más bien al contrario –confesó–. Su familia es un horror. Supongo que eso ha sido lo que me ha ayudado a darme cuenta de la suerte que tengo.

–¿Y le has dado trabajo?

–No –se rio–. Me dijo que no quería trabajar para mí porque no quería que la gente pensase que tenía el trabajo por salir con el jefe.

Su madre se sentó.

–¿Habéis salido juntos?

–Pero ¿salir, salir? –preguntó su padre desde la escalera.

–Hemos salido once veces, pero no como vosotros pensáis. Necesitaba que alguien me acompañara a las fiestas a las que me habían invitado para que se convencieran de que ya estoy bien, y así dejaran de preocuparse por mí, así que hicimos un trato: ella iba a mis fiestas, y yo la ayudaba a encontrar trabajo.

Su padre se acercó riendo.

–¿Has salido con la misma mujer once veces?

¿Qué tenía de raro?

–Sí –respondió, mirándolos a ambos–. Es muy guapa, muy agradable, y nos llevamos muy bien.

–Vaya... –murmuró su madre.

–Ella también ha tenido su buena dosis de tragedia en la vida. Se casó joven, y su marido murió de cáncer –hizo una mueca–. Cuidó de

él durante sus últimos meses de vida.

Su padre movió la cabeza.

–Parece una mujer muy especial.

–Y lo es. Perder a su marido le hizo sufrir mucho, pero el remate lo puso su familia, que la abandonó porque se había casado con un hombre que no estaba a su altura.

Su padre lo miró incrédulo.

–¿Qué clase de familia hace eso?

–Pues ya os lo he dicho: una horrorosa.

Su madre se incorporó en la silla.

–¿Y qué va a hacer en Navidad?

–Pues… no estoy seguro.

Su padre frunció el ceño.

–A ver si me aclaro: sales con una mujer once veces, y como tiene un pasado tan difícil como el tuyo, habéis hablado de ello y te ha ayudado a asimilar lo de Blake. Sin embargo, ella te dice que no tiene familia y que lo más probable es que no tenga dónde ir en Navidad y tú… –miró a su hijo a los ojos–. ¿Y tú la dejas sola?

–Es… complicado.

Su madre se levantó.

–No, no lo es –se acercó a su silla y se detuvo delante de él–. ¿Acaso crees que cualquiera habría sido capaz de hacerte resucitar?

Él frunció el ceño.

–Hijo, tú quieres a esa mujer –sentenció su padre.

–No. Bueno, estábamos bien juntos. Hablábamos. Me ha ayudado mucho a hablar de mis cosas.

–¿Qué te dijo cuando le contaste lo de Blake?

Ricky tragó saliva.

–Que me quería.

Su madre le dio una palmada en el brazo.

–¿Cómo puedes ser tan tonto? Ella te dice que te quiere, tú has hablado con ella sobre algo que ni siquiera con nosotros habías tratado, ¿y no ves que estás enamorado de ella?

Los labios se le habían quedado secos de pronto, y ante sus ojos se materializó la cara de Eloise, el dolor que había palpitado en su mirada cuando lo vio alejarse. Pero también pudo ver la felicidad que brilló en ellos la noche de la tequila, cómo se había parado ante su puerta, pidiéndole a gritos que la besara… y las sensaciones que le habían sacudido al contenerse para no hacerlo. El deseo de sentirse en sus brazos. De pertenecerla.

«Ay, Dios…».

–Yo…

La puerta se abrió y sus dos hermanas, sus esposos y los cuatro niños entraron en tromba, y en cuanto se deshicieron de los abrigos, lo

sepultaron en abrazos mientras él, no podía más que mirar sin pestañear la verdad que parpadeaba una y otra vez en su cerebro como una luz de Navidad.

La quería.

Ahora todo tenía sentido. Por eso había querido hablarle de Blake. Por qué hablarle de su hijo no le había partido el corazón.

Ella le había abierto la puerta para que pudiera seguir adelante.

Y la pregunta era: ¿iba a ser capaz?

Eloise se despertó con el timbre del teléfono, dio un respingo en la cama, se dio cuenta de que era Navidad y que el silencio mortal engullía su piso.

Estaba sola.

Ricky no la quería.

El dolor que sintió en el corazón le pareció un peso insoportable y palpitante.

El teléfono volvió a sonar.

¿Habría cambiado de opinión? Le había ofrecido su corazón, y había visto tristeza en sus ojos al marcharse...

Miró la pantalla. La foto de Olivia y Tucker le sonrió.

Qué desilusión. Pero eso no era justo. Sus amigos la querían de verdad, y si las cosas no se arreglaban, al menos siempre los tendría a ellos. Y Laura Beth llamaría también.

Podía no tener a la persona que amaba, pero desde luego, no estaba sola.

Se aclaró la garganta y se tragó las lágrimas antes de contestar.

–¡Feliz Navidad!

–¡Feliz Navidad!

El coro que la felicitó era la familia de Olivia en pleno, y el pecho le tembló con las ganas de llorar.

–¿Has recibido las galletas que te envié?

Era la madre de su amiga la que hablaba.

–Están deliciosas –contestó, intentando controlar el temblor de la voz, pero sus esfuerzos fueron en vano–. Me voy a tomar un par de ellas con el café del desayuno.

–¡Pero cariño! ¿Estás llorando?

–No, es que acabo de despertarme.

Oyó un clic y la voz de Olivia sonó clara. Había quitado el altavoz.

–¿Seguro que estás bien?

–Sí –contestó, y respiró hondo–. Me encanta el jersey que me has regalado, pero hubiera preferido que no lo hicieras. Laura Beth y yo no podemos permitirnos comprar regalos, y no...

–Los regalos son regalos, y no obligaciones.

Apretó los ojos, tan feliz por su amiga que le era imposible no apreciar sus gestos.

–Lo sé.

–Tucker ha enviado su avión de vuelta a Nueva York. Dice que te vayas al aeropuerto para que puedas cenar hoy con nosotros.

–Gracias, pero mañana tengo que trabajar, ¿recuerdas? Además, estoy bien, de verdad. Me voy a poner una de esas pelis de Navidad y me tumbaré en el sofá a comerme las galletas de tu madre.

–¡Ay, Eloise, vente a Kentucky! No puedo soportar oírte tan triste.

Estuvo a punto de decirle que no era el hecho de estar sola en Navidad lo que la tenía así. Estuvo a punto de decirle que por fin su corazón había encontrado un lugar en el que descansar, pero que Ricky no la quería. Y que no había cantidad de pavo, ni de galletas de Navidad, ni siquiera de buenas amigas, que pudieran lograr que se sintiera mejor aquel día.

–Estoy bien –fue lo que le dijo–. Tengo un trabajo nuevo, y como te dije ayer, algún día seré una gran diseñadora.

–Sí que lo serás –respondió con la voz más alegre.

–Voy a ser alguien.

–¡Por supuesto que sí! El año que viene, serás tú quien me haga todos los vestidos de fiesta.

–Y en unos años, tú me ayudarás a comprar las obras de arte que adornen mi casa.

Olivia se echó a reír, y Eloise sonrió. Eso era lo que quería: oír reír a su amiga, saber que no le había estropeado el día de Navidad.

–Anda, vete a celebrarlo, que yo estoy bien.

–De acuerdo. Feliz Navidad.

–Feliz Navidad.

Colgó y se dejó caer en la almohada. ¿Y si intentaba pasar el día durmiendo?

Apenas acababa de formular el pensamiento cuando alguien llamó a la puerta. Seguramente se habrían equivocado, así que decidió no abrir.

Pero volvieron a llamar.

Apartó la ropa de la cama, se puso la bata y se colocó la sonrisa en la cara para no estropearle a quien fuera el día de Navidad. Respiró hondo y miró por la mirilla.

De pie ante su puerta, con un árbol de Navidad en la mano, estaba Norman.

¿Norman?

Abrió la puerta.

–¿No tienes familia, Norman?

El hombre se echó a reír.

–Sí, pero me he ganado casi el sueldo de un año por venir a traerle este árbol.

–Qué locura –respondió, dejándole pasar.

Ricky entró detrás de él, y tras besarla brevemente en la mejilla, respondió:

–Lo sé.

El corazón le dio un vuelco.

–¿Qué haces tú aquí?

Dejó dos bolsas de adornos en el sofá mientras el aroma a abeto llenaba el aire. Sacó el móvil, marcó unos números y la música de un villancico se esparció por el pequeño apartamento.

–Hacer que tu Navidad sea como debe ser.

Norman se llevó la mano a la gorra.

–Si no manda nada más, me marcho.

–Gracias, Norman.

–Feliz Navidad –contestó el chófer, y salió.

Y quedaron solos. Cuánta confusión, aunque también mezclada con algo de orgullo... no había mujer que quisiera ser la obra de caridad del hombre al que amaba. Preferiría estar sola que saberse compadecida.

–No tenías que hacer esto –dijo, sacando un espumillón.

–Lo sé.

–Y no quiero tu caridad.

–Eso también lo sé. Y no te pongas de uñas. Ayúdame a decorar el árbol para que pueda explicarme.

Y le ofreció una bola azul brillante. Con un suspiro, Eloise la aceptó.

–Vamos a ver... he vuelto a casa de mis padres por primera vez desde hacía año y medio.

Aunque quería estar enfadada, el corazón se le encogió por él.

–Mis padres se han puesto como locos de alegría. Mis hermanas llegaron con sus hijos, y mi hermano menor me dio un abrazo de dos minutos.

–Oh... qué encanto.

–Lo es.

No dijo nada más mientras colocaba una guirnalda de luces desde lo alto del árbol e iba describiendo círculos hasta llegar a la base. A continuación, las enchufó. El árbol resplandecía.

–Qué bonito –suspiró ella.

–Y acabamos de empezar.

El corazón le cantaba de felicidad aun sabiendo que ese canto se transformaría en lamento cuando se marchara, pero tomó su mano.

–No puedo hacer esto. No puedo fingir que todo va bien. Te dije

que te quería y tú me respondiste que no podías amar, y lo he aceptado, pero si te quedas, volverás a partirme el corazón.

–¿Aunque te diga que yo también te quiero?

Eloise se quedó helada.

–Por eso estoy aquí –sacó otro espumillón de la caja y lo colocó–. Creía que estaba listo para volver a casa. Sabía que estar contigo había empezado a curar mi herida, y me pareció que el paso más lógico que debía dar a continuación era estar con mi familia –la miró a los ojos–. Y ha resultado ser cierto que me has ayudado a sanar, hasta tal punto que no era a mi familia lo que necesitaba, sino a ti.

–Oh.

–Ven aquí –dijo él, abriendo los brazos, y Eloise se dejó rodear por ellos–. Siento mucho haberte hecho daño, pero he tenido que ir a mi casa para darme cuenta de que era a ti lo que necesitaba.

–Déjate de rodeos, dime otra vez que me quieres y bésame. –Te quiero. Te quiero de verdad. Lo he visto con absoluta claridad.

Ella sonrió y se besaron. Sus labios se encontraron con precisión absoluta, y cada célula de su ser se solazó en ello.

Se separaron despacio y sin dejar de mirarse. Él sonrió. Ella sonrió.

–Pensé que nunca sería capaz de superar la muerte de mi hijo –dijo en voz muy baja–. Entonces llegaste tú y me enseñaste que se puede no superarlo, pero que se tiene que seguir adelante.

–Es lo que yo he hecho con Wayne.

–¿Te he dicho últimamente que eres preciosa?

–¡Creo que no me lo has dicho nunca! Tus amigos sí, pero tú siempre te has centrado en mi ropa; así te era mucho más fácil hacerme un cumplido.

Ricky sonrió.

–Ya no necesito andarme con pies de plomo contigo. Quiero lanzarme totalmente. Para lo bueno y para lo malo.

–Así es como debe ser.

–¿Estás de acuerdo?

Ella asintió.

–Entonces, ya que básicamente acabas de aceptar mi propuesta de matrimonio... –dio un paso atrás y rebuscó en una de las cajas–, vas a necesitar esto.

Se refería a una pequeña caja de terciopelo negro.

–¿Es lo que pienso?

–Lo es.

Ricky clavó una rodilla en el suelo, la abrió y le mostró un solitario con un único y hermoso diamante.

–¿Quieres casarte conmigo?

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Aquel hombre era la respuesta a sus cientos de oraciones musitadas en noches solitarias.

–¡Sí!

Se levantó y volvió a besarla, y aquella vez Eloise se derritió en sus brazos. Era el hombre más dulce y maravilloso del mundo, y ahora era suyo, y se sumergió en aquel beso en el que su lengua bailaba y acariciaba, en el día más feliz de su vida.

Cuando por fin se separaron, Ricky aún miró dentro de la caja.

–Hay otra cosa.

A través de unas lágrimas que eran de felicidad, Eloise vio una segunda caja de joyería.

–¿Qué es?

–Ábrela.

Levantó la tapa y un collar de diamantes le guiñó con sus brillos.

–¡Es un collar de brillantes!

–Para tu madre.

–¿Para mi madre? –preguntó con el ceño fruncido.

–Me dijiste que el único modo de que te aceptaran de nuevo en la familia sería llevándole a tu madre un collar de brillantes.

–¡Pero era broma!

–Pues yo lo he estado pensando y creo que tienes razón: necesitamos hacer un gesto grandilocuente para que te acepten de nuevo en tu familia.

–Si haces memoria, también te dije que no quería volver.

–Todo el mundo necesita tener familia. Lo que tienes que hacer es volver con reglas nuevas: aceptarás lo que estén dispuestos a darte porque tendrás mi amor. Ya no volverás a estar sola. De hecho, pienso darte tanto amor que tendrás de sobra para regalarles a tus padres. Y es posible que, al final, recuperen la cordura. Aunque también puede que no, pero ya no importará.

Eloise volvió a abrazarlo.

–¡Qué bonito!

–No. No es solo bonito. Es amor. Y ninguna familia debe quedar fuera.

–Nadie debe quedar fuera –sonrió.

–Exacto.

Aquella vez fue ella quien lo besó a él. Sin prisa. Intensamente. Y por fin él puso hacer lo que tanto había deseado durante aquel cortejo: recorrió su espalda con las manos, llegó hasta las nalgas y volvió a subir.

Era suya.

Como él lo era de ella.

Ninguno de los dos volvería a estar solo en Navidad.

Todos los rincones oscuros de su corazón se iluminaron de

repente. Siempre echaría de menos a su hijo. Nunca dejaría de lamentar sus errores. Pero en el fondo del corazón tenía la certeza de que, incluso alguien tan joven como Blake, sabría que todo el mundo se merece una segunda oportunidad.

Cuando por fin se separaron, Ricky miró por la ventana y sonrió.

–Está nevando.

Epílogo

Se casaron unos meses después, en un soleado día de primavera en la ciudad de Nueva York. Un aire fresco y limpio llenó los pulmones de Eloise cuando Ricky y ella salían de la catedral de St. Patrick y se dejaban envolver por un mar de pompas que habían soltado sus invitados.

De pie a la derecha, su madre se secaba los ojos y su padre la miraba orgulloso, más orgulloso que cualquier otro padre que ella hubiera visto. Su hermano mayor le sonreía, feliz de ser empresario gracias a la ayuda de Ricky.

Nadie se había quedado fuera.

Aún no estaba convencida del todo de que sus padres se alegraran de su vuelta tanto como de que se hubiera casado con un hombre con tanto dinero, pero, como decía Ricky, eso daba igual. La familia era la familia.

Ricky avanzaba dos pasos por delante de ella, dándole la mano, y bajaron por la escalinata hasta la acera, luciendo el hermoso vestido de satén que había diseñado su jefe, Artie Best.

Ricky besó su mano y corrieron a la limusina en la que Norman, vestido de etiqueta, les abrió la puerta con una sonrisa. –Puedo llevarles a un hotel durante unas horas antes de la recepción.

–O podemos ir a hacernos las fotos –sugirió Eloise, riendo.

–Sí, señora.

Norman cerró la puerta y Ricky la besó despacio.

–Bueno, señora Langley, ¿cómo se siente?

–Ya veo que querías ser el primero en llamarme así, ¿eh?

–Me gusta como suena.

–A mí también.

–Y vamos a ser muy felices juntos.

–Sí.

Sabía que era cierto porque había transitado ya antes por aquel camino, y ahora era más sabia. No había entregado de nuevo su corazón sin pensar, y Ricky no lo había aceptado sin reflexionar. Su pasión duraría para siempre.

Horas más tarde, al concluir la recepción, se preparó para lanzar el ramo a un grupo de mujeres solteras, y le bastó un vistazo para darse cuenta de que Laura Beth no estaba en el grupo, sino sentada en una silla cerca de la pista de baile.

El lanzamiento iba a tener que ser más bien bajo y algo más fuerte para que la trayectoria fuese correcta...

¡Lo consiguió! El ramo aterrizó en el regazo de Laura Beth

Matthews.

Fin